

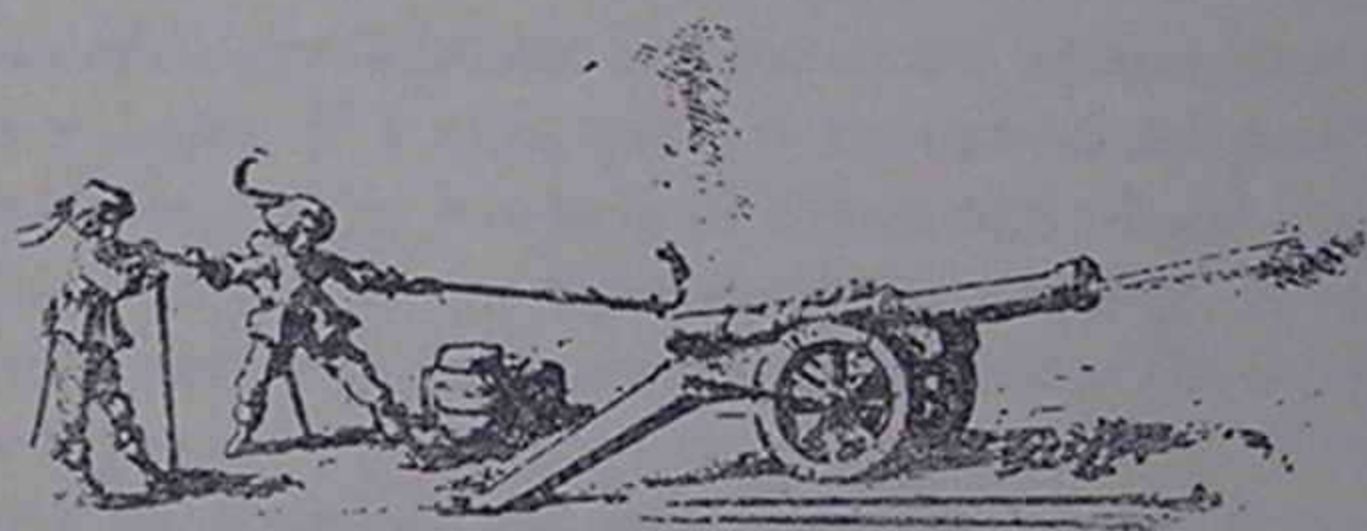


TRATADO DEL ESFUERZO BÉLICO
HEROICO

DOCTOR PALACIOS RUBIOS

CONSEJERO DE LOS REYES CATÓLICOS

TRATADO
DEL ESFUERZO BÉLICO
HEROICO



Revista de Occidente

Bárbara de Braganza, 12

Madrid

Copyright by
Revista de Occidente
Madrid * 1941



INTRODUCCIÓN

PALACIOS RUBIOS, COLABORADOR
DE LOS REYES CATÓLICOS

EL autor de este TRATADO DEL ESFUERZO BÉLICO HEROICO fué Juan López de Vivero, que por ser natural del pueblecito de Palacios Rubios, de la provincia de Salamanca, añadió a su primer apellido el nombre de su lugar natal; sin embargo, él mismo se firmaba, y por esto es generalmente llamado Doctor Palacios Rubios (1).

Debió de nacer nuestro autor hacia 1451, año en que nació también la Reina Católica, de la que había de ser constante y leal consejero.

Cuando tenía diecisiete años lo enviaron sus padres, honrados labradores, a estudiar a la Universidad de Salamanca, donde se licenció y doctoró en ambos Derechos: civil y canónico.

Fué allí becario del Colegio Viejo de San Bartolomé, que dió tantos hombres ilustres a las letras españolas, tantos buenos go-

(1) Del notable libro sobre *El Doctor Palacios Rubios y sus obras*, Madrid, V. Suárez, 1927, de don Eloy Bullón, Catedrático de la Universidad Central y uno de los pocos humanistas de nuestro tiempo, que tanto ha contribuido a dar a conocer los escritores y las obras de nuestros juristas del siglo XVI, extracto estas notas biográficas.

bernantes a la Iglesia y a la Corona y algunos santos a los altares. Profesó la Cátedra de Cánones en aquella Universidad, y luego, la misma Cátedra en la de Valladolid; pero sus principales actividades fueron de índole jurídica y política.

En la ingente empresa llevada a cabo por los Reyes Católicos—la más grande de la historia de España y una de las mayores que vieron los siglos—de levantar de las ruinas, en pocos años, una nación poderosa; de forjar el primer Estado moderno y de echar las bases de uno de los grandes Imperios que ha habido en el mundo, se valieron los Reyes de un grupo de sabios e inteligentes colaboradores que justamente comparten con ellos tan gran gloria.

Uno de estos colaboradores, y de los más constantes y eficaces, fué el Doctor Palacios Rubios, pues al reorganizar las Chancillerías y el Consejo Real, al unificar la legislación interior con la compilación de las Leyes de Toro, al trazar las primeras leyes e instrucciones de Indias, lo mismo que al fundar para éstas su propio Consejo, al intervenir la misma Corona en la administración del poderoso Concejo de la Mesta, al defender los derechos y prerrogativas del Patronato Real ante la Santa Sede, al preparar la terminación de la unidad española con la conquista de Navarra..., allí encontramos al Doctor Palacios Rubios con su ciencia, su talento y su laboriosidad, como el más despierto consejero, el más fiel intérprete, el más leal colaborador y el más diestro defensor de los altos ideales e intereses de aquel reinado.

Muerta la Reina Isabel es el Doctor Palacios Rubios uno de los pocos Consejeros que, en medio de los cambios que sufre el Consejo Real, permanece invariablemente en él, a través de los reinados y regencias posteriores. Durante veinte años sin interrupción desempeña su puesto de confianza, hasta que por su avanzada edad es jubilado. Los Reyes Católicos le concedieron carta de hidalguía, escudo de armas y una renta vitalicia de treinta mil maravedises por sus buenos y leales servicios. Don Fernando, muerta Isabel, le da mil ducados, por vía de dote, a su hija Ana de Vivero, y Carlos V le reconoce las mercedes de sus abuelos.

SUS OBRAS

En tres grupos clasifica el señor Bullón las obras del Doctor Palacios Rubios: obras jurídicas, políticas y morales. Bien entendido, añade, que las obras políticas tienen también, en parte, carácter jurídico; todas ellas se escribieron en latín, menos dos, las dos obras morales, que fueron escritas en castellano.

Haciendo caso omiso de las leyes, ordenanzas y demás documentos oficiales en cuya redacción intervino, sus principales obras jurídicas son: un libro sobre las Donaciones, y los Comentarios a las Leyes de Toro, de las que fué principal redactor.

De los escritos políticos, sólo dos han llegado hasta nosotros, y son, acaso, según el señor Bullón, la parte más endeble de su producción literaria: su opúsculo sobre los Beneficios eclesiásticos vacantes, escrito por orden de la Reina Católica en defensa del Patronato Real y que debía de haber presentado al Papa Julio II, en nombre de los Reyes, en la Embajada extraordinaria que le habían encomendado y que se frustró por el fallecimiento de Isabel la Católica, y un libro en Defensa de la conquista del Reino de Navarra, escrito por orden de don Fernando para justificar jurídicamente y preparar en el orden político la conquista.

Los escritos políticos de mayor interés que salieron de la pluma de Palacios Rubios se han perdido: uno, De las islas del Océano y de la libertad de los indios, escrito entre 1512 y 1514, como Ministro del Consejo de Indias, cuando redactó con otros teólogos y juristas las primeras leyes de Indias—libro en el que expondría los principios básicos de aquella inmortal legislación—, y otros dos, que hubieran sido obras fundamentales en la nutrida literatura política española sobre el Príncipe: uno, un tratado, como le llama su autor en los diversos pasajes de sus obras en que lo menciona, Del Consejo y de los Consejeros del Rey, escrito por uno de los más prestigiosos Consejeros que tuvo el Real Consejo en los momentos más trascendentales de la historia de España, y otro, la Instrucción política para Carlos V, escrita expresa-

* mente para el Emperador, apenas vencido el levantamiento de los comuneros, provocado por la inexperiencia del joven monarca. De la lealtad, valentía y nobleza con que el Doctor Palacios Rubios aconsejaría al Emperador en esta obra, nos da idea el señor Bullón, traduciendo uno de sus pensamientos políticos, entresacado de una de sus obras jurídicas, en la que no trataba directamente de este tema, y que venía entonces como anillo al dedo de aquel inexperto monarca, que había luego de ser uno de los grandes reyes de la Historia: «El que nombre para cargos de gobierno el menos idóneo o no destituye el que fué mal elegido y gobierne mal, es responsable de todo lo mal hecho por estos funcionarios.»

Si todas estas obras, las conservadas y las perdidas, fueron escritas en latín, las dos únicas obras morales lo fueron en castellano: Del gobierno doméstico, perdida también, escrita para su hija doña Ana, que nos hubiera dado datos preciosos para conocer las costumbres de la época, enriqueciendo, a la vez, la exigua literatura española sobre la educación de la mujer, y este TRATADO DEL ESFUERZO BÉLICO HEROICO, escrito para instrucción y guía de su hijo primogénito, Gonzalo Pérez de Vivero.

EL «TRATADO DEL ESFUERZO BÉLICO HEROICO»

No es este tratado la obra de un militar, el fruto de una experiencia castrense, sino el estudio de un moralista que da consejos a un hijo que ha seguido la carrera de las armas; por eso se excusa nuestro Doctor en su Prólogo, cuando dice: «Verdad es que las cosas del esfuerzo mejor se aprenden y saben por ejercicio y experiencia que por escrito», e ilustra su advertencia con el correspondiente ejemplo.

Esta obra, como verá el lector, es un tratado teórico moral del valor militar, en el que, tras unas previas y sucintas explicaciones psicológicas, al modo de la época, como explicación del mecanismo que mueve la voluntad, entra a estudiar, en una amplia serie de sutiles consideraciones morales y de minuciosas clasifica-

ciones, los distintos supuestos del «esfuerzo bélico heroico» para tratar, al final, en unas pocas páginas de su mejor prosa, de la clemencia en la victoria.

Continuamente ilustra el autor su exposición con múltiples ejemplos, tomados casi todos de la antigüedad clásica, algunos sacados de las Sagradas Escrituras, y tan sólo unos pocos de nuestras crónicas.

El propósito que tuvo Palacios Rubios al escribir esta obra lo expresa en su Prólogo, dirigido a su hijo, que tenía entonces dieciocho años, cuando dice: «Pregúntasme, muy amado hijo, qué cosa es esfuerzo; por el cual los hombres esforzados tanto sonpreciados, estimados y reputados; en qué parte del ánima comienza a fabricarse, cómo se fabrica y determina, cómo se obra, qué es el fruto, qué produce.»

Palacios Rubios, como buen jurista y hombre de gobierno, funda el heroísmo en la justicia del móvil, antes que en el riesgo del acto heroico, y además, como hombre experimentado, da a su hijo consejos prácticos y razonables para templar su alma de soldado, y como buen psicólogo explica, en fin, toda la gama de variaciones del valor entre los dos polos opuestos: la osadía y el temor.

Escrito el tratado a principios del siglo XVI, cuando aún no se había generalizado el uso de las armas de fuego, aparece aquí la clásica pugna sobre la excelencia y nobleza entre las viejas y las nuevas armas y entre los distintos modos de pelear. Nuestro Doctor toma, desde luego, partido por el combate a la usanza medieval y caballeresca.

Unos años antes de que Baltasar de Castiglione publicara *El cortesano*, y antes, por tanto, de que Boscán vertiese a nuestra lengua, en su bella prosa, aquel código de discreciones y elegancias del caballero en la corte, nuestro Doctor escribió este tratado, que viene a ser, a su vez, el código de destrezas y gallardías del caballero en el combate.

Ambos caballeros han de ser esforzados y desenvueltos, justos y generosos, serenos y prudentes, y en los dos se advierte, tan-

to en la representación ideal de sus respectivos modelos como en la expresión formal de la prosa castellana en que los dos están escritos, aquella desenvoltura, aquel aplomo, aquella reposada gravedad en que Castiglione venía a resumir la varonil elegancia española, modelo de maneras y de conductas en aquel tiempo.

La claridad de su exposición y el ritmo pausado y sonoro de su prosa hacen que la lectura de esta obra sea un delicioso regalo para espíritus ávidos de netos perfiles conceptuales y para oídos sensibles a la musicalidad del idioma.

Por otra parte, la precisión y justeza al denominar y al calificar, producto de aquella claridad de pensamiento y de la riqueza de su vocabulario, dan lugar a que sus consideraciones se plasmen con una concisión lapidaria y que de sus párrafos broten con frecuencia frases de escueto gálibo epigráfico, como si fueran máximas o inscripciones, divisas o slogans; por eso ha sido tan fácil entresacar muchas de estas frases para exponerlas y realzarlas entre líneas, como subtítulos, y por eso podrán ser utilizadas como normas de conducta o como motes heráldicos por las juventudes animosas.

Es de notar que en las raras ocasiones en que aflora a la ondulada superficie de su prosa la árida terminología de las Escuelas y hasta alguna que otra fórmula ritual de Tribunales y Consejos, lo hace con tal dignidad que, incluso por esto, pudiera ponerse su prosa como modelo en la ardua tarea de dominar y de dignificar la lengua.

Palacios Rubios dejó sin perfilar ni corregir este tratado, que publicó su hijo después de la muerte de su padre, y lo prueban la constante repetición de las mismas consideraciones y hasta de los mismos ejemplos, la excesiva abundancia de éstos, algunos errores y erratas atribuibles al original más que a la imprenta y el no haber terminado de sistematizar su exposición.

Dos únicos resabios, que le vienen del siglo XV, en el que vivió la mayor parte de su vida, tiene la prosa de este tratado: su arcaísmo, un tanto excesivo para su tiempo, y su cultismo, manifestado principalmente por el empleo de palabras latinas y por

la transposición del verbo al final de la frase. Estas dos tendencias, su arcaísmo y su cultismo, y éste únicamente en la sustitución de algunas palabras latinas, se han corregido en esta edición muy parvamente, en cuanto pudieran facilitar al gran público la comprensión de su contenido y no entorpecieran su rápida lectura, como más adelante se dirá.

Por tratar un tema moral con un criterio puramente civil—lo que, con razón, le reprocha el Padre Morales en su Prólogo a la edición de 1793—, por su concepto del valor sereno, por la casi exclusiva preferencia de los ejemplos griegos y romanos, por sus resabios latinos y por su prosa, que en medio de su arcaísmo apunta el gusto nuevo, es este tratado una de las obras más representativas, dentro de la literatura didáctica, del Renacimiento español de principios del siglo XVI.

Por tanto, Palacios Rubios pudiera ser encuadrado entre los escritores de aquel tiempo que oscilan entre la sencillez y la complicación, entre el cultismo y el casticismo, pues de todo tiene, y su nombre, como prosista castellano, pudiera ser incluido en el grupo de escritores que dirigidos por Nebrija y protegidos por la Reina Católica caracterizan la que llama don Ramón Menéndez Pidal reacción del «buen gusto».

Con fundamento lamenta el señor Bullón que esta obra de Palacios Rubios haya pasado casi desapercibida entre historiadores y críticos de la literatura española y hasta entre los tratadistas españoles de pedagogía militar.

NUESTRA EDICIÓN

La primera edición de esta obra se hizo «a ruego de su hijo primogénito, don Gonzalo Pérez de Vivero», para quien la escribió su padre. Se imprimió en Salamanca, en noviembre de 1524, ocho meses después de muerto el Doctor Palacios Rubios.

Más tarde se volvió a editar al final de sus Opera varia, en

Amberes, en 1616, y otra vez en 1793, en un solo volumen, por el Padre Fray Francisco Morales, monje jerónimo del Monasterio de El Escorial, en Madrid, en bellísima edición, dedicada a don Manuel Godoy, salida de las prensas de Sancha.

Pretende ahora nuestra edición poner al alcance del gran público esta obra maestra de la prosa renaciente española, casi desconocida. Además, nuestra generación, que ha presenciado las dos guerras más grandes de la Historia y que ha sufrido en su alma y en su carne los estragos de la más anárquica y terrible de las revoluciones y de la más dura de las guerras civiles, podrá juzgar y apreciar, con singular experiencia, la materia de este tratado.

Distintas operaciones y recursos he puesto en práctica para hacer más asequible y amena su lectura: he reducido su texto, casi en una quinta parte, suprimiendo disquisiciones doctrinales de escaso interés y consideraciones y ejemplos repetidos o simplemente profusos; y se han dejado estos cortes sin indicar con puntos suspensivos, ya que por ser numerosos hubieran perturbado el curso de la lectura; por igual razón he evitado las citas y llamadas en las contadas correcciones que se han hecho de su texto, prefiriendo advertirlas en esta Introducción.

Se han corregido y modernizado la ortografía y la puntuación de la edición de 1793, ya entonces actualizadas, modernizando también los más chocantes arcaísmos que quedaron en ella sin corregir, como pondría por pornía, convendrá por converná, así por ansi, caigan por cayan, siendo por seyendo, etcétera, y se han sustituido algunos forzados latinismos y algunas palabras anticuadas o confusas por otras análogas de fácil comprensión, como imán por ayman, vencían por sobraban, gratos por acceptos, astucia por solercia, envenenamiento por veneficio, calificación por adjección, afeitar barba por rayar-barba, milagro por miraglo y deleitable por delectable.

Para aligerar aún más su lectura y hasta la simple presentación tipográfica de sus capítulos, he extraído de su texto las frases más bellas y expresivas, intercalándolas en cursiva, a modo

de titulillos facticios, con el fin de dar una previa idea de su contenido y de destacar, a la vez, su valor literario.

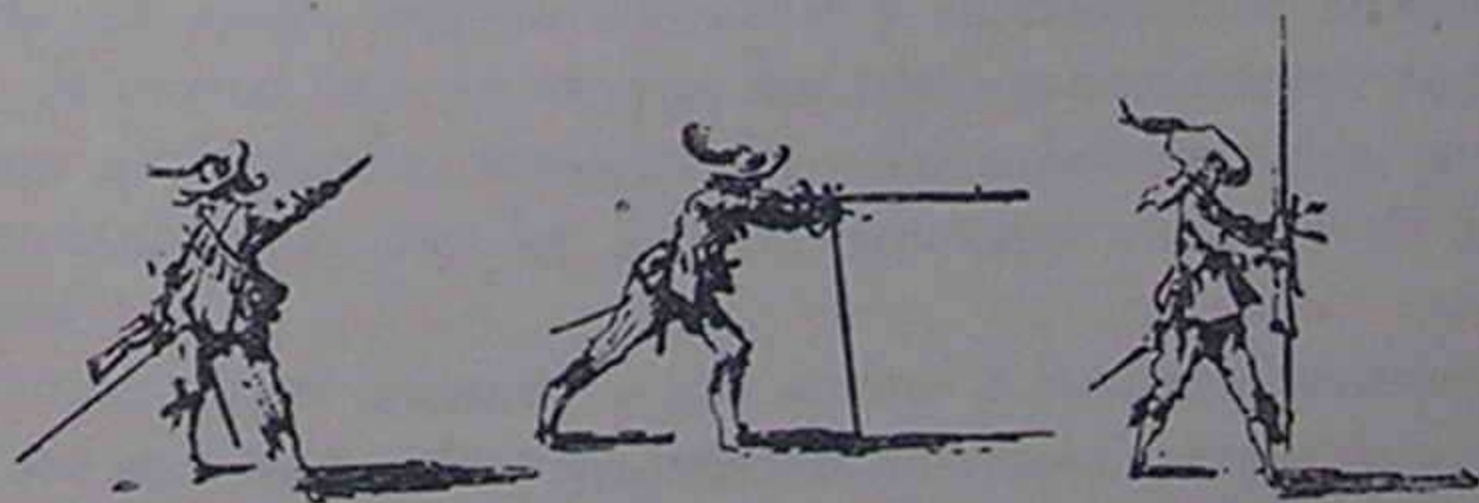
Y, por fin, para hacer honor a tan bella obra, se ha ornamentado con una serie de grabados antiguos de artistas renombrados; y en lugar de seguir en esta ilustración un criterio histórico bibliográfico, reproduciendo las portadas y viñetas de las ediciones antiguas o adornando ésta con grabados coetáneos españoles, raros de encontrar, he preferido, por razones puramente estéticas, esta selección de grabados, que, sin ser coetáneos ni españoles, son por su asunto militar, por su belleza, por sus mismas dimensiones y por la unidad de su estilo, muy adecuados para cabeceras y viñetas de este tratado. Son obra estas viñetas del grabador lorenés Callot y de su discípulo el grabador florentino Stefano de la Bella.

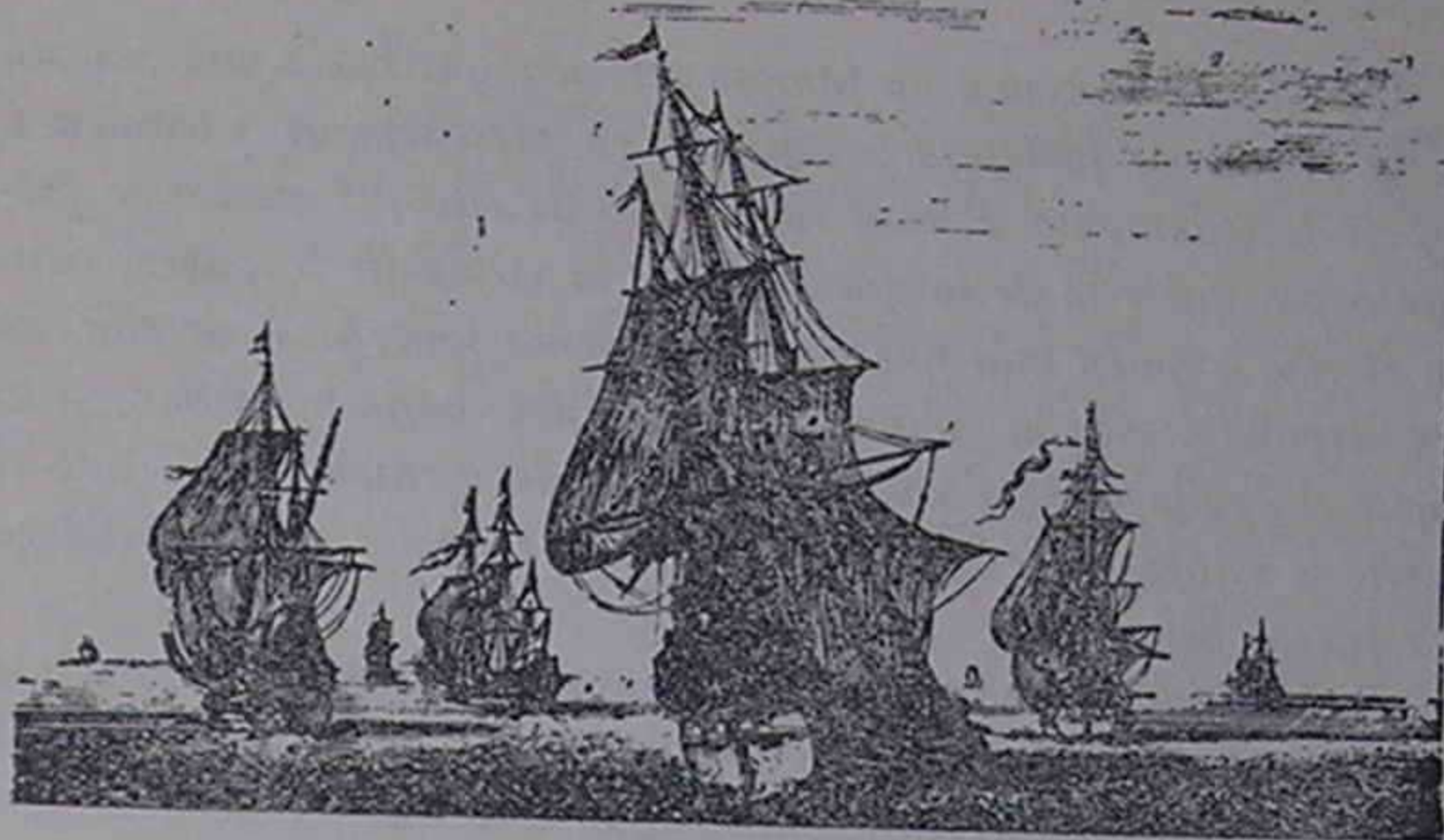
Debo mostrar aquí mi reconocimiento a la amabilidad de mi entrañable amigo y compañero Enrique Lafuente, jefe de la Sección de Estampas de la Biblioteca Nacional, que con su habitual celo y reconocida competencia ha facilitado mi labor.

Cumplido el encargo del director de esta editorial de hacer esta edición, sólo me resta recabar para mi exclusiva responsabilidad los defectos que en ella puedan encontrarse.

JOSÉ TUDELA

Madrid, 24 de junio de 1941.





PRÓLOGO

PREGÚNTASME, muy amado hijo, qué cosa es esfuerzo, por el cual los hombres esforzados tanto son preciados, estimados y reputados; en qué parte del ánima comienza a fabricarse, cómo se fabrica y determina, cómo se obra, qué es el fruto, qué produce.

Pregunta es generosa, que procede de ánimo generoso, y no poco dificultosa, pues para su dilucidación requiere mucha sabiduría, alto estilo, singular elocuencia y experiencia en la misma cosa, de lo cual todo yo carezco; por tanto, justamente me podría excusar de responder, remitiéndome a los caballeros sabios y experimentados, que son los propios artífices y ministros de esta materia.

Porque no me acaeciese lo que acaeció a Formión, filósofo, el cual fué menospreciado y escarnecido de Aníbal porque le quiso enseñar arte de caballería; Aníbal le dijo que no era necesario ejército sin trompeta, burlándose de él, porque disputaba y hablaba en lo que no sabía ni había experimentado.

Otro tanto acaeció a un famoso retórico, que hacía una oración de la virtud de fortaleza o esfuerzo en presencia de Cleomenes, rey de Lacedemonia, el cual rió mucho de ello. El orador le preguntó por qué reía de lo que decía de la virtud de fortaleza, siendo él rey, a quien más que a otro convenía saber usar de ella. El rey respondió: «Si la golondrina esto dijese, haría lo mismo; si lo dijese el águila, holgaría y callaría.» Dando a entender que sólo el fuerte y esforzado y experimentado ha de hablar de la fortaleza o esfuerzo bélico.

Eudamidas, oyendo a un filósofo que disputaba y concluía que sólo el sabio era buen emperador, dijo: «Por cierto, lo que dice cierto es y maravilloso; mas a quien lo dice no se debe dar fe, porque nunca le despertaron las trompetas.» Como dice San Jerónimo, los herreros han de tratar los martillos, y cada oficial los instrumentos de aquella arte. Por esto decía un gran sabio que no habían de aconsejar en cosa de guerra, salvo los que habían de pelear en ella; por esta causa fué reprendido Periandro, que, siendo médico famoso, quiso hacer versos, y de un buen médico quiso ser mal poeta. Así que yo me debiera excusar de hablar en esta materia, como hombre no ejercitado ni experimentado en ella, como quiera que la ciencia no embota la lanza, y algunas veces los letrados tienen alguna experiencia de los trabajos y peligros bélicos.

Verdad es que las cosas del esfuerzo, mejor se aprenden y saben por ejercicio y experiencia que por escrito; por tanto, los lacedemonios guardaban las leyes de la fortaleza, y no las tenían escritas, ni las daban a los mancebos para que las leyesen. Preguntado Zeuxidamo, varón noble de Lacedemonia, la causa de esto, respondió: «Porque era mejor acostumbrarse los varones fuertes y esforzados en hechos grandes y famosos que en leer las cosas del esfuerzo.»

Mayormente que por tu edad muy tierna, que no has cumplido los años dieciocho, recelo que no tendrás capacidad para entender y comprender lo que acerca de tu duda se puede y debe decir y escribir.

Las cosas altas y grandes, como ésta, no deben ser divulgadas ni comunicadas, salvo con las personas que son de ellas capaces, especialmente por los padres con los hijos, con los cuales no deben tener mucho ni largo coloquio hasta que tengan capacidad y entendimiento suficiente, cuando el amor que los padres les tienen es convertido en amistad; que, aparte la ofensa que a las tales cosas grandes y altas se hace en rebajarlas de su grado y majestad, la mucha comunicación y familiaridad con los hijos causa menosprecio de los padres, cuando los hijos, no sabios ni prudentes, se ven bien tratados y reputados de los padres. Que con la juventud y falta de experiencia piensan que por su propio merecimiento se les da aquella parte, y no es así; mas por el grande amor que les tienen. Que aunque la naturaleza concedió a los hombres muchas y muy excelentes cosas, con ninguna les ató, ni hizo tanto apretamiento como con el amor y caridad que han con aquellos que de ellos son engendrados. Con lo cual les puso principal cuidado de criarlos y enseñarlos a ser virtuosos, para que alcancen honra y gloria, de la cual los padres en vida y después de muertos sean participantes, si tales son, como ellos desean; de lo contrario reciben gran mengua y tristeza.

Por lo cual algunos padres gravemente castigaron a sus hijos viciosos.

Epaminondas, caudillo de los tebanos en la guerra que tenía contra los lacedemonios, mandó a su hijo Estesimbrotos que no pelease en su ausencia: contra el mandamiento de su padre, peleó y venció a los enemigos. El padre le mandó poner una corona en la cabeza por la victoria y cortársela por la desobediencia; que así como los padres aman a los buenos hijos, así aborrecen a los malos.

Por tanto, Alejandro, cuando de esta vida falleció, preguntado a quién dejaba por sucesor en su imperio, respondió: «Al más noble, fuerte y virtuoso que en el mundo se hallare», prefiriéndole a sus hijos, habiendo por cosa indecente que otro menor que él en nobleza, virtud y fortaleza sucediese en tan gran imperio. Antonino, aquel gran filósofo de quien todos por su excelencia se maravillaban, cercano a la muerte, encomendaba su hijo al Senado,

si fuese semejante a él y servidor de los dioses inmortales; que siendo tal merecería su favor, no de otra manera.

De estos y otros muchos ejemplos, que por evitar prolijidad no traigo a la memoria, parece el amor que naturalmente tienen los padres a los hijos, y el cuidado de adoctrinarlos y enseñar para que sean virtuosos. Y aunque en sí mismos sienten alguna falta o vicio, encúbrenla a sus hijos y trabajan cuanto pueden por que no pase en ellos.

Por tanto, Filipo, rey de Macedonia, como supo que Alejandro, su hijo, le recriminaba que tenía muchos hijos de muchas mujeres, le dijo: «Pues muchos émulos tienes, sé tú muy bueno y aprobado, porque hayas el reino, no por mi gracia, mas por la tuya. Y amonéstote que con Aristóteles des obra a la filosofía, porque no hagas muchas cosas que a mí pesa haber hecho.»

Por esto que he dicho, deseo mucho tu erudición y enseñamiento, por hacerte, si pudiere, virtuoso. Y lo que en toda mi vida discurrendo por diversas partes y leyendo por muchos libros con mucho trabajo he alcanzado, en una hora te lo querría enseñar, para que fuese a ti principal sucesión mía. De la cual como cosa muy preciosa te aprovechases en todo tiempo; pues otras riquezas no te puedo dejar, que no las tengo, ni quise, ni procuré, aunque por la merced de Dios no me faltaron aparejos para ganarlas. Mas yo las tuve y tengo en lo que ellas son, y las menosprecié como cosas caducas y momentáneas, que al mejor tiempo desamparan al poseedor de ellas.

Y pues tu pregunta, como dije, es generosa y de ánimo generoso procede, y demuestra en ti natural inclinación a virtud y bondad, y antes que supieses qué cosa es esfuerzo en los días pasados por obra lo mostraste, y por ello en la opinión de la Real Majestad fuiste reputado varón, y como a tal te hizo alcaide de la fortaleza de la Coruña, como antes lo habían sido Vasco Pérez de Bivero, tu abuelo, y Fernando de Bivero, tu tío, caballeros muy honrados, cuerdos y esforzados, razón es que yo como pudiere te responda.

Y si lo que dijere no bastare para entera satisfacción de tu pre-

gunta, o porque no lo alcanzo, o porque de propósito lo dejo, por no ofuscar tu ingenio con las menudencias y particularidades que para entera elucidación de la materia eran necesarias, bastará para hacerte algo enseñado en lo que deseas. A lo menos perderás en alguna manera la ignorancia de los términos, para mejor entender lo que acerca de esto algún sabio varón mejor que yo sabría decir. Que tu buena y generosa inclinación no parará en mi respuesta; mas cuanto más en edad crecieres, tanto más entenderás y sentirás los primores de la cosa y procurarás la satisfacción de ellos.

Cuando la naturaleza algún tanto suple el defecto de la edad en los hijos pequeños y los inclina a virtud, y desean saber las cosas grandes y altas por alcanzar honra en gloria de sus padres, cuya sangre se deriva y dilata en ellos, no los deben abatir ni desdeñar los padres; mas débenlos animar y favorecer, porque animados y favorecidos procuren acrecentarse y señalarse en actos virtuosos y ejercitarse en ellos, y osen tentar y sufrir las cosas grandes y difíciles; que los tales mancebos, en quien Dios puso ánimo generoso y natural inclinación a virtud, son como los podencos nuevos de casta, que naturalmente sienten la caza y no quieren quedar en casa, mas algunas veces rompen y quiebran las prisiones y van delante de los otros, y con la mucha codicia de cazar adelantanse y toman la caza, o la alborotan; no por eso deben ser maltratados, ni castigados, ni escarmentados; mas halagados, favorecidos y animados, porque perseveren en su buena inclinación. Que la virtud alabada crece, y los mancebos favorecidos hacen actos famosos.

Aníbal, veintisiete años había cuando vino a España caudillo de los de Cartago, donde venció muchas batallas, destruyó la gran ciudad de Sagunto, que ahora dicen Murviedro. Hizo otras cosas, muchas dignas de perpetua recordación, por las cuales fué favorecido de los cartagineses.

Escipión el Africano, que dijeron el mayor, de poca edad, confiando en sus virtudes, demandó la magistratura en el Senado de Roma, y de tal manera se hubo en él, que no pesó a los que fueron

en voto haberle ayudado. De catorce años libró a su padre, que estaba malherido, en una batalla y le sacó de ella. Después, harto mancebo, teniendo Aníbal cercada a Roma y puesta en mucho estrecho, vino a España y casi toda la trajo a la amistad de los romanos, por su buena industria y comunicación. Pasó a Cartago y sojuzgóla y venció a Aníbal, el cual por necesidad dejó el cerco de Roma. El otro Escipión, el menor, que también llamaron Africano, tantas cosas y tan notables hizo en su juventud, que preguntado Catón el mayor qué le parecía de él, respondió: «Éste sólo es el que sabe; todos los otros como sombra se mueven.»

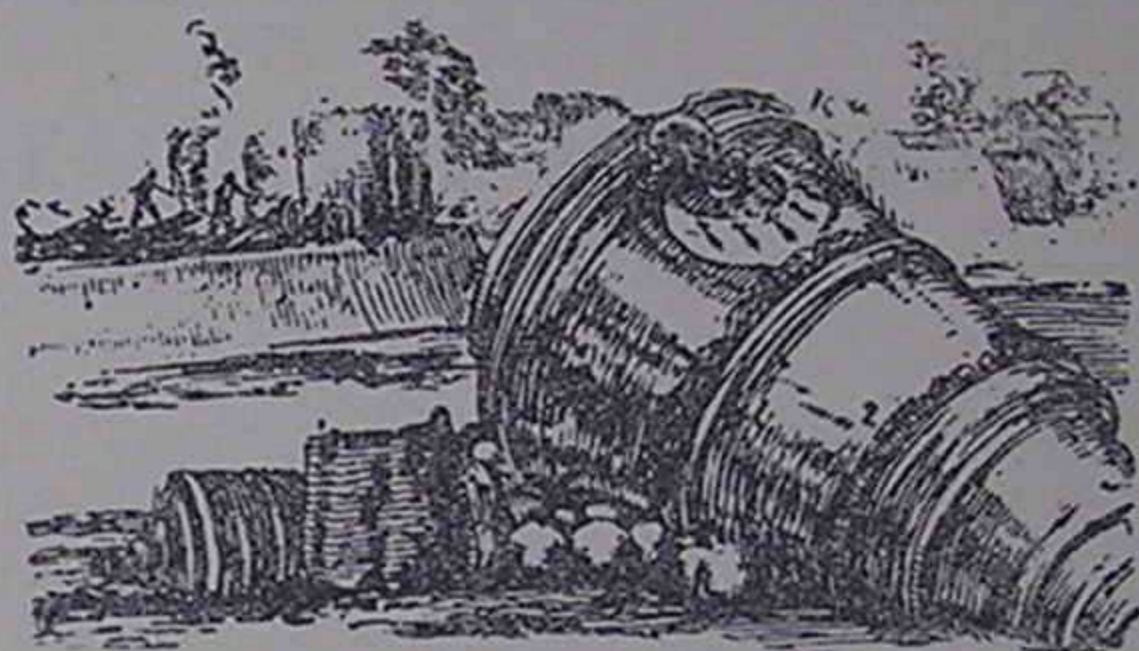
Emilio Lépido, de poca edad, en una batalla mató al enemigo y libró al pueblo romano, por lo cual los romanos pusieron su estatua en el Capitolio, en memoria de su honra y para ejemplo de los mancebos que se moviesen a hacer actos virtuosos.

Así que los hijos bien inclinados deben ser favorecidos por sus padres en lo que bien hicieren, y enseñados a hacer actos virtuosos y famosos, como lo hizo Mario, caballero glorioso ya viejo, que después de muchas victorias enseñaba a su hijo pequeño los actos militares, y cada día se ejercitaba con él en ellos; porque con los tales actos simulados se hacen los mancebos más sabios y más ejercitados para las verdaderas batallas. En las cuales, como dice Vegecio, ninguna cosa se les hace nueva, que antes no la hayan pensado. Y con esto los varones ejercitados en estos actos, aunque sean pocos, están muy aparejados para vencer, y los muchos, no enseñados ni ejercitados, para ser vencidos.

En la prosecución de esta obrecilla no usaré de ostentación ni de muy alto estilo, ni menos de singular elocuencia, como lo hacen los sabios varones, ni diré cosa de mí; mas solamente aquello que por diversos libros y autores he alcanzado, así de doctrina como de ejemplos de filósofos y grandes hombres ya pasados, los cuales tanto más mueven a los lectores cuanto son más recientes.

Tomaré de lo uno y de lo otro lo que me pareciere ser más necesario para que los entiendas y para que recibas algún contentamiento, ordenándolo y componiéndolo como mejor pudiere, y

reduciéndolo al propósito de que tratamos, imitando a las abejas sabias, que por diversos campos y flores discurren y toman de ellas y tráenlas a sus colmenas, compónenlas y hacen panales y redúcenlas a un sabor dulce y provechoso.



TRATADO DEL ESFUERZO BÉLICO
HEROICO



CAPÍTULO PRIMERO

DE LA UNIÓN DEL CUERPO Y DEL ÁNIMA

PARA entender lo que adelante se dirá, has de presuponer brevemente que, después que Dios Nuestro Señor crió el mundo y todas las cosas que en él son, formó un hombre mixto, de cualidades contrarias, para que viese y entendiese las cosas criadas y por ellas conociese al criador de ellas y le amase y sirviese, y finalmente gozase de la gloria eterna, que para él fué ordenada. Y porque este cuerpo por sí no podía estar, ni sostenerse, ni hacer aquellas cosas para que era formado, fué necesario que Dios criase ánima y la infundiese en el cuerpo; que le diese ser y le sostuviese, alumbrase y enderezase, y ordenase los órganos corporales y las virtudes, que sirven al cuerpo para obrar con ellos. Otro tanto hace en cada hombre, que después de concebido y engendrado en el vientre de su madre, cría el ánima e infúndela en el

cuerpo. De la cual mixtura o ayuntamiento resulta la composición y perfección del hombre.

CAPÍTULO II

CÓMO EL ÁNIMA ES INCORPÓREA, INVISIBLE, INCORRUPTIBLE E INMORTAL, Y DE SUS POTENCIAS

Esta ánima es una sustancia espiritual, incorpórea, invisible, incorruptible e inmortal. En la cual puso Dios tres potencias. Una vegetativa o nutritiva, por la cual cría y aumenta el cuerpo y da virtud o fuerza de engendrar. Otra es sensitiva, con que siente las cosas, y sintiéndolas se inclina o mueve a quererlas o desearlas. Para sentirlas y comprenderlas tiene cinco sentidos corporales exteriores, que son: ver, oír, oler, gustar y tocar. Estos son como atalayas o mensajeros, que discurren por muchas y diversas partes y denuncian y manifiestan al ánima las cosas exteriores sensibles presentes. Para sentir las ausentes tiene otros cuatro sentidos interiores, que son: el seso común, la fantasía o imaginativa, la estimativa o cogitativa, la memoria.

CAPÍTULO III

CÓMO DESPUÉS QUE EL ÁNIMA SIENTE LAS COSAS SE INCLINA A SEGUIR LO QUE CONVIENE Y HUIR LO QUE DAÑA

Recibidas por el ánima y sentidas las semejanzas de las cosas presentes o ausentes por medio de los sentidos corporales, luego se inclina en particular a seguir lo que conviene o huir lo que

daña, o resistir lo que impide o puede impedir aquello a que se inclinó. A esta inclinación llaman apetito sensitivo los filósofos, y los santos doctores, sensualidad. Si el ánimo se inclina a amar y seguir lo que conviene, o a huir lo que daña, llámanle apetito concupiscible. Si alguna cosa le estorba el bien, o le allega el mal, luego desea o quiere resistirle. A esta inclinación llaman apetito irascible. Que como naturalmente los hombres desean y procuran la conservación de su ser, codician y desean, por el consiguiente, las cosas por las cuales se pueden conservar, y ámanlas; huyen y aborrecen las que les pueden dañar, y témenlas y con alguna ira procuran de excusarlas. Así que el amor y temor en los hombres es natural. Aman lo provechoso y agradable, huyen lo dañoso y triste.

CAPÍTULO IV

DE LA OTRA POTENCIA DEL ÁNIMA, QUE LLAMAN INTELECTIVA

Aunque el ánimo haya sentido las cosas, no luego las entiende, porque de su natural no tiene entendimiento ni conocimiento particular y claro como los ángeles, mas universal y confuso. Por tanto, fué necesario que Dios influyese en el ánimo una lumbre que como medio alumbrase, esclareciese y adelgazase las especies de las cosas sensibles y materiales, haciéndolas espirituales y conformes a la naturaleza de nuestro entendimiento. Así busca las especies inteligibles por medio de los sentidos corporales, y entiende las cosas ya sentidas y queridas.

Mediante esta lumbre, el entendimiento recibe las especies inteligibles, que entiende, y recibiendo entiende lo alumbrado. Así que el entendimiento y razón son una misma potencia del ánimo, diferente por diversos oficios. Porque el entender significa un simple conocimiento sin otro discurso, y cuando hay necesidad de

algún discurso o razonamiento para conocer la cosa dicese razón particular, no universal.

CAPÍTULO V

DE LA VOLUNTAD Y LIBRE ALBEDRÍO

Después de entendidas las cosas por el ánima en la manera que dicho es, luego se inclina a amar y seguir las buenas y provechosas y a temer las malas y dañosas universales, como hace en las particulares por el apetito sensitivo, según ya dijimos en el capítulo III. En esto difieren el apetito sensitivo y el intelectual. Por el apetito sensitivo amamos los bienes y cosas particulares según el seso. Por el intelectual amamos los bienes y cosas universales según el entendimiento. A esta inclinación, que nos hace querer lo que el entendimiento concibe, llaman voluntad, porque quiere el fin de la cosa conocida y entendida por el ánima. Empero, este querer significa simple deseo del fin de la cosa entendida, para el cual fin son necesarios medios, los cuales se quieren, no por ellos, mas por el fin que de ellos se espera. Estos medios escoge el ánima por razón del libre albedrío que Dios en ella puso. Así que una potencia del ánima es la que quiere el fin: ésta llamamos voluntad. Ella misma elige los medios: a ésta decimos libre albedrío.

Mas por esto no se quita que el libre albedrío no sea voluntad; que de otra manera no podría elegir, pues la elección es acto de voluntad. En la cual elección, en alguna manera, entra el juicio y consejo de la razón.

CAPÍTULO VI

EN QUE SE RESUME TODO LO SUSODICHO

De todo lo ya dicho se colige que Dios crió al hombre organizado de órganos corporales y puso en él ánima razonable con tres potencias. Vegetativa o nutritiva, para criar y aumentar el cuerpo y darle virtud y fuerza para engendrar. Sensitiva, que dispone los sentidos humanos para sentir las cosas. Intelectiva, para entenderlas. De estas potencias se derivan todos los actos humanos, y en la voluntad se determinan. Esta voluntad está como señora, a quien están sujetas todas las fuerzas del ánima, salvo la vegetativa o nutritiva, y la obedecen y siguen en todo lo que ella quiere.

Los sentidos exteriores son el cuerpo humano como atalayas o mensajeros que discurren por muchas partes, y denuncian y manifiestan las cosas sensibles y tocan en los sentidos interiores como en cuerdas del instrumento de la humana armonía, y entran por ellos, como por puertas o ventanas, al seso o sentido que llaman común, y a la fantasía, imaginativa, estimativa y memoria, que es como armario donde se guardan las discreciones de las cosas de fuera.

Después, el entendimiento y razón, que son como consejeros, aconsejan lo que se debe hacer, según los medios, que son como testigos o probanza en los juicios. Si la voluntad sigue el consejo del entendimiento y razón, prudentemente administra su señorío. Es como el buen rey asentado en su silla para juzgar y destruir la maldad y ensalzar la virtud.

Cuando la voluntad menosprecia el consejo del entendimiento y razón y sigue el consejo de los siervos, que son los sentidos interiores, es así como el rey que deja el consejo y prudencia de

los viejos y sigue la voluntad y consejo de los mozos sin seso, como hizo Roboán, hijo de Salomón, y en su reino se pervierte y subvierte el juicio y la justicia. Es como el rey que de buena voluntad oye palabras no verdaderas y tiene malos ministros.

Esto bastará para que entiendas lo que adelante se dirá, dejadas otras muchas particularidades y menudencias que los filósofos acerca de esto dicen, con las cuales ofuscaría tu ingenio de tal manera que no entendieses lo uno ni lo otro. Por tanto, quiérolas dejar y venir al propósito de tu cuestión.





CAPÍTULO VII

ESTA PALABRA, ESFUERZO, DE DÓNDE HUBO ORIGEN, Y DE LA FORTALEZA NATURAL Y CUÁNTAS MANERAS HAY DE ELLA

VENGAMOS ya a nuestro propósito y declaremos de dónde hubo principio esta palabra, esfuerzo, y por qué se dijo esfuerzo y no fortaleza.

Esta palabra, esfuerzo, fué tomada de otra latina, que se dice *fortitudo*, y en nuestra lengua decimos fortaleza. Así que lo que en latín se dice *fortitudo* dicen en romance fortaleza o esfuerzo. Y al hombre que en latín llaman *fortis*, en romance llaman fuerte o esforzado.

Mas no toda fortaleza es esfuerzo, ni todo hombre fuerte es esforzado, como más adelante se dirá. Para entender esto más fácilmente, has de presuponer que esta palabra, *fortitudo*, que en nuestra lengua decimos fortaleza, por los filósofos morales se toma en dos maneras. Una es fortaleza natural; otra, moral.

Fortaleza natural: Milón de Crotona y Busecua Titorino.

Fortaleza natural también se divide en dos.

Una consiste en recitura de miembros, como la de Milón Crotoniense, que llevaba un toro a cuestas, y Busecua Titorino, griego, muy más recio que Milón y poco menos que Hércules, porque una piedra muy grande, que con mucha dificultad movía Milón, tomábala Busecua y poníala sobre el hombro y arrojábala buen trecho de sí. Y poníase en medio del ganado y tomaba un toro, el más bravo y recio que había, y tenía por el pie, que no le dejaba mover, y si pasaba otro toro tomábale con la otra mano, así que tenía dos toros, de lo cual se maravillaban los crotonienses y decían: «¡Oh, Júpiter, otro Hércules engendraste!» Ésta, en latín se dice *robur*, y en castellano se llama fuerza, no esfuerzo. De ésta no conviene más decir, que no es a nuestro propósito.

Otra es fortaleza natural. Ésta procede de la natural compleción, que causa natural inclinación para acometer las cosas arduas, difíciles y peligrosas, aunque en ellas se espere peligro de muerte. Tal es la fuerza del león y de algunos hombres que naturalmente tienen tal inclinación, aunque nunca aquello ni otro semejante hayan hecho ni acostumbrado. Y porque esto proviene de aquella natural compleción e inclinación llamámosla fortaleza natural. Mas no se puede ni debe llamar fortaleza, ni esfuerzo, aunque ayuda mucho para adquirir la otra fortaleza moral, de la cual luego diremos. Ni tampoco se puede ni debe llamar virtuosa, ni es digna de ser loada para que se dé premio de las obras que de ella resultan, porque no concurren las cosas que son necesarias en la virtud de fortaleza, como adelante diremos. Esta fortaleza se atribuye al apetito sensitivo, de quien ya hemos dicho, y en él se aposenta. Es en dos maneras: una es *actual*; otra, *habitual*.

Fortaleza habitual.

Habitual es aquella disposición de *natural* complexión e inclinación para acometer aquellas cosas arduas y difíciles, sin que intervenga obra alguna exterior. Por esta habitual fortaleza decimos que el león es fuerte, aunque ninguna cosa haga. Y diremos a un hombre fuerte, aunque duerma o no haga operación alguna, si tiene disposición y habilidad natural para hacerlo cuando despertare y se ofreciere caso en que pueda mostrar su inclinación. A éste llamaremosle fuerte por razón de su inclinación natural, mas no fuerte ni esforzado por razón de la virtud de fortaleza, o del esfuerzo, que no concurren las cualidades necesarias para que aquello que hace sea virtud, como dicho es y adelante declararemos.

Fortaleza actual.

Actual fortaleza natural es la obra exterior o ejercicio que se hace, como es la fortaleza del león, que después que con su misma cosa se hiere acomete a la bestia fiera, con quien pelea. Eso mismo decimos de la obra que el hombre por razón de su inclinación natural hace, que la llamamos fortaleza *natural actual*. La cual algunas veces es conforme a la razón, aunque sin que juzgue la razón se hacen aquellas operaciones, como si un hombre por razón de su inclinación natural, con armas o sin ellas, no solamente se defiende de quien le quiere ofender o tomar lo suyo, mas aún le ofende, sin mirar que tenga razón o no; aquello mismo haría, aunque no tuviese razón para hacerlo, como si por tomar lo ajeno o por hacerle injuria le maltratase.

Cuando en aquello que hizo tuvo razón, aquella su operación llamamos virtud, no absolutamente, mas con esta calificación natural. De manera que se llama virtud natural y actual. Y en cuan-

to tiene aquella fuerza y habilidad para acometer aquellas cosas arduas y dificultosas, llamámosla virtud natural habitual.

Cuando es contra razón no se puede llamar virtud natural, mas vicio natural y osadía reprehensible. La una ni la otra no se llama ni puede llamar esfuerzo.

CAPÍTULO VIII

DE LA FORTALEZA MORAL VIRTUOSA Y CUÁNTAS MANERAS SON DE ELLA Y CUÁL ES LA QUE LLAMAMOS ESFUERZO, Y DE LOS ACTOS DEL ESFUERZO INTERIORES

Fortaleza bélica o de la guerra heroica.

Fortaleza moral virtuosa es en dos maneras: una, *habitual cardinal*, y comprende muchas virtudes—de ésta no conviene aquí hablar, porque no es a nuestro propósito—; otra es *fortaleza bélica* o de la guerra heroica, por la cual se hacen o pueden hacer actos virtuosos en guerra o batalla de muchos, o de pocos, o de uno con otro. Y cuando concurren las cualidades necesarias, de las cuales adelante diremos, llamámosla virtud de fortaleza o esfuerzo.

Ésta también se departe en dos: una es actual; otra es habitual. Fortaleza o esfuerzo actual es cuando algún hombre de buen ánimo o inclinación, ganada por multiplicación de actos virtuosos, obedeciendo a la razón, hizo algún acto de esfuerzo según y como debía.

A esta operación o acto, que ya hizo y obra, llamamos esfuerzo actual, porque consiste en acto o hecho, ora este acto consista en sola determinación de voluntad con propósito de ponerlo en obra, si menester fuere, ora consista en obra, porque ya obró aquello que debía. Así que por esta palabra, acto de esfuerzo, enten-

demos todos los actos de esfuerzo, así interiores, que se hacen por la voluntad, como los exteriores que hace u obra el hombre.

Actos interiores de la voluntad.

Los interiores que hace la voluntad son dos. El primero, cuando la voluntad quiere y determina el fin de la cosa, mas no lo manda formalmente, como si el hombre fuerte y esforzado en su voluntad propone de ponerse a peligro de muerte en favor de la república o de su persona y bienes, según y como debe. Éste es el primer acto de esfuerzo interior, que consiste en la voluntad del hombre, en el cual concurren temor y osadía. Especialmente cuando el peligro es grande, donde se espera muerte de presente, que allí concurre temor de la muerte y también osadía para posponer el peligro. Así que conviene que el hombre, puesto entre estos dos extremos, escoja un medio entre ellos, por el cual ni del todo tema ni del todo ose, mas medianamente tema y medianamente ose y se disponga a proponer y determinar de hacer aquello que conviene.

El segundo acto interior de esfuerzo es cuando la voluntad formalmente manda que se ejecute aquello que propuso y determinó que hiciese. Éste difiere del primero porque en el primero la voluntad solamente propuso y determinó que el hombre se pudiese en aquel peligro. En el segundo manda que se haga formalmente, y es como ejecución del primero.

CAPÍTULO IX

DEL ESFUERZO ACTUAL EXTERIOR Y DE LOS ACTOS EXTERIORES

Y porque muy poco aprovecharía que la voluntad determinase y mandase que se tomase y siguiese el fin de la cosa, si aquello por obra no se ejecutase, por tanto, son necesarios actos exteriores del hombre que ejecuten el mandamiento de la voluntad. Los cuales son seis.

El primero es huir al enemigo, cuando conviene, con las cualidades necesarias, según adelante diremos. El segundo, dilatar la pelea con el contrario, por alguna justa causa. El tercero, esperar al enemigo, cuando viene, para pelear con él. El cuarto, acometer al enemigo cuerdamente y como debe. El quinto, herirle con buen tiento. El sexto, sufrir los golpes y heridas y otros daños que el enemigo le hace con mucha constancia, firmeza y contención, hasta ver el fin que la voluntad determinó y mandó.

Concurrencia de temor y osadía.

En cada uno de estos seis actos concurren los dos extremos, que son temor y osadía. Temor, cuando así se turba el ánimo del hombre, que faltan las fuerzas del corazón y del cuerpo. Del corazón, que no sabe el hombre por qué razón ni cómo debe pelear, y en otro tiempo lo sabría. Del cuerpo, que no sabe usar de sus acostumbradas fuerzas.

Concurre también osadía cuando, no teniendo el hombre suficiente conocimiento y experiencia de los peligros, luego, sin consideración, se quiere poner en ellos. Y pensando lo uno y lo otro, y cotejando el temor con la osadía, ni se allega del todo a lo uno

ni a lo otro; mas toma parte del miedo y parte de la osadía, y pónese en medio de ambos extremos y teme y osa como debe.

Puesto en este medio hace el acto de esfuerzo interior o exterior que a la cualidad del negocio conviene, que algunas veces es el primer acto interior, y aquél basta; otras, el primero y el segundo, y aquéllos bastan.

Otras veces conviene proceder a alguno o algunos de los actos exteriores. Una vez los primeros, otra los de medio, otra los postreros, según la disposición y cualidades del caso, como adelante más largamente se dirá. Baste por ahora, para nuestro propósito, que los actos del esfuerzo son ocho. Dos interiores y seis exteriores y que van ordenados.

Gradación en el peligro.

Que el primer acto interior es menos peligroso que el segundo, porque está más apartado del peligro, y que los dos actos interiores son de menos peligro que los seis interiores, por la misma razón, y que el primero exterior es menos peligroso que el segundo, y el segundo que el tercero, y así de todos los otros.

Por esto los hombres, en los actos del esfuerzo, así interiores como exteriores, se han diferentemente cerca del temor y osadía; que algunos son muy osados en el primer acto interior y son muy temerosos en el segundo; y algunos son muy osados en los actos interiores y son muy temerosos en los exteriores; y algunos son muy osados en un acto exterior y son muy temerosos en otro, cuando ven y sienten estar más cerca el peligro en que han entrado, o más recio.

Fortaleza moral actual: interior y exterior.

De lo que habemos dicho resulta que son dos maneras de fortaleza o esfuerzo moral actual: una es interior, otra exterior. La

interior es el acto de la voluntad que determina que es bien acometer o resistir las cosas arduas, difíciles y terribles de la guerra, aunque se espere peligro de muerte. Lo cual, en efecto, es cuando el hombre quiere en su voluntad acometer o resistir aquellas cosas arduas, difíciles o peligrosas; o no quiere, como y cuando es razón de no ponerse en aquel peligro. Así que el querer o no querer ponerse en peligro cuando es razón, es acto de la voluntad cuando es secreta. Por esto se llama acto interior y fortaleza o esfuerzo actual interior.

Fortaleza moral actual *exterior* es la obra y operación que se hace con los miembros exteriores por determinación y mandamiento de la voluntad, como es el herir y los otros actos de fortaleza o esfuerzo que habemos ya dicho.

Esta fortaleza o esfuerzo moral actual interior y exterior consiste en el medio de los dos extremos, que son temor y osadía, como está dicho; porque algunas veces acomete el hombre mayor peligro de guerra que debe. Esto procede de osadía o ferocidad.

Otras veces deja de acometer lo que razón reglada obliga que acometa. Lo cual procede de temor o miedo. Otras veces hace el hombre, cerca de tal peligro, lo que debe, según la recta y verdadera razón. Esto procede de virtud; la cual, según los filósofos, no sólo es una disposición o facultad del ánimo, que mana de la razón, mas es la misma razón, que es parte del ánimo, la cual llaman entendimiento, como adelante más largamente diremos. Y porque en esto se desecha el temor y no se hace según el ímpetu de la osadía, mas con moderación y tiento razonable, este acto y operación se dice consistir en el medio de los dos extremos que son temor y osadía. Y porque las virtudes comúnmente consisten en el medio de los dos extremos, decimos que en este medio, entre temor y osadía, consiste la virtud moral actual de fortaleza que llamamos esfuerzo.

CAPÍTULO X

CÓMO DE LOS ACTOS DEL ESFUERZO MULTIPLICADOS, RESULTA Y SE PRODUCE LA FORTALEZA O ESFUERZO HABITUAL

Cuando el hombre muchas veces ha querido y determinado, conforme a la recta razón, ponerse en peligro de muerte en las cosas grandes, difíciles y peligrosas, o apartarse de él, especialmente por los actos interiores, que proceden de la voluntad, como está dicho en el capítulo precedente, de estos actos multiplicados resulta y se produce un hábito o inclinación a querer el hombre aquello mismo cada vez que se ofreciese caso semejante. A esta inclinación que el hombre ganó por multiplicación de actos de fortaleza o esfuerzo llamamos fortaleza o esfuerzo habitual.

De manera que de muchos actos resulta un hábito; que un acto solo no basta para causar aquel hábito; que como una golondrina no hace verano ni un acto de esfuerzo basta; mas son necesarios muchos para que un hombre se diga fuerte o esforzado, porque aquello puede ser por caso y no por inclinación habitual, así el hombre que algunas veces ha querido conforme a razón reglada ponerse en las cosas difíciles y peligrosas, pospuesto el temor y refrenada la osadía, ya está habituado, pronto y aparejado para hacer aquello mismo cada vez que el caso se ofrece. Y puesto que no lo haga porque no fué menester o por impedimento que se interpuso sin culpa suya, siempre se puede y debe decir hombre esforzado, y aquella su determinación se dice acto de esfuerzo interior o esfuerzo actual interior. Y cuando procedió a actos exteriores de esfuerzo, podemos decirlos actos de esfuerzo exterior o esfuerzo actual exterior.

Diferencia entre la inclinación habitual y la natural.

Según esto, puédesse decir que el esfuerzo es acto y también hábito. Acto, en cuanto lo tomamos por la obra actual que el hombre virtuoso esforzado hace, como debe, en las cosas grandes, arduas, difíciles y peligrosas donde hay peligro de muerte. Y si este acto es interior, que se obra en sola la voluntad, ha de decirse acto virtuoso interior; si se obra por los miembros exteriores, ha de decirse acto virtuoso exterior.

Decimos también que el esfuerzo es hábito cuando le tomamos por aquella inclinación o prontitud o cualidad que resulta de la multiplicación de los actos de esfuerzo para inclinarse a ponerse el hombre en las cosas grandes, difíciles y peligrosas en que se espera peligro de muerte.

Esta inclinación habitual difiere de la inclinación natural en dos cosas. La una, que la inclinación natural con que el hombre nace para ponerse en las cosas peligrosas, la tiene naturalmente, sin artificio ni costumbre. Esta otra habitual es ganada y adquirida por multiplicación de actos virtuosos de esfuerzo o, en alguna manera, por costumbre. La segunda diferencia es que la inclinación natural con que el hombre nace para ponerse en las cosas arduas y peligrosas, así le inclina a las malas como a las buenas, así a las no justas ni razonables como a las justas y razonables.

Empero la inclinación habitual solamente inclina al hombre a ponerse en las cosas arduas, grandes, difíciles y peligrosas moderada y justamente, conforme a la razón ordenada y reglada, según otras veces lo ha hecho. Ésta es propiamente la fortaleza o esfuerzo habitual, por el cual el hombre se puede y debe llamar esforzado no solamente cuando hace y obra los actos del esfuerzo o alguno de ellos, mas también cuando no los obra, o porque no hay materia o cosa en qué, o porque no conviene, o porque no

tiene aparejo para ello, o porque no puede, o porque le estorban; y de esta manera decimos que aunque duerma se dirá y podrá llamar esforzado, porque cada y cuando hubiere tiempo y oportunidad escogerá y obrará los actos del esfuerzo, o alguno, o algunos de ellos que fueren necesarios.

En qué consiste el esfuerzo.

De lo que habemos dicho claramente parece cómo el esfuerzo consiste en las cosas grandes, difíciles y peligrosas en que concurren los dos extremos, temor y osadía, que turban el ánimo, el cual, moderando el un extremo y refrenando al otro, escoge el medio entre ellos y prosíguelo muchas veces. A esta elección y prosecución llamamos esfuerzo.

Así que esfuerzo es un medio en los peligros o cosas difíciles y peligrosas, en que de presente se espera peligro de muerte, con propósito de vencer o morir sobre ello, haciendo el hombre lo que debe.

Este medio es un camino real que lleva al hombre esforzado al fin que desea, de que resulta fama y gloria. Si de este camino se aparta, de necesario ha de topar con alguno de los dichos dos extremos, que son vicios reprobables y causan infamia y deshonor.

Esto podría bastar para alguna satisfacción de lo que preguntaste. Mas porque mejor lo entiendas, conviene declarar más por extenso, repitiendo algo de lo ya dicho y declarándolo y añadiendo lo que pareciere necesario para que mejor sea entendido.

CAPÍTULO XI

CUÁLES HAN DE SER LAS COSAS Y TRABAJOS EN QUE EL HOMBRE
ESFORZADO HA DE MOSTRAR SU ESFUERZO

Las cosas grandes, graves, difíciles, terribles y peligrosas.

Las cosas en que el hombre esforzado ha de mostrar su esfuerzo han de ser grandes, graves, difíciles, terribles y peligrosas, en que se tema o espere de presente peligro de muerte, en batalla general o particular. Al cual peligro se ponen los hombres por ganar honra y gloria o por no incurrir en infamia o deshonor, queriendo más morir honradamente haciendo lo que deben que vivir en mengua no haciendo.

Así que la propia materia del esfuerzo son peligros y trabajos que resultan de las cosas grandes, graves, difíciles, terribles y peligrosas que habemos dicho. Estos peligros y trabajos son como campo donde se siembre el esfuerzo para coger el fruto que de él procede; por ellos los hombres nacidos para trabajar son habidos y reputados por virtuosos y esforzados. Por tanto, estos trabajos y peligros no deben ser menospreciados por los hombres, pues con ellos todas las cosas vencen. Y sin ellos, ninguna cosa buena puede ser alcanzada ni largo tiempo poseída. Por esto los varones excelentes y animosos desearon los trabajos y peligros, y alegremente se pusieron en ellos y los sufrieron, creyendo que por ellos se hacían virtuosos y perpetuaban su fama y memoria, que es el premio de la virtud del esfuerzo, pues ningún caballero puede ni debe ser coronado, salvo el que legítimamente y como debía peleó.

Hércules elige entre la malicia y la virtud.

Considerando esto, Hércules el grande, pasados ya algunos trabajos y peligros en su niñez, puericia y juventud, siendo ya mancebo, deliberando sobre la vía que debía tomar en su vida y manera de vivir, estando en vigilia le aparecieron dos doncellas muy hermosas y apuestas allende la humana natura. Una era la malicia, que le prometió placeres y deleites si la siguiese. Otra, la virtud, que le prometía trabajos y peligros. A ésta siguió, sabiendo que después de los trabajos se da el premio o retribución de ellos. Ésta le puso en ellos y le dió el galardón que merecía en tanto grado, que por su gran excelencia fué contado entre los héroes, habido y reputado por dios, y como a tal le hicieron sacrificios, y le dieron diezmos, y juraron por su nombre, y los poetas dijeron que era una de las columnas que sostenían el cielo.

De aquí procedió que todas las cosas grandes, famosas y peligrosas que en el mundo se hicieron y parecían maravillosas, a él las refirieron. Así que los varones virtuosos y esforzados deben desear y amar los trabajos y buscarlos, y menospreciar los deleites, que mucho dañan al poseedor de ellos. Los trabajos sostienen y ayudan en gran manera a los que más trabajan.

Dichos de Ausonio y de Catón.

Por esta causa decía Catón en la oración que hizo a los caballeros para traerlos a que hiciesen lo que debían: Acordaos, si alguna cosa buena con trabajo habéis hecho, cómo aquel trabajo luego pasó y el bien hecho siempre quedó. Y si por vuestra voluntad alguna cosa mal hicisteis, la voluntad presto se fué y el mal hecho quedó siempre cerca de vos.

Por tanto, decía Ausonio: «Pues muchas veces por sola voluntad o por dineros u otra cosa semejante sin ninguna honra ni

alabanza nos ponemos en tomar grandes trabajos, no es de maravillillar si por gloria, por equidad, los tomamos a ejemplo y semejanza de las codornices y de los gallos, que aunque carecen de razón, en tanto grado pelean por ganar gloria que hasta la muerte perseveran.»

CAPÍTULO XII

EN QUE PROSIGUE LA MATERIA DE LOS TRABAJOS Y EL EJERCICIO DE ELLOS

De estos trabajos moderadamente tomados se acostumbran los hombres a sufrir y hacer lo que deben. Lo cual no podrían hacer ni sufrir si muchas veces no lo hubiesen hecho y sufrido. De esa costumbre se engendra un hábito en el ánimo para que cada vez que semejante cosa se ofrezca lo sepan y puedan hacer y sufrir; como acaeció a Milón, que desde niño comenzó a llevar auestas un becerro al templo, y continuándolo, aunque crecía el peso del becerro, también crecían sus fuerzas y arte para llevarlo. Si no lo hubiera acostumbrado, aunque ya varón lo quisiera llevar, no pudiera.

Otro tanto vemos en los árboles, cuyos ramos delgados, si de golpe fuesen cargados del peso de la fruta que tienen, no lo sufrirían sin quebrarse. Mas como nació en ellos la fruta y cada día crece, y poco a poco los ramos sostienen el peso, aunque se doblan, no se quiebran.

Para ser hombre esforzado, desde niño conviene ejercitarse.

Así decimos en los hombres que para ser esforzados conviene que sean ejercitados desde niños en los trabajosos actos del es-

fuerzo y se acostumbren en ellos, porque cuando vinieren osen acometerlos y ponerse en ellos. Que menospreciando por esta vía los trabajos menosprecian también la muerte, y crece la osadía, por la cual, sin temor, osan acometer las cosas grandes, difíciles, terribles y peligrosas.

De aquí viene que los hombres ejercitados en los trabajos y actos del esfuerzo, aunque sean pocos, están aparejados para vencer, y los muchos no ejercitados, para ser vencidos. Y por esto los romanos pusieron gran cuidado y diligencia en mostrar a los caballeros, desde niños, los actos y ejercicios de la caballería. Esto sólo les hizo señores y casi monarcas de todo el universo, según dice Vegecio en el libro *De re militari*. De donde se concluye cuán útiles, provechosos y necesarios son los trabajos en la materia del esfuerzo.

Ejemplo de los perros de Licurgo.

Por tanto, Licurgo, hacedor de las leyes de Lacedemonia, para dar a entender a los de Atenas cuánto aprovechaba a los hombres ser ejercitados y acostumbrados en las cosas por hacerlos honestos y fuertes, crió dos cachorros perros nacidos de un padre y de una madre. Al uno de ellos acostumbró a gula y a estar en casa; al otro mostró la caza y ejercitóle en ella. Un día, cuando los de Atenas estaban juntos, trajo los perros y echó ante ellos ciertas cosas de comer; después soltó una liebre. El que estaba avezado a cosas de gula comió y estuvo quedo; el que estaba acostumbrado a la caza fué tras la liebre y tomóla. Dijo: Mirad, ciudadanos, estos perros, que aunque son nacidos de unos mismos padres, cuán diversos son en las condiciones por la costumbre y ejercicio que han tenido, y cuánto más eficaz es la ejercitación para las cosas honestas que la naturaleza. Y por mostrar esto, algunos dicen que el perro que enseñó a cazar no era de casta de caza, y al goloso enseñó a cazar, siendo nacidos de diversos perros. Y por la misma razón mostró que las vírgenes se ejercita-

sen en lucha y otros ejercicios honestos, porque la generación que de ellas procediese tomase principio de recios cuerpos y aparejados para sufrir dolores y trabajos, para pelear y resistir a los enemigos. Por esto Apio Claudio solía siempre decir: Muy mejor es que el pueblo romano tenga negocio que ocio; como quiera que bien sabía cuán apacible es el estado tranquilo.

Los imperios, por el ejercicio de las cosas, eran ejercitados en la virtud.

Mas miraba que los imperios, con el ejercicio de las cosas, eran ejercitados a la virtud, y por la holganza, a la pereza. Por esta causa, vencida la gran ciudad de Cartago, de todo el mundo envidiosa, con la cual muchas veces habían peleado los romanos, dudosos de la victoria y más cerca de ser vencidos que de vencer, dijo Quinto Metelo que no sabía si aquella victoria había traído bien o mal a la República romana. Porque así como aprovechaba la paz y sosiego que de ella resultaba, así dañaba echar de sí tan cruel enemigo como era Aníbal, que le ponía gran temor y cuidado. Del cual librada, se darían todos a ocio y vendrían en mayor peligro. Que, como dice Séneca, a los ánimos enfermos el enemigo les es seguridad, porque con el temor se ponen a recaudo.

Por esto Escipión Nasica siempre dijo que Cartago no fuese derribada, aunque no pudo estorbarlo. Porque Marco Catón, por el gran odio que con Cartago tenía, trabajó y porfió en que se derribase. Por la misma razón, después que los lacedemonios, por fuerza de armas, tomaron una ciudad populosa, los efores, que son los consejeros, sabiendo cuánto provecho recibían en el ejercicio de la caballería, por el temor que de aquella ciudad tenían, acordaron que no fuese derribada. Mas al cabo no fué seguido su consejo y derribáronla. Entonces dijeron los viejos sabios: «Ya pereció la lucha de los mancebos y el ejercicio, porque de aquí adelante no habrá adversarios.» Después tomaron otra ciudad, que también el rey mandaba derribar, mas no lo consintieron.

Gran utilidad que de la enemistad del adversario resulta.

Esta es una gran utilidad que de la enemistad del enemigo resulta, que hace al hombre andar sobre aviso, guardando su persona y su honra, según dice Plutarco en el libro que hizo de la utilidad del enemigo. De aquí se tomó el proverbio que dice que el hierro con el hierro se aguza; porque tratando un hierro con otro, por la virtud y fortaleza del uno y del otro ambos se pulen y aguzan. Y el hierro por sí, no ejercitado, luego se cubre de orín y se consume, o si es ejercitado con cosa blanda.

Esta intención tuvo Catón cuando comparó nuestra vida al hierro, que usándose anda limpio y no usándose se toma de orín, y mucho antes se pierde y se gasta que si se usase. Así que el varón esforzado no debe huir los trabajos, pues, según dice Platón, ningún hombre se puede decir fuerte o esforzado si mucho tiempo no fué criado entre los trabajos y peligros.

El hombre templado no ha de criarse apartado de los placeres y deleites, mas entre ellos mismos.

Como decimos del hombre que ha de ser templado, conviene que no sea criado apartado de los placeres y deleites, mas entre ellos mismos. Porque conocido lo uno y lo otro tome y siga lo mejor. De esta manera se entiende la ley que dice que los trabajos traen a sí las dignidades. Y como quiera que esto sea común en todas las virtudes, mucho más en la virtud de fortaleza o esfuerzo, donde son más necesarios los trabajos, para que de ellos resulte el hábito, que se engendra en el ánima, sin el cual ninguno puede ser fuerte ni esforzado. Que como es cosa muy dificultosa dejar lo usado y acostumbrado, así también usar y acostumbrar lo no usado ni acostumbrado. Para esto es el ejercicio de los tra-

bajos, por el cual se reprimen nuestros apetitos y pasiones, acostumbrándonos en aquellas cosas en que la natura en alguna manera contradice y repugna. De manera que conviene al hombre que quiere ser esforzado acostumbrarse a los trabajos del cuerpo y del ánimo justos y honestos. De este ejercicio o costumbre resulta una prontitud o facilidad para hacer aquello mismo cada y cuando fuere menester. A esto llamamos hábito o inclinación del ánimo, causada por la ejercitación o costumbre del tomar y sufrir los trabajos. Y como quiera que puestos en ellos no sintamos la gloria y alabanza que de ellos resulta, tampoco sentimos la gravedad de ellos, porque la gloria que de ellos se espera anima al hombre a desearlos, quererlos y sufrirlos con buena voluntad. Y cuanto más pena en ellos pase, tanto más gozo tiene después de pasados, con la gloria y fama que por ellos ha conseguido. De donde se infiere que más loado es el que con mucho trabajo y peligro alcanzó la victoria, que el que la hubo por fortuna o negligencia del adversario. Que más amadas son las cosas que con mayor dificultad se ganan, que las que sin ella.

Los trabajos son muy útiles y provechosos.

De lo que hemos dicho manifiestamente se concluye que los trabajos son muy útiles y provechosos. Y, por consiguiente, los hombres que quieren ser virtuosos y esforzados los deben desear, amar, procurar y alegremente sufrir, pues llegados al fin, tanto placer y tan honesta alegría producen. De hombres abyectos y de poco ánimo es temer los trabajos y huirlos. De lo cual nace negligencia, que los hace negligentes, afeminados y malignos. El que huye estos trabajos y peligros es hombre imbécil y de muelle corazón, que no merece ser contado entre los hombres. Como fueron el Emperador Antonino Heliogábalo y Sardanápalo, hombre afeminados, no merecedores de ser llamados hombres ni contados entre ellos, y mucho menos entre los reyes y príncipes.

CAPÍTULO XIII

CUÁL HA DE SER EL PELIGRO QUE SE TEME O ESPERA EN LAS COSAS GRANDES, DIFÍCILES Y PELIGROSAS, Y DE CUATRO GÉNEROS DE COSAS TERRIBLES Y TEMEROSAS

Ha de ser el peligro muerte de presente.

Ha de ser el peligro que se teme o espera de las tales cosas muerte de presente, que es la cosa más terrible de todas las cosas terribles. Porque aunque naturalmente los hombres teman las cosas que les pueden ser dañosas, mucho más aquellas que pueden causar la muerte, pues por ella se disuelve y desata la unión del cuerpo y del ánima y es reducido el hombre a no ser. A este peligro se pone el hombre de ánimo generoso por ganar honra y gloria y no incurrir en infamia. Por eso sufre los peligros de la batalla y no siente las heridas. O, si las siente, quiere más morir que caer de su grado y dignidad. La cual piensa estar en vencer o morir. Y esto toma por mejor, y lo quiere.

Cuando los hombres se ponen en peligro de muerte, no por su voluntad, mas porque no lo pueden evitar, así como acaece a los que andan por mar, que se disponen a sufrir la muerte por la tempestad, éste no es esfuerzo, como quiera que unos la teman más que otros. Por tanto, Hipomedón daba grandes querellas a los dioses porque permitían que se ahogase en las aguas y no querían que muriese a hierro en alguna batalla. Dando a entender que no era cosa de esfuerzo ni de hombre esforzado morir en las aguas, pues era de necesidad y no de voluntad, según adelante más largamente diremos.

Cuatro especies de temor: natural, razonable, liviano y engañoso.

Concluyendo en este artículo, decimos que para conocer cerca de qué males se ha de considerar el esfuerzo, y para saber qué cosas se deben justamente temer, se ha de presuponer que algunas cosas se temen naturalmente, otras razonable, otras liviana, otras engañosamente. Porque son cuatro especies de temor.

Uno es temor humano en las cosas tristes y terribles que exceden la naturaleza y virtud humana. De manera que contra ellas no hay remedio natural, como son los peligros extremos que vienen arrebatadamente, en los cuales no ha lugar el acometimiento razonable ni voluntario sufrimiento, como acaece al que cae del puente en el agua, o el golpe del relámpago o trueno, o avenida arrebatada. Estas cosas todos los hombres las temen, y el que no las teme sería insensible o loco y no esforzado, porque tales peligros ninguno los puede huir. Este temor no es vicio, mas afección *natural* del ánimo inexpugnable a la razón.

Otras cosas se temen razonablemente. Este temor se dirá *razonable* en las cosas tristes y terribles en las cuales no cabe medio de mayor bien. Como acaece al marido, que teme de no dar a su mujer o hija a otro para que use de ella por dineros que le dió; lo cual debía más huir que la pobreza, porque aquél es mayor mal que éste. Y generalmente esto ha lugar en todas las cosas que por razón se deben huir y excusar por sí mismas o por excusar mayores males o ganar mayores bienes, cada cosa en su grado. Esto llaman los filósofos, temor de los prudentes y esforzados: no es vicio, mas virtud de esfuerzo, la cual es temer u osar con recta razón. En este acto de esfuerzo es necesaria una estimación razonable de mayores males y bienes, porque no todas las cosas nos fatigan igualmente; unas más, otras menos que deben, otras como no deben. Por ende, cerca de las cosas temidas debe el hombre esforzado examinar la esperanza y el miedo, y templar la esperan-

za con el miedo, y el miedo con la esperanza. Y si lo uno es menos o más lo uno que lo otro, así como un vicio con otro vicio, repe-
lerlo. Finalmente, esperar o temer, como es razón.

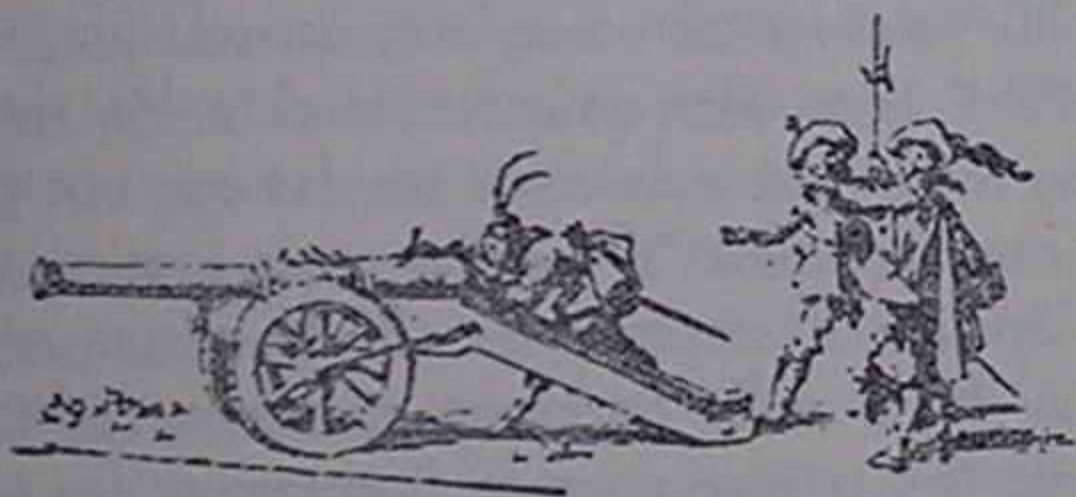
Otras cosas se temen ligeramente. Éste es temor *liviano* de pequeño mal, o de poco daño, en el cual se daña el hombre más temiendo, que haciendo aquello que teme o padeciéndolo. Esto acaece a los niños muchas veces, que más temen las amenazas que les son hechas de que los azotarán que los mismos azotes. Éste se llama temor de los niños y de los locos, que temen las cosas livianas y no las pesadas y graves, o que igualmente temen las unas y las otras. Así que a algunos da causa de temor solamente poder temer. No hay modo de la vida ni de la miseria si tanto temen los hombres cuanto pueden, como quiera que no deban temer más de lo que es razón.

Otras cosas se temen falsa y engañosamente. Éste es temor *falso* o *vano*. Como acaece en los que temen lo que no saben, salvo de solas las palabras de otros, o de su relación, o de la propia imaginación. Esto comúnmente acaece a los viejos o impotentes, que no miran que más cosas son las que nos ponen temor que las que nos apremian. Y muchas veces somos más afligidos por nuestra opinión o sospecha que de la misma cosa que sospechamos. La fama suele hacernos guerra la nosotros mismos dentro de nosotros, porque creemos ligeramente las opiniones de los otros y no discutimos aquellas cosas que nos traen al medio conveniente y razonable; mas luego creemos las cosas que nos ponen temor y trepidación. Los tales participan de los vanos temores de los viejos, pues, como hemos dicho, los niños temen las cosas livianas; los viejos, las vanas y falsas.

En qué difieren el hombre esforzado y el osado.

De esto que habemos dicho parece que es la diferencia que es entre el hombre esforzado y osado, pues el osado ninguna cosa teme de las que naturalmente ni con razón deben ser temidas;

mas así como vano, glorioso y temerario en todas osa y a todos peligros se ofrece sin razón y sin causa razonable. El hombre esforzado teme todo aquello que naturalmente todo hombre debe temer, y todo lo que con razón cualquier hombre sabio y prudente teme y debe temer y huir. Asimismo parece de lo ya dicho la diferencia entre el hombre esforzado y el temeroso; que el temeroso témelo todo, no solamente lo que naturalmente se debe temer, mas también lo que es liviano y vana y locamente se teme. El hombre esforzado ninguna cosa de éstas teme; mas todo aquello osa acometer y sufrir con buen ánimo y es aparejado para hacer cualquier cosa de ésta según y como debe, y para sufrirlas cuando fuere menester.





CAPÍTULO XIV

DE LA OSADÍA Y DE LOS MALES QUE DE ELLA NACEN

Del amor nace la osadía.

PARA que la voluntad determine bien cerca del esfuerzo es necesario que haya consideración a los dos extremos que se hallan en cualquier cosa grave, difícil, temerosa y peligrosa, que son Osadía y Temor, los cuales proceden del amor que el hombre tiene a sí mismo; por él osa o teme más que conviene, o por honrar su persona o por conservarla. Cuando la cosa grave, difícil, terrible y peligrosa se representa al ánimo por los sentidos corporales, luego la siente y se inclina a querer lo que le puede ser provechoso, y lo ama.

De este amor nace la osadía, que es acometimiento inconsiderado contra los peligros con esperanza de sobrarlos, por la gran

confianza que de sí mismo hace por sus fuerzas, o por su industria o experiencia, o de los que le han de ayudar y favorecer. Desecha y menosprecia el temor que es natural en los hombres; pónese arrebatadamente en los peligros, porque osa lo que debe y lo que no debe.

Cómo son comúnmente los osados.

Los hombres que así son osados, comúnmente son gloriosos, ventosos, hinchados, arrogantes, blasonadores; alaban sus cosas más que deben, pensando por esta vía mostrarse fuertes o esforzados; pésales de los actos virtuosos que los otros hacen; han envidia y detraen de ellos, por abajarlos menospreciándolos o a lo menos no diciendo bien de ellos. Estos y otros muchos daños resultan de este extremo, porque él en sí es vicio cuando está en sus fuerzas.

La temeridad, compañera de la osadía.

Por tanto, el hombre virtuoso y esforzado no lo debe seguir ni tomar, pues tiene por compañera y guiadora la Temeridad, por la cual el hombre confía de sí más de lo que conviene, para hacer y obrar lo que quiere. Y cuanto mayor osadía y confianza tuvo al principio, tanto mayor temor y flaqueza tiene en la prosecución del negocio, y al mejor tiempo desfallece y lo deja con mayor mengua y daño suyo. Como acaeció a Faetón, hijo de Apolo, el cual, con mucha osadía y confianza, más de la que convenía, demandó el carro a su padre, y luego que los caballos se comenzaron a escalentar no pudo ni supo regir el carro; y tan gran temor hubo que ya no quisiera haberse puesto en ello; cayó en tierra, y murió.

Terencio Varrón, cónsul romano, por la loca osadía que tuvo de pelear con Aníbal en la batalla de Cannas, casi destruyó el

pueblo romano, por lo cual toda su vida vivió muy triste, y nunca rayó la barba, ni cortó el cabello, ni comió sobre mesa, ni quiso tomar oficio de honra, aunque se lo daban, diciendo que otros más dichosos oficiales había menester el pueblo romano. Otra tal osadía hizo Flaminio cerca de Trasimeno, y otros muchos, que por evitar prolijidad aquí no escribo.

Deben los hombres conocerse a sí mismos y medir y estimar sus fuerzas y la cualidad de sus personas y de sus adversarios, y no confiar de sí más de lo que deben, ni tomar sobre sí más carga de la que pueden sufrir. Y no sólo deben considerar que aquello sobre lo que contienden es justo y honesto, como adelante diremos, mas también las fuerzas de cada uno y las cualidades, como dicho es, porque no caigan torpemente como incapaces para sufrir tan gran carga, como hicieron los suso nombrados. Que el varón esforzado, así como conviene que sea verdadero, no insidioso y asechador o engañador, así es necesario que sea cauto y estimador igual de sus cosas.

Repreensible es la osadía.

No se llamará esfuerzo ni fortaleza lo que hizo Alejandro *el Magno*, que, conquistando las Indias, cercó una ciudad, y en el combate subió primero en el adarve. Y cuando allí no vió resistencia, metióse a solas en medio de la plaza. Y luego, visto por los enemigos, fué muy reciamente combatido, y herido debajo del brazo con un pasador, que le hizo perder la fuerza por la mucha sangre que le salía, y cayó de rodillas; y así estuvo peleando hasta que fué socorrido de los suyos; fué maravilla no matarle. Esto no se puede ni debe decir esfuerzo, mas osadía repreensible; porque, aunque él fuese muy poderoso de gente y generoso de corazón, no se podía poner de aquella manera solo entre los enemigos, especialmente siendo rey, porque perdida su persona era perdida su hueste y estado. Harto hace el rey o capitán en gobernar bien su hueste y batalla y mirar y proveer y prevenir

los peligros, y dar galardón a los hombres valientes y esforzados y animarlos, y desechar a los cobardes. Éstos son los medios por donde los reyes vencen a sus contrarios y acrecientan sus señoríos, más que no por pelear con sus personas, aunque es bien que lo sepan hacer para cuando fuere necesario, según más largo diremos cuando hablaremos de los actos del esfuerzo, y también cuando escribiremos de la intención que debe tener el hombre esforzado para entrar en el peligro.

Así que gran locura es acometer o esperar el hombre cuando no debe, conociendo que sus fuerzas no bastan para ello; como si un hombre acomete o espera a muchos, salvo si el uno fuese tan notable, famoso y experimentado, que ya otras veces hubiese hecho lo mismo, como hacían Sansón y Judas Macabeo, que muchas veces, solos, vencieron a muchos.

No es de olvidar lo que hizo Eleazar, caballero esforzado, yendo con Judas Macabeo contra el rey Antíoco. Como vió un elefante muy ornado, pensando que el rey viniese allí, por librar su pueblo y ganar gloria, metióse por medio de los contrarios, hiriendo a la una mano y a la otra en ellos, hasta que llegó al elefante. Entonces arrojó el escudo por poder dar mayor golpe, del cual cayó el elefante sobre Eleazar, y allí murió; de lo cual espantados los contrarios se retiraron, y fué librado el pueblo de aquel peligro.

El Cid Ruy Díaz libró al rey don Sancho el II de catorce caballeros que lo llevaban preso. Don Alvaro Yáñez de Amaya, otra vez libró a este mismo rey don Sancho de cuatro caballeros que lo llevaban preso. Garci Pérez de Vargas, cuando el rey don Fernando tenía cercada a Sevilla, yendo solo por su camino, no le osaron acometer ni esperar siete caballeros moros. Garci Gómez Carrillo, siendo alcaide de Jerez, cuando vino sobre ella el rey de Granada, solo la defendió, hasta que con garfios de hierro le sacaron. El rey, visto su esfuerzo, mandó que no le matasen; hízole curar y dióle muchas cosas y mandóle soltar libremente.

Estos caballeros eran muy fuertes y muy experimentados; por

eso se ponían a tan grandes peligros. Aunque en ellos se reputa a gran virtud de fortaleza o esfuerzo, en otras personas que tales no fuesen, reputarse ha a osadía o temeridad. Otro tanto diremos cuando los pocos acometen o esperan a los muchos, salvo si los pocos son tan señalados y excelentes que su excelencia ha igualdad con la muchedumbre de los otros. Como acaeció al conde don Alvaro de Lara, que sobre su prisión desafió con trescientos caballeros a don Gonzalo Ruiz Girón y a don Alonso Téllez, señor de Vizcaya, con seiscientos caballeros, y los venció y encerró en Castrejón. Otro hecho famoso acaeció sobre la peña de Martos, cuyo alcaide era don Alvaro Pérez de Castro, el cual estaba ausente en la corte cuando los moros la cercaron. La condesa y las mujeres que con ella estaban la defendieron hasta que vino don Tello con los caballeros, que habían ido a hacer cabalgada. Como vieron tantos moros, detuviéronse para haber consejo de lo que debían hacer. Entonces dijo García Pérez de Vargas que fuesen todos juntos de un tropel y entrasen por medio de los moros, y así lo hicieron y defendieron la fortaleza. Los moros, visto su esfuerzo, no quisieron estar más allí. En conclusión, el varón esforzado no debe mucho codiciar la gloria que del vencimiento espera, porque esto muchas veces dañó al que demasiadamente la desea; mas con moderación se debe desear.

CAPÍTULO XV

DEL TEMOR Y DE LOS MALES QUE DE ÉL NACEN

Qué cosa es el temor.

El otro extremo que se halla en las cosas graves, difíciles, terribles y peligrosas es el temor. Que así como el ánima ama las cosas peligrosas, así teme las dañosas. Temor es miedo del mal que está cercano; y muchas veces se pone lo uno por lo otro.

Algunos dicen que temor es un inconsiderado desechar y huir los peligros y las cosas que contra ellos se pueden hacer. O es una tristeza o perturbación del ánimo, que procede de la fantasía, por el mal que parece que muy presto ha de venir. Cuando pensamos que algún mal nos ha de venir de presto, de este pensamiento se causa una tristeza y turbación al ánimo, que llamamos temor. El cual nos retrae que no hagamos acto virtuoso de esfuerzo como debemos, huyendo el peligro, dejando de hacer lo que somos obligados, o, queriéndolo hacer, de turbados, no podemos.

Así que del temor resulta un miedo, o es el miedo mismo que hace al hombre meticoloso, que no sólo teme lo que debe temer, mas aun teme lo que no debe, con horror, espanto, temblor de los miembros; tanto, que le faltan las fuerzas y la esperanza de conseguir lo que desea.

Quien teme más que debe, de necesario pierde la esperanza.

Porque quien teme más que debe, de necesario pierde la esperanza. Y cuanto el hombre es vencido y apartado de virtud por el miedo, tanto lejos está de la confianza y tan cerca de la desesperación. La cual, menguada de todo consejo, hace al hombre precipitarse sin ninguna consideración para hacer lo que no debe o dejar de hacer lo que debe, según razón. Y de tal manera está consternado, espantado, turbado y abatido, que parece atónito o atronado, sin ninguna seguridad ni reposo, muy aparejado para huir el peligro y las sospechas de él.

Tanto es muelle el corazón del tímido y tanta su imbecilidad o flaqueza, que ninguna cosa áspera puede sufrir ni comportar; más como mujer flaca cae, llora y se quebranta de tal manera, que por excusar los peligros y trabajos desea la muerte, y algunas veces se la toma por sus manos. Lo cual viene de corazón muelle o flaco. Débelo mucho huir el hombre forzado, pues la virtud de fortaleza o esfuerzo le amonesta que fuertemente persiga to-

dos los vicios como contrarios a la virtud. Por esto los sabios antiguos reprendieron a Catón y a los otros, de quien ya habemos dicho que se mataron por no venir a manos de sus enemigos, como hicieron Aníbal, Bruto, Escipión, suegro de Pompeyo; Labeo Marzo, Casio, Nero y otros que por evitar prolijidad no se escriben. Éstos no hicieron acto virtuoso, ni de esfuerzo; mas decirse ha flaqueza de ánimo, locura y cosa injusta y reprobada, como adelante más largamente declararemos.

Ejemplos de madres lacedemonias.

Mas debe tener ante los ojos la vergüenza que del temor o miedo se le sigue, por la cual los hombres son esforzados, como decía Polidoro Alcameno, rey de Lacedemonia. Preguntado por qué los espartanos se batían fuertemente en las batallas, respondió: «Porque sus capitanes aprendieron a tener vergüenza de hacer lo que no debían.» Que ley antigua era, certa de los lacedemonios y romanos, que los que generosamente viviesen y por la república muriesen fuesen muy loados y habidos por bienaventurados, y, por el contrario, los temerosos fuesen vituperados como si hubiesen vivido infeliz y miserablemente.

Damateria, mujer famosa de Lacedemonia, como supo que su hijo era temeroso y, por consiguiente, no digno de ser su hijo, ella misma lo mató, y por memoria del famoso hecho mandólo esculpir sobre su sepultura.

Goncia, cuando le trajeron nueva de Creta que era muerto Acrotate, respondió: «Bien sabía que yendo a pelear con los enemigos, o había de morir o vencerlos. Por mejor tengo que muera como esforzado, que viva como temeroso menguadamente.»

De otras muchas leemos que hicieron lo mismo, especialmente de otra mujer de Lacedemonia que, como sus hijos hubiesen huído de la batalla y viniesen a ella, les dijo: «¿Dónde volvéis, malos mancebos? ¿Por ventura queréis tomaros adonde salisteis?» Y alzó sus ropas y mostróles el vientre.

Otra mujer, también de Lacedemonia, envió cinco hijos suyos a la batalla y quedó ella en los arrabales esperando lo que sucedía. Lo cual preguntó a uno que venía de la batalla, y respondióle que todos sus hijos eran muertos. Ella le dijo: «No es eso lo que te pregunto, sino que cómo suceden las cosas de la república.» El respondió que vencía a los enemigos. Dijo ella: «Pues así es, con buena voluntad sufro la muerte de mis hijos.»

Otra mujer enterraba un hijo suyo que era muerto por la república. Como una vieja hubiese de ella lástima, díjole: «¡Oh, mujer afortunada!» Ella respondió: «Por cierto, bien, pues parí hijo para que muriese por la república, y aquello mismo le sucedió.»

De estos y otros muchos ejemplos claramente parece cuánto es loada la virtud de fortaleza o esfuerzo y cuán vituperada la cobardía. Sintiendo esto un caballero famoso, porque le dijeron que su hijo había huído de la batalla, le escribió: «Mala fama se ha dicho de ti; por ende, luego límpiala, o nunca parezcas.»

CAPÍTULO XVI

CUÁL ES MENOR MAL, LA OSADÍA O EL TEMOR, Y POR QUÉ LA FORTUNA AYUDA A LOS OSADOS Y DESECHA A LOS TEMEROSOS

Ya hemos dicho de los dos extremos que son temor y osadía, los cuales estando en su fuerza son vicios reprendidos. Por tanto, el varón esforzado ninguno de ellos debe seguir. Mas debe tomar el medio entre el uno y el otro, que ni sea muy osado ni muy temeroso, y que refrene la osadía y sosiegue el temor.

Mejor es declinar de la osadía que del temor.

De esta manera tomará el medio que conviene según el recto juicio de la razón. Y porque acertar puntualmente en el medio es muy dificultoso, pues finalmente queda a la discreción de cada uno, consideradas las cualidades y circunstancias necesarias, es bien que veamos, en caso de duda dada igualmente de los extremos, a cuál de ellos debe el hombre más declinar.

Algunos dicen que, en tal caso, mejor es quedar algo corto que alargarse, porque más hace al medio lo diminuto que lo excesivo. Así lo aconsejaba Isócrates al rey Nicocles en el libro que hizo de religión. Lo cual en otras cosas podría haber lugar, mas en nuestro caso mejor es declinar a la osadía que al temor; porque la osadía está más cerca del medio y es más semejante a él, del cual en alguna manera es participante, porque ya estuvo en el medio y pasó adelante, y el temor nunca llegó al medio, pues el hombre esforzado osa lo que según la razón reglada debe osar, y no osa lo que no debe osar. El osado ósalo todo: lo que debe y lo que no debe. En cuanto osa lo que debe es semejante y más cercano al esforzado que no el medroso, que ni osa lo que debe ni lo que no debe.

También la osadía puédese más aína y mejor refrenar, para reducirla al medio, que despertar, mover y llevar adelante al temor para llegar al medio. Como decimos del pródigo que está más cerca de la liberalidad, que es el medio entre prodigalidad y avaricia, que no el avariento. Porque el pródigo, dando lo que debe y lo que no debe, ya llega al medio y pasa de él, y ligeramente se puede refrenar y reducir al medio. El avariento que no dió nada, nunca llegó, y con mucha dificultad llegará, al medio. Allende de esto, el pródigo, aunque a sí mismo dañe, a otros aprovecha; el avariento, ni a sí ni a otros. Así, en nuestro propósito decimos que menos dañoso es allegarse el hombre a la osadía que al temor. Por tanto, los antiguos, según dice Salustio en

el *Catilinario*, decían que en la batalla tienen mucho peligro los que mucho temen. Porque el temor de la batalla, según dice Séneca en una tragedia, peor es que la misma batalla.

En el *Deuteronomio*, cap. 20, mandaba Dios al temeroso que no pelease, porque no hiciese a los otros temerosos como él lo era. San Bernardo, sobre esto, decía al temeroso: «Si por ventura huiste de la batalla, ¿piensas que te libraste de las manos de los enemigos? Con mayor ánimo sigue el adversario al que huye que sostiene al que pelea.»

Así que la osadía es habida por muro en las batallas. Por tanto, el hombre que ha de pelear ha de tener ánimo constante y esperar siempre en la victoria, yendo contra los enemigos y contra los peligros con grande osadía.

Más clara muerte que oscura vida.

Que a los osados ayúdalos la fortuna; a los temerosos deséchalos, porque los que osan son más llegados al medio virtuoso y más conformes a la condición de la fortuna. Aunque algunas veces a los más osados y más fuertes acomete y vence, y a los más imbéciles y flacos deja. Ella es la que hizo que Mucio Escévola sufriese el fuego, y Fabricio, la pobreza; Rutilio, el destierro; Marco Régulo, los tormentos; Catón y Aníbal, la muerte; Sócrates, la ponzoña, y otros muchos que quisieron más clara muerte que oscura vida. Porque lo segundo es cosa natural y propia de la natura, que no se puede excusar. Lo primero es propio del hombre fuerte o esforzado; por eso lo toma y escoge. Así lo decía Leónidas, rey de los lacedemonios. Mas comúnmente vemos que la fortuna es más amiga y favorecedora de los osados que de los temerosos; y tanta puede ser la virtud y constancia del hombre esforzado, que venza a la misma fortuna y rompa sus leyes, cuando la osadía es empleada contra el que no es osado; que contra los osados, según dice Ovidio, no es segura la osadía. Por ende, el hombre esforzado no debe poner su confianza en la fortuna,

ni referir sus cosas a ella. Mas débelas medir, moderar y regir por razón. La fortuna haga su oficio. Y en caso de que la fortuna tanto favoreciese al osado que saliese con su intención, alcanzando el fin que deseaba, no por eso le diremos esforzado; porque aunque el osado, favorecido por la fortuna, parezca osado, no lo es. Como el juglar vestido de vestiduras de rey, que parece rey, mas no lo es. El hipócrita tiene apariencias de bueno, mas no lo es. Así el osado, que toma más parte de la osadía que conviene, es simulador de virtud, mas no es virtuoso, aunque la fortuna le favorezca y salga con su intención.

CAPÍTULO XVII

¿QUIÉN DEBE SER MÁS MIRADO Y ESTIMADO: EL OSADO, O EL TEMEROSO? Y ¿QUIÉN HACE MÁS: EL QUE REFRENA EL MIEDO, O EL QUE SOSIEGA LA OSADÍA?

De lo que hemos dicho se infiere que más debe ser mirado y estimado el hombre osado que el temeroso, porque la osadía está más cerca del medio, y en alguna manera participa en él, y más ligeramente se puede reducir al medio, que el temor, como está dicho. Esto se ha de entender estando los dos extremos en sus fines; que si los extremos son moderados, más hace el que modera el miedo que el que refrena la osadía. Porque es más difícil sosegar o reprimir el miedo que retraer o refrenar la osadía. Porque el miedo está más lejos de la virtud de la fortaleza o esfuerzo, que consiste entre los dos extremos de temor y osadía, y le es más contraria y resistente que la osadía, que le es más cercana y menos contraria y menos resistente. Y, por consiguiente, en alguna manera parece que la virtud del esfuerzo acomete al miedo más reciamente que a la osadía.

De lo cual por algún respecto parece ser acometida. Y como

sea cosa más dificultosa el sufrir que el acometer, y de ánimo más fuerte y más firme, síguese que quien vence al que sufre, que es el miedo, más hace que el que vence al que acomete, que es la osadía. Porque el que sufre los males y las cosas ásperas, temiéndolas y teniéndolas como delante de los ojos y como si ya estuviesen presentes, siéntelas más y parécenle más recias y temerosas que al que ha de acometer o acomete, el cual siente los males venideros más en el ánimo que en la misma cosa.

Por tanto, justamente son muy alabados aquellos que con gran y levantado ánimo, sufriendo las cosas graves, difíciles, ásperas, terribles y peligrosas, sosegaron el miedo y salieron vencedores de los grandes dolores que de aquello se siguen y no cayeron de su grado o reputación. Que como naturalmente deseamos conservar nuestra vida, por consiguiente tememos aquello que nos puede privar de ella.

Por esto, luego que el peligro de las cosas se nos representa, hace en nosotros impresión y causa temor; y cuanto más el peligro se va llegando, tanto más el temor va creciendo, y llegado ya el peligro y en medio de él, el temor está más poderoso.

No es así la osadía, que luego al principio tiene todo su vigor, y cuanto más va adelante tanto más se va disminuyendo y perdiendo sus fuerzas, por la resistencia y contrapugnación del adversario y por los males que va sintiendo.

Así que más es sosegar el miedo que regir la osadía, ora estos extremos caigan en diversas personas o en una misma, ora sea el acometedor o el acometido; que en cada uno de ellos concurren estos dos extremos, si no es del todo osado o tímido.





CAPÍTULO XVIII

EN QUÉ MALES INTERVIENE EL ESFUERZO PARA QUE EL HOMBRE
SE PUEDA DECIR ESFORZADO

PUES habemos dicho que el esfuerzo es un medio, hábito del ánimo entre los dos extremos, temor y osadía: temeroso es el que todo lo teme, lo que debe y no debe temer; ninguna cosa triste osa hacer ni padecer, que sea de osar o de no osar; osado es el que osa lo que debe y no debe osar; síguese que esforzado es el que osa como debe. En esto conviene con el osado: no osa lo que debe acometer, hacer o padecer, en lo cual conviene con el temeroso. De donde claramente parece que no todas las cosas tristes y terribles se deben temer y huir, ni todas las cosas agradables se deben acometer, hacer ni sostener. Porque, en la verdad, ninguna cosa se debe temer ni huir, salvo en cuanto es mala. Y, por el contrario, ninguna cosa debe ser deseada ni amada, salvo en cuanto es buena.

De manera que, según la multiplicación y diferencia de los bienes que se deben desear y procurar se toma la diferencia de los males y cosas tristes, que se han de huir para venir al medio, en que consiste la virtud del esfuerzo.

Bienes del cuerpo, del ánimo y de la fortuna, y sus contrarios.

Para mejor entender esto, se ha de presuponer que unos son los bienes del cuerpo, otros los del ánimo, otros de la fortuna.

Bienes del cuerpo son éstos: sanidad, hermosura, grandeza, fortitud, ligereza; de los cuales bienes son contrarios: enfermedad del cuerpo, deformidad, poquedad, debilitación, tardanza.

Los bienes de la fortuna son: nobleza, tener muchos amigos y buenos, riquezas, muchos hijos y nietos, buena edad y buena vejez; los males contrarios a éstos son: no ser noble, tener pocos amigos y no buenos, pobreza, malos hijos, mala vejez.

Los bienes del ánimo, algunos son naturales, como buen ingenio, industria, astucia del ánimo, buena memoria; los males contrarios de éstos son: ingenio tardo, pereza, ignorancia, olvido. Otros son bienes del ánimo ganados por estudio y doctrina: prudencia, temperancia, justicia, fortaleza, con las otras especies y modos de ellas; los males contrarios a éstos: locura, intemperancia, injusticia, temor, astucia mala, inercia, negligencia, temeridad y otros semejantes a éstos. De algunos de estos bienes y males que hemos dicho, el principio y la causa son en nos y dentro de nos. Estos bienes y males se han a nos como cosas honestas o torpes, y por ellos somos alabados o vituperados; porque si malos son, la culpa es nuestra, como son los males y bienes del ánimo, virtudes y vicios.

Empero, de los otros bienes y males la causa y el principio no es en nos, ni dentro de nos; mas en otros y fuera de nos, o en todo, como son los bienes y males de la natura de parte del cuerpo, como sanidad, hermosura, grandeza, fortitud, ligereza, y los con-

trarios a éstos. Porque cuanto a estos bienes y males somos tales por la necesidad de la naturaleza, y no por nuestra buena o mala voluntad. Y, por el consiguiente, no se han a nos como cosas honestas o torpes, mas como cosas delectables o tristes, deseadas o no deseadas.

Alabanza y vituperio del mal que nos toca: no de la sola fortuna, mas por nuestra diligencia.

Por tanto, por ellas ni somos alabados ni vituperados, pues por nuestra negligencia o diligencia estos bienes o males no nos vienen en parte, así como son los bienes y males de la fortuna, o del caso, como es la nobleza, las riquezas, el poder y otras cosas semejantes, y las contrarias de ellas que se han a nos como útiles o inútiles, en cuanto la causa y principio de ellas no es en nos, no somos loados ni vituperados. Pero en cuanto algún bien nos toca y nos viene, no de sola la fortuna, mas también por nuestra diligencia, en tanto por ello somos alabados. Y en cuanto algún mal de los contrarios nos viene por nuestra culpa o negligencia, en tanto por ello somos vituperados.

Que así como la virtud y honestidad, a quien es debida alabanza, son una misma cosa, así el vicio y la torpedad merecen vituperio. Porque, en la verdad, ninguno es honesto, salvo el virtuoso; ninguno es torpe, salvo el vicioso. Pues si la virtud del esfuerzo es cerca de sus propios objetos, según la razón del medio entre osado y temeroso, el osado se ha cerca de estas cosas según exceso, pues en todo osa y ninguna cosa teme; el temeroso se ha según defecto, pues todo lo teme y ninguna cosa osa.

El hombre esforzado osa lo que debe, y teme lo que debe temer.

Síguese de necesario que el esfuerzo es medio entre los dos extremos, en cuanto por él osa el hombre esforzado lo que debe y teme lo que debe temer; y, por consiguiente, lo que no debe osar no lo osa, y lo que no debe temer no lo teme. Por tanto, para conocer qué cosa es esfuerzo y qué hombre se dirá esforzado se ha de presuponer qué son aquellas cosas que deben ser osadas y acometidas justa y verdaderamente, y qué temidas y huídas. Porque muchos en algunas cosas son osados y parecen esforzados, mas no lo son; otros, en algunas cosas son temerosos y parecen cobardes, y no lo son. Pues como quiera que el oficio de la virtud del esfuerzo principalmente entienda en rectificar el temor por respeto de las cosas tristes y terribles, como ya habemos dicho, cosas tristes propia y verdaderamente son aquellas que se temen porque dañan al cuerpo o el alma, o algún bien del cuerpo o del alma, como es la enfermedad o pobreza.

Terribles cosas son aquellas que no sólo dañan, mas también corrompen el cuerpo o el alma, que es la vida, y por consiguiente todos los bienes del cuerpo y del alma, como es la muerte, que es el fin y lo postrero de las cosas terribles en su género. Que así como la muerte corrompe el cuerpo, y por consiguiente la vida, así la infamia corrompe la buena fama, que es vida del hombre, por la cual vive después de muerto. Así que es mucho de mirar, para saber qué cosa es esfuerzo y cuál hombre se dirá esforzado, qué cosas son de temer como tristes y qué como terribles.

De donde resulta la diferencia entre el hombre esforzado y el osado y temeroso, y cuál será verdaderamente esforzado, o lo parece no siéndolo, y cuántas maneras hay de esfuerzo.

CAPÍTULO XIX

QUE EN LAS COSAS INJUSTAS O INJUSTAMENTE PROSEGUIDAS NO SE PUEDE DECIR EL HOMBRE ESFORZADO NI EL ACTO VIRTUOSO

La justicia, compañera del esfuerzo.

Para que el acto del esfuerzo se diga virtuoso y el que lo hace, esforzado, conviene que sea sobre cosa justa y se haga justamente; que si la cosa es injusta o se hace injustamente, aunque le haga en favor de la república y sobre cosa grande, difícil, terrible y peligrosa, no se dirá acto de esfuerzo, ni el que lo hiciere esforzado, puesto que aunque tenga grandeza de corazón, mas se ha de decir fiero o cruel, según determina Aristóteles en el cuarto libro de las *Éticas*. Porque ninguna cosa se puede desear ni querer, si no fuera buena, honesta y justa; ni temer, si no fuera mala o injusta. Así, que todos los trabajos y molestias que los hombres toman han de ser en las cosas justas y honestas, para que dignamente se puedan decir esforzados; que si son injustas las cosas sobre que se contiende, o deshonestas, o no se prosiguen como deben, falta la primera condición que requiere la virtud de fortaleza o esfuerzo, que es la justicia, su compañera.

Porque aunque la fortaleza bélica o esfuerzo bélico, de quien tratamos, sea virtud excelente, y por cierto respeto más que las otras, nunca ella sin las otras, especialmente sin la justicia, se puede llamar virtud, pues ella no se comete a sí misma. Así que el esfuerzo sin la justicia materia es de iniquidad, y cuanto es mayor, tanto más aparejada para oprimir a los inferiores. Por tanto, es necesario que ambas concurren como hermanas o compañeras y como más excelentes que las otras. Pues no sólo son provechosas al que las hace o ejercita, mas también a otros que de ello reciben

honra y provecho. Y cuanto más común es el bien, tanto más excelente.

Por el consiguiente, los hombres justos y fuertes son más honrados que los otros, que hacen las otras virtudes, según lo determina Aristóteles; la una en paz, la otra en guerra traen grandes provechos a los hombres.

Puestas en la balanza, prepondera la justicia a la fortaleza.

Verdad es que, si ambas fuesen puestas en la balanza, preponderaría la justicia a la fortaleza. Por tanto, Agesilao, rey de Lacedemonia, preguntado cuál de estas dos virtudes era más excelente virtud, respondió que la justicia sin fortaleza es virtud; la fortaleza sin justicia, no. Así que la fortaleza o esfuerzo no se dirá virtud cuando se hace sobre cosa injusta o injustamente seguida.

Por tanto, Pitágoras, en sus cantares, y Orfeo, en sus himnos, enseñan lo que se debe pedir a los dioses, que son las cosas justas y modestas; que las injustas no las oyen ni favorecen, aunque les sean hechos grandes y ricos sacrificios, que no se corrompen con oro ni con dones. Por esto decía Homero que los sacrificios de los troyanos no fueron gratos a los dioses o aceptados por ellos. Porque el rey Príamo y su pueblo no eran gratos a ellos, por la manifiesta injusticia de la guerra. Esta misma fué la causa por que cuando los de Atenas contendían con los de Lacedemonia, siempre fueron vencedores los de Lacedemonia. Cuyas bendiciones más placían a los dioses que los sacrificios de los griegos, aunque los de Atenas ofrecían mayores pompas y dones.

Por tanto, dice Teofrasto: «Al que quisiere señarlarse entre los otros y parecer que hace maravillas conviene que, con buena voluntad, haga sacrificios a los dioses muchas veces y religiosamente, aunque no sean grandes los sacrificios; porque esto es señal de religión y santidad; lo otro, de riqueza y abundancia.» De esto mo-

vido Platón, decía, tratando de santidad: «Santa cosa es, y justa, que la misma razón haya en el recibir que en el dar y que entre los hombres y los dioses haya una manera de mercadería, que ellos den a los hombres bienes justos y honestos; los hombres, a ellos, sacrificios y suplicaciones. Con tales medios y oficios, las cosas privadas y públicas se conservan.»

No guarda Dios a quien no se guarda.

Con esto concuerda lo que escribe Jenofonte en sus *Comentarios*, donde dice: «No conviene pedir a Dios que, siendo imbeciles e ignorantes en las cosas de la guerra, nos haga vencer a los que son muy sabios y muy ejercitados en aquélla, o que el que no sabe gobernar la nao la lleve y venza, o que el que no sabe sembrar el trigo coja mucho y bueno, o que te guarde Dios no te guardando tú.»

No se deben pedir estas cosas a Dios, como no es lícito pedir a los hombres cosas contra las leyes. Mas conviene que los hombres provean las cosas necesarias, antes que la necesidad o el uso de ellas venga. Porque, como dice Salustio, no conviene que con tormentos ni con lágrimas mujeriles pidamos a Dios que nos favorezca, mas que velando y trabajando, y bien aconsejado, todas las cosas suceden prósperamente.

Si te quieres dar a ocio y no quieres entender en cosa alguna, no llames a los dioses, que los tendrás airados y enojados. Pues conviene que los hombres se pongan en lo justo y hagan lo que en sí es, y también se encomienden a Dios. Que, como dice David, si Dios nos guarda la ciudad, en vano vela el guardador. Por demás es madrugar los hombres y levantarse antes que salga la luz, si Dios no está en medio y es propicio a lo que se hace porque es justo y se hace justamente. Lo cual es conforme a nuestra religión cristiana y a lo que Nuestro Señor dijo por el profeta Isaías: «Los sacrificios injustos son a mí cosa abominable.» En otra parte dice, por Amós, profeta: «Aborrecí y deseché vues-

tras festividades y no tomaré olor de vuestros ayuntamientos», decía Nuestro Señor a los judíos, porque eran injustos e impíos y habían idolatrado.

La fortaleza siempre tuvo por compañera la prudencia en la batalla.

Nunca David dió batalla sino incitado y compelido. Así que la fortaleza o esfuerzo siempre tuvo por compañera a la prudencia en la batalla. Cuando David hubo de pelear con el gigante Goliat, de gran cuerpo y robusto de fuerzas, dejó las armas, que mucho le pesaban, porque la virtud más se esforzaba en los propios miembros de David y en la justicia que proseguía, que en las armas de Saúl que le vistieron. De tal manera que, con la ayuda de Dios, con el golpe de la piedra mató al enemigo. Después de aquello nunca entró en batalla sin consultar primero al Señor. Por esto, en todas las batallas fué vencedor hasta la vejez, aunque con muy feroces y crueles enemigos peleó, codicioso de gloria moderada, menospreciador de la salud por defensa de su pueblo.

Así, que no en las fuerzas del cuerpo solamente consiste la gloria de la fortaleza o del esfuerzo mas en la virtud del ánimo, para propulsar la injuria propia o del prójimo, y no para hacerla.

Ésta es la ley de la virtud, que el que no excusa la injuria del prójimo como la suya, si puede, en tanto vicio cae como el que la hace. Porque el error que no es resistido del que puede es de él aprobado como si lo hiciese.

CAPÍTULO XX

CÓMO LOS MEDIOS HAN DE SER JUSTOS Y JUSTAMENTE PROSEGUIDOS PARA QUE EL ACTO SE DIGA DE ESFUERZO, Y EL QUE LO HIZO, ESFORZADO

La victoria es vencer con armas, no con fraude o engaño.

De lo que hemos dicho se concluye que no solamente ha de ser justa la causa principal sobre que se contiende, mas también han de ser justos los medios y prosecución de ellos, por los cuales vienen al fin de la cosa sin dolo y sin engaño; porque donde esto interviene no se puede decir que hay virtud de fortaleza ni de esfuerzo.

Por tanto, decía Alejandro *el Magno*: «La victoria que nos queremos es vencer con armas, no con fraude ni con engaño; porque los que después de mí vinieren no lean ni digan que con engaño vencí y las malas artes mengüen mi vencimiento y la palma que por él me es debida.»

David no quiso matar malamente a Saúl, su enemigo, cuando entró en la cueva a hacer sus necesidades. Mas cortóle la ropa, en testimonio de lo que podía hacer, y aun de aquello se acusaba.

Mal ejemplo de Aníbal con Cartago.

Aníbal, mancebo, cuando vino de Cartago a España con gran gente, por sola voluntad hizo en ella gran estrago y derribó la gran ciudad de Sagunto, quebrando la paz que entre los romanos y cartagineses estaba otorgada, por la cual los romanos en-

viaron sus mensajeros a Cartago demandando que les diesen a Aníbal, quebrantador de la paz, para castigarle, y cuando no quisieron dárselo, ni decir si ellos habían sido en quebrar los capítulos de la paz, los mensajeros de Roma, por mandado del Senado, les dieron a escoger que tomasen la guerra o la paz. Los de Cartago remitiendo la elección a los romanos, los embajadores de Roma escogieron la guerra. En adelante, por ambas partes fué rotamente proseguida. Así que el fin de la guerra por Aníbal comenzada no fué justo, ni justamente proseguido, porque en la prosecución de ella usó de muchas artes, no buenas ni honestas. Entre otras, cuando fué enviado contra los africanos rebeldes, como supo que los contrarios eran muy deseosos de vino, puso mandrágora en el vino que tenía, y comenzada la pelea livianamente con ellos, de industria fingió que huía una noche y, dejando el vino todo estragado, desamparó el real. Los bárbaros contrarios, como esto vieron, entraron en el real muy gozosos y bebieron largamente, y cayeron luego en tierra. Cuando esto supo Aníbal vino sobre ellos, tomólos y matólos. Esto no le fué contado a esfuerzo, mas a arte y cautela reprobada.

Estos tales no se pueden llamar fuertes ni esforzados, ni sus actos virtuosos, aunque las cosas en que se pusieron fueron grandes, difíciles, terribles y peligrosas y se pusieron en peligro de muerte, pues lo que hicieron era injusto, malo y reprobado y por malos medios proseguido, que no se debía hacer ni consentir.

Quien vence corrompiendo al adversario malamente, no se llame vencedor.

Fabricio, siendo cónsul en Roma tenía guerra con Pirro, rey de los epirotas. En este tiempo, un médico de Pirro le escribió prometiéndole de matar a Pirro con ponzoña, si se lo mandaba y pagaba. Fabricio luego envió la carta a Pirro, avisándole que mirase cuán mal juez era de sus enemigos y de sus amigos. Pirro, sabida la verdad mandó ahogar al médico y envió a Fabricio to-

dos los cautivos romanos que tenía, graciosamente, sin precio. Mas Fabricio no quiso recibirlos de gracia, y envióle otros tantos, porque no pareciese que recibía retribución por lo que había hecho, siendo a ello obligado, pues a los romanos no placía que sus enemigos insidiosamente fuesen muertos ni vencidos. De aquí tuvo origen la ley romana que el luchador que vence corrompiendo a los adversarios malamente no se llame vencedor, ni el que tuvo doctoramiento, corrompidos los doctores, será doctor, ni gozará del privilegio de los doctores.

De Bellido Dolfos cuentan nuestras historias que a traición mató al rey Don Sancho el segundo, pensando que con ello servía a Doña Urraca, hermana del rey, señora de la ciudad de Zamora. Lo cual a ella no plugo, mas pesóle mucho. Y, según dice el arzobispo don Rodrigo, el Cid mató a Bellido.

Nunca Dios quiere que estos tales tengan buen fin, porque hacen lo que no deben: algunas veces, en lo principal, y otras, en los medios y en la prosecución de ellos; por tanto, no se pueden ni deben llamar esforzados.

CAPÍTULO XXI

CUANDO, EN LA BATALLA DE DOS, EL UNO ECHA DEL CAMPO AL OTRO, ES HABIDO POR VENCEDOR, AUNQUE DESPUÉS EL VENCIDO TORNE AL CAMPO Y LE VENZA O LE MATE, O SI METIÓ MÁS ARMAS DE LAS QUE DEBÍA

Con las ballestas y tiros de pólvora no se conoce la virtud ni el esfuerzo en las batallas.

Asimismo, se infiere de lo ya dicho que si dos se desafían y el uno echa del campo al otro, es habido por vencedor, aunque después el vencido vuelva al campo y hiera o venza o mate al ven-

cedor, pues acabó lo que debía echando al adversario del campo: en tal caso, el vencido no puede tornar a él ni hacer lo que hizo, salvo si entre ellos otra cosa fuese concertada.

Esto mismo diremos del que entró en el campo por desafío y metió más armas de las que debía, o hierbas con algún veneno, o nómina, o crisma, o corporales, o la hostia consagrada, o armas emponzoñadas, u otras cosas semejantes. Este tal, aunque sobrepasase al adversario, no se dirá vencedor, pues con arte y engaño le venció.

Esto que de las armas decimos se entiende cuando estaba entre ellos acordado que llevasen armas iguales; que si tal concordia no hubiese, cada uno podría llevar las que quisiese, con tal que no fuesen de aquellas que llaman máquinas o asechanzas, como son las ballestas y tiros de pólvora, con que se matan los hombres por asechanzas que no ven ni lo pueden remediar. El diablo inventó tan mala cosa, que ya no se puede conocer la virtud y esfuerzo de los caballeros en las batallas, porque lo más de la pelea se hace con ellas.

De esto se quejaba Lacón, lacedemonio, cuando se vió herido de una saeta, cercano a la muerte, diciendo: «De mi muerte no me pesa, mas pésame que muero a manos de un ballestero antes que hiciese cosa alguna.» El ballestero que por asechanzas le mató no se dirá fuerte ni esforzado; que el fuerte y esforzado no ha de ser insidioso, acechador, fraudulento, torpe ni injusto, pues la misma fortaleza o esfuerzo le es cosa muy honesta y hermosa, y lo contrario de ella, torpe, feo y deshonesto. De manera que por las cosas fuertes, ásperas, terribles y peligrosas venimos a la virtud de la fortaleza o esfuerzo y a la honra y hermosura que de ella resulta por las cosas honestas. Estos son los propios ornamentos y alumbramientos del varón fuerte y esforzado.

En las cosas injustas o torpes no debe el caballero ensuciar su fama.

En las cosas injustas o torpes, ni por el amigo, ni por el señor, ni por la república, ni por sí mismo debe el hombre ensuciar su fama, ni ponerla en disputa si hizo lo que debía o no. Ésta es la primera ley de amistad que pone Tulio entre los amigos: que no roguemos cosas torpes, ni rogados las hagamos. Por esto, cuando los lacedemonios fueron vencidos en la batalla por Antipater, hicieron con él esta conveniencia: que cualquier cosa que les mandase harían, aunque les fuese dañosa o grave, con tanto que no fuese torpe; que las cosas o condiciones torpes no pueden ni deben ser reducidas en las conveniencias que los hombres hacen.

El rey Darío tenía cercada a Babilonia; estaba enojado de tan largo cerco. Un criado suyo y muy familiar, llamado Zopiro, por cumplir el deseo del rey, mandó a sus criados que le diesen ciertas cuchilladas en el rostro, en las narices y en las orejas, de que quedó muy feo y maltratado. Éste se fué a Babilonia, quejándose del rey, que tan mal le había tratado. Los de Babilonia creyeron ser así; tomáronlo por su capitán. Cuando los tuvo sosegados dió la ciudad al rey, el cual amaba tanto a Zopiro, que dijo: «Más quisiera tener sano a Zopiro que ganar cien Babilonias, ni muchos reinos.» ¿Diremos que éste se puede o debe llamar esforzado? Cierto, no; pues con mentira y falsedad se hizo amigo de los de Babilonia y después los puso en poder de su enemigo, lo cual al mismo señor en cuyo servicio se hace la traición, si virtuoso es, le desplace, como acaeció a alguno de los ya dichos.

Octavio César Augusto, cuando tenía la guerra con Antonio, y Rimotalces, rey que estaba con Antonio, pasóse a Octavio y decía mal de Antonio, el César dijo: «A mí pláceme de la traición que a mi enemigo se hace, mas al traidor no le alabo.»

Tisafernes, rey de Persia, hizo paz con Agesilao, rey de Lacedemonia, cuando iba a hacerle la guerra por librar a los griegos

que en Asia estaban opresos, prometiéndole dejar libres las ciudades de Grecia que tenía. Tisafernes rompió la paz y amistad y finalmente fué vencido. Entonces dijo Agesilao a los suyos: «Cosa impía es quebrar los hombres la amistad y paz que con otro hicieron.»

Muchas veces acaece que el que quiebra la fe, tregua o paz, en pena de su mal hecho lleva lo peor de la batalla, y si por acaso venció, no le debe ser contado por esfuerzo, mas por maldad reprobada, como más largamente decimos en nuestra política, cuando de esta materia tratamos.

Así que claramente se concluye que el hombre fuerte o esforzado no se debe poner en cosa injusta, ni la justa debe proseguir por medios injustos o viciosos, por alcanzar victoria de sus enemigos; mas puede usar de asechanzas y cautelas honestas.





CAPÍTULO XXII

EL QUE POR AMORES DE ALGUNA MUJER SE PONE EN PELIGRO O CON DESESPERACIÓN SE MATA, NO SE DIRÁ FUERTE NI ESFORZADO

MUY bien se infiere de lo susodicho que si alguno por amores de alguna mujer se pone en peligro de muerte, como cada día acaece, éste no se dirá fuerte ni esforzado, pues la causa porque lo hace no es buena ni justa, ni por buen fin, por ganar honra o gloria, mas por sola voluntad y mal deseo, que son mal galardón de tan gran peligro. Ejemplo tenemos de un Galeacio Mantuano, que estando en Pavía un invierno, yendo por una puente encontró una doncella que mucho amaba, a quien hizo muchas ofertas. Ella le dijo que saltase en el río así como venía cabalgando. Él saltó, y salió a nado con mucho trabajo. ¿Diremos a éste fuerte o esforzado, porque se puso en tanto peligro? No, por cierto; mas liviano y loco.

Otro tanto diremos de dos que coinciden en amar a una mujer y, por celos que el uno del otro tiene, o por mostrarse más servidor de ella, se desafían para matarse y lo ponen en obra, de donde resulta peligro de muerte. Éstos no se dirán esforzados, mas locos, livianos y temerarios.

Estos trabajos en cosas malas y reprobadas no son provechosos a los hombres buenos y virtuosos, los cuales siempre trabajan, aunque parezcan estar ociosos. No así los malos, que en juegos y cosas torpes trabajan más que deben, por ambición o codicia, o en otras cosas torpes ocupados. Éstos tales se dicen propiamente ociosos, como lo solía decir Sócrates. De éstos también decía Nuestro Señor en el Evangelio: «¿Por qué estáis todo el día ociosos?»; no porque no trabajaban, mas porque su trabajo era sobre cosas vanas, torpes y caducas, en que Dios no es servido. Los trabajos de éstos tales, aunque se pongan en peligro de muerte, no se dirá esfuerzo.

Ni de aquéllos que por temor, dolor, congoja, tristeza, envidia, infortunio o pérdida que les viniese, o por no venir en manos de sus enemigos, se mataron, como lo hicieron Aníbal, Bruto, Escipión, suegro de Pompeyo; Catón Uticense, Labeo Marso, Casio, Nero, Saúl y otros muchos. Esto no se dirá acto virtuoso ni de esfuerzo, mas flaqueza de ánimo, locura y cosa injusta y reprobada. Que así como es ilícito y prohibido matar un hombre a otro, así también matarse a sí mismo. Que pues Dios juntó el cuerpo con el alma, ninguno debe ser osado de soltar aquel atamiento.

Especialmente que todos los hombres somos posesión de Dios y le debemos servicio, y, como siervos, debemos esperar sus mandamientos para morir cuando él lo mandare. Y como juntos por su mano el cuerpo y el alma, debemos guardar su atamiento, y como fieles depositarios del ánima que en nuestras carnes puso, debemos guardar su depósito, del cual si mal uso hacemos, gran ofensa le haríamos sacando el ánima de la guarda y lugar donde la puso, y gran daño a la república en cortarle su miembro locamente y sin justa causa.

Ley natural es querer vivir y huir la muerte. Así que locura es, y de corazón afeminado y muelle, matarse los hombres a sí mismos por excusarse de los infortunios que esperan. Lo cual parece claramente, pues temiendo los peligros y dolores, dan lugar al miedo y desesperan, deseando la muerte. Que estando sin ellos, la aborrecen y no la quieren oír nombrar; por el consiguiente, no

se pueden decir esforzados, aunque por su voluntad y por sus manos tomen la muerte.

Los temerosos y desesperados hácense bravos y fuertes con desatino, mas no son esforzados.

Esto mismo diremos si no se matan, mas desesperados de la vida o del remedio de sus infortunios, agriamente pelean, dándoles fuerzas el gran temor; como acontece a algunas bestias que son muy tímidas, cuando se sienten cerradas, que no tienen por donde huyan, con desesperación de la huída hácense más feroces. Así los hombres temerosos, desesperados de la vida o del remedio de sus dolores y trabajos, hácense más bravos o fuertes con desatino.

Con la desesperación tientan los hombres cosas que sin ella no tentarían: como acaece a los que son vencidos, que no les queda otro remedio, salvo a atreverse a morir por librarse. Este atrevimiento les da la falta de otro remedio. Mas puesto que por esta vía se librasen, o venciesen al enemigo peleando bravamente, no se pueden llamar propiamente fuertes ni esforzados, pues a estos términos vinieron constreñidos, y no con voluntad determinada por ganar honra o gloria, como hacen los hombres esforzados. Que como la fortaleza o esfuerzo es virtud, nunca a ella podemos venir sino voluntariamente.

De donde se concluye que ni los desesperados, ni aquellos que con mucho miedo hacen alguna cosa que parece extrema, deben ser puestos en el número de los fuertes o esforzados.

CAPÍTULO XXIII

EL HOMBRE QUE NO ES SABIO Y PRUDENTE NO SE PUEDE DECIR
ESFORZADO, PUES SIN ESTO NO PUEDE REFRENAR LOS APETITOS
Y LOS MALES QUE DE ELLOS NACEN

Otrosí se infiere de lo ya dicho que ningún hombre se puede ni debe llamar esforzado si no es sabio y prudente. Que pues de la voluntad salen todos los actos humanos famosos, honestos y virtuosos, antes que se hagan y cuando se hacen es necesario recto juicio. ¿Quién duda, si no, que el varón fuerte o esforzado ha de ser sabio, cuerdo y prudente, pues ha de considerar, moderar, escoger y obrar como debe hasta el fin; y, acabado, ha de tener templanza con el enemigo vencido y con los otros, como adelante diremos?

Por tanto, la prudencia se dice compañera de la virtud de fortaleza o esfuerzo, de la cual recibe gran ayuda y consejo. Porque el esforzado, con la prudencia firma su ánimo y propone de no apartarse de la razón aunque mucho de peligro se le ofrezca, pensando lo que puede suceder y lo que debe hacer, revolviéndolo todo en su pensamiento, como si ante los ojos lo tuviese; no disimulando lo que comienza a tener mal principio, mas estando sobre aviso, como si lo estuviese mirando desde una atalaya, y estorbando lo que está por venir y proveyendo en ello para que después no tenga que decir: en este error caí, porque no pensaba que esto podía acaecer. Lo cual es de hombres no muy sabios, como decía Escipión el mayor.

Esto todo obra la sabiduría y prudencia, compañera de la fortaleza o esfuerzo, el cual sólo defiende a todas las otras virtudes y se opone a los vicios a ellas contrarios, como contraponzoña. Por la prudencia, mediante la razón, se reprimen los dos apetitos iras-

cible y concupiscible, de quien hemos dicho en el Capítulo III de los cuales nacen muchas enfermedades, pasiones, afecciones o flaquezas del ánimo, que estando en sus fuerzas son puramente vicios que no se han de tomar ni seguir.

Virtudes contra flaquezas.

Del apetito concupiscible, según algunos afirman, nacen seis o siete. Del irascible, cuarenta y cuatro, combinadas y apareadas de dos en dos, para las cuales se toma medio por alguna de las virtudes principales o de las que de ellas nacen. Otros dicen que son más estas flaquezas, otros las reducen a menor número. Como quiera que sea, pues todas ellas no hacen a nuestro propósito, solamente diremos las que parecieren más convenientes a nuestra intención, que se pueden remediar y remedian por la virtud que llaman fortaleza o esfuerzo, o por las que se derivan de ella o por otras sus secuaces, que son las siguientes: *Menosprecio*, que induce al ánimo a que menosprecie todas las cosas y las tenga en nada, salvo la virtud. *Generosidad*, que aconseja menospreciar todas las cosas salvo la honra y alabanza que de obrar actos virtuosos se consigue. *Composición del ánimo*, que le enseña que no se mueva a hacer cosa alguna por dolor, ira o saña o lujuria, o por otro arrebatamiento alguno. *Grandeza de corazón*, que no deja al hombre hacer cosas bajas. *Fiducia y confianza*, que escondidamente, y en todo caso, saque fuerzas del ánimo. *Firmeza*, que enseña al hombre que no se sujete a las cosas peligrosas y adversas. *Confirmación*, que es institución o enseñamiento del ánimo varonil y robusto, que no dé lugar a los males que le constriñen. *Cautión o cautela*, que enseña al ánimo que no se ponga contra los peligros temerariamente. *Tolerancia o sufrimiento* de los trabajos y molestias y una dureza por la cual se expelle la imbecilidad o molleza del corazón. *Paciencia* o firme padecer todas las cosas duras, ásperas, difíciles, graves, terribles y peligrosas que puedan acaecer. *Constancia*, que reprime los dolores y no deja vagar los ma-

los deseos, ni da lugar a las cosas adversas, resiste las peligrosas, refrena los arrebatamientos y la ira, contradice a la lujuria: por ella los hombres no se mueven ni abaten por las cosas repentinas ni por los muchos males que sobrevienen, mas están en un ser nunca vencidos y siempre constantes. *Contención*, por la cual los hombres con todas sus fuerzas pelean con sus adversarios, nunca aflojan por salir del peligro sanos y vencedores; y cuanto más fuerte, recio y diestro el enemigo, tanto conviene tener más firme y constante el corazón y más instruído de las cosas necesarias para alcanzar la victoria.

Ejemplo de claros y famosos varones.

Acuérdese de los varones claros y famosos, que en semejantes casos se hallaron, y cómo se hubieron en ellos; favorézcense de ellos como de compañeros. Para esto aprovecha mucho haber leído las cosas pasadas famosas y memorables. Que si las imágenes de los mayores miradas y contempladas, maravillosamente despiertan o mueven a virtud a los que las miran, como solía decir el gran Escipión, según Crispo refiere, cuánto más sus dichos o hechos dignos de imitación, muchas veces en el ánimo repetidos y ante los ojos puestos, moverán y animarán a los hombres virtuosos a hacer lo que deben, como ya dijimos en el Capítulo II.

Y cuanto más recientes son los ejemplos, tanto más mueven a obrar bien y a perseverar hasta el fin. Por esto son reprendidos los caballeros que comenzaron a pelear bien en la batalla y después desfallecieron, como hicieron los compañeros de Horacio, que en el principio pelearon muy bien, después comenzaron a huir y fueron vencidos si Horacio no quebrara la puente; aunque después tornaron a pelear, no fueron tenidos por fuertes ni esforzados. Mas por determinación del Senado, toda la victoria y honra de ella fué dada a Horacio, como si él solo hubiera peleado.

Otro tanto se dice del César, que puesto en un lugar de asechanzas, donde esperaba mucho peligro, como vió a los suyos

puestos en huída, reprendiólos mucho; tomó el escudo de la mano izquierda a uno de los que huían, de tal manera se hubo y animó a los suyos, que volvieron a la pelea y se libró de las asechanzas que contra él estaban puestas. Toda la honra fué dada al César, que nunca desfalleció en la pelea.

De esto que hemos dicho podrán los hombres esforzados tomar aviso cómo se remediarán contra las enfermedades, pasiones o flaquezas del alma que resultan de los dos apetitos ya dichos. Los cuales remedios tengan en la memoria.

CAPÍTULO XXIV

CÓMO EL ESFUERZO COMIENZA EN LA AFICIÓN Y SE DETERMINA EN LA VOLUNTAD

Primeras titilaciones y cosquillas del esfuerzo.

Cuando la cosa grave, difícil, terrible y peligrosa se representa a los sentidos corporales exteriores e interiores, entra por ellos al ánima como por ventanas, para que la sienta; y sentida, luego se incline a querer lo que conviene y huir lo que daña por la sensualidad o apetito concupiscible, y si alguna cosa le estorba, inclínase a querer quitar el estorbo por el apetito irascible, como ya hemos dicho y declarado en el Capítulo III.

A estos apetitos algunos filósofos llamaron afectos o afecciones, o enfermedades del alma, según decimos en el precedente Capítulo. Las cuales no fueron dadas al hombre sin mucha causa, pues en ellas se comienzan y de ellas se derivan todos los actos humanos, buenos y malos.

Así, que las primeras titilaciones o cosquillas del esfuerzo se comienzan a fabricar en estos apetitos, que llamamos afecciones; porque éstos son los primeros fundamentos, erudimientos o ense-

ñamientos de las virtudes, sin las cuales afecciones ningún acto virtuoso se puede obrar, porque primero que se haga, por el apetito se quiere.

Ellos son los que despiertan y mueven las fuerzas del ánimo, algunas veces liviana, otras fuertemente y con gran vehemencia; de tal manera, que fuerzan la voluntad y libre albedrío. Y porque de ellos procede el bien y el mal, como hemos dicho, fueron muy necesarios y no se debieron quitar del todo ni sacar de raíz.

Empero fué cosa muy conveniente ponerles término y orden y constituir virtudes morales que fuesen como medio entre los extremos que de las pasiones del ánimo o de estos apetitos resultan. Las cuales virtudes en ninguna manera pueden estar sin estos apetitos, pasiones o conmociones del ánimo.

Todos los actos humanos de una manera se acaban y fenecen. Uno es el fin, y muchas son las maneras por donde los hombres se apartan del fin, algunas veces por exceso, otras por defecto. Por tanto, conviene que la razón las modere y refrene y reduzca al medio y las haga estar en él.

De la multiplicación de estos actos se causa y constituye un hábito urbano de buenas costumbres en el ánimo del hombre. En la cual están situadas tres cosas: potencia, afecto y hábito. La *potencia* es principio; el *afecto* o pasiones son la materia, así como la ira o vergüenza u otras flaquezas que en alguna manera son el movimiento de la potencia; *hábito* es el que se toma de la costumbre o actos multiplicados por los cuales, si se confirma la potencia contra la razón, es vicio; si por razón, es virtud, que tiene medio entre exceso y defecto, entre osadía y temor, que son los dos extremos en la virtud de fortaleza o esfuerzo, como hemos dicho en el Capítulo X.

De esta manera el esfuerzo se comienza a fabricar en el apetito y se determina en la voluntad. Y aunque preceda alguna obra de los sentidos corporales, que como mensajeros del ánimo le representan la cosa grave, difícil, terrible y peligrosa, para que la sienta, aquello no es parte del esfuerzo hasta que el ánimo haya sentido la cosa y la comience a querer por estos apetitos o afec-

ciones que hemos dicho, en los cuales se hace el principio del esfuerzo. Y puesto que la razón aconseje el fin de la cosa que se debe seguir, si la voluntad no quiere no se seguirá, y si la voluntad quisiere y manda que se siga, seguirse ha.

Así que la determinación y mandamiento de lo que se ha de seguir, que son los dos primeros actos interiores del esfuerzo, dependen de la voluntad: por esto decimos que allí se determina. Que lo que después se hace mediante los actos exteriores es la ejecución de esta determinación de la voluntad.

Operaciones de la voluntad.

Que así como el hombre consiste de ánima y cuerpo, así la voluntad tiene dos operaciones: una, desordenada, que es como ministra o movedora de los sentidos; otra, ordenada, que es como compañera de las acciones u obras que el ánima manda, o en que tiene señorío. Ésta nace de los claros y honestos trabajos. Por la primera, cuando va sin modo y razón, somos hechos como bestias y peores, según dice David. Por la segunda, nuestro ánimo es rectamente informado y se hacen buenas obras; y cuantas más son, tanto más se goza recordándose de ellas.

Por la primera, los principios parecen blandos y suaves; los fines, ásperos y malos, semejantes al canto de la sirena. La segunda tiene los principios ásperos, porque nacen de los trabajos, molestias, peligros y comienzos difíciles; mas los fines son alegres y fructuosos, como ya dijimos en los Capítulos XI y XII.

Así que la primera voluntad desordenada, voluptuosa y blanda es muy contraria a la virtud de fortaleza o esfuerzo. La segunda es muy conforme y compañera de ella, la cual naturalmente quiere y desea los trabajos en cosas grandes, difíciles, terribles y peligrosas, y ejercitarse en ellos, como allí más largamente decimos.

CAPÍTULO XXV

CÓMO EL ESFUERZO SE ENGENDRA Y CRÍA EN EL ALMA, A LO QUE
LLAMAMOS HÁBITO

Según lo ya dicho, se ha de entender lo que dicen los filósofos, que las virtudes se engendran en el ánimo y allí se crían, aumentan y acaban. Especialmente la virtud de fortaleza o esfuerzo, la cual comienza en las pasiones del ánimo en la manera que dicha es. Y de las obras del esfuerzo, que muchas veces se obran, tanto se hacen más fuertes y esforzados los hombres cuantas más veces ejercitan los actos del esfuerzo.

Los que nunca los acometieron ni ejercitaron no se pueden ni deben decir esforzados. Así que la virtud de esfuerzo se engendra en el ánimo, y se cría y aumenta con las obras muchas veces usadas, las cuales al principio proceden de alguna potencia del ánimo y alguna natural disposición para obrarlas.

De las muchas obras o muchas veces hechas, y de la afición que para ello los hombres tienen, resulta el hábito de la virtud y se engendra en el ánimo del que las obra, para que de la costumbre resulte la prontitud y facultad de hacer aquellos actos de esfuerzo cuando quisiere. Que el hábito de la virtud del esfuerzo es según el cual el hombre pronta y perfectamente obra cuando quiere.

Esto claramente parece en las artes operativas; que aunque escriba, o pinte, o cante imperfectamente al principio, si continúa el escribir, pintar o cantar, concibe en el ánimo el arte, para que en adelante pronta y perfectamente escriba, pinte o cante cuando quisiere. Así, en la virtud del esfuerzo, luego que el hombre hizo algún acto de esfuerzo una, y dos, y más veces, continuando los actos de esfuerzo, hácese más hábil y más pronto, hasta que per-

fectamente alcance el hábito del esfuerzo, para que verdadera y perfectamente se diga esforzado.

De aquí tuvo principio el proverbio que dice: El que nunca hizo, nunca aprendió ni supo las cosas, que no se aprenden ni saben sino obrando.

De estas obras resulta una costumbre en el ánimo del que las obra, que en latín llamamos hábito; y, por el consiguiente, a la virtud del esfuerzo llaman virtud moral, causada de los muchos actos que causan costumbre, que hace hábito o inclinación en el hombre para querer y codiciar aquellas cosas que son buenas y virtuosas en los casos grandes, difíciles, terribles y peligrosos.

Para ser esforzado es necesario: saber, querer y poder.

No basta saber lo que se debe seguir, si no se sigue. A los tales acaece como a los enfermos que con mucha diligencia oyen el consejo de los físicos y no lo siguen ni hacen lo que les aconseja. Así que para que alguno sea esforzado, conviene y es necesario que sepa, quiera y pueda. Lo primero pertenece al acto de la virtud racional. Lo segundo, al acto de la virtud concupiscible. Lo tercero, al acto de la virtud irascible. Estas tres cosas son los primeros principios de todas las rectas acciones voluntarias en los hombres, porque cualquier cosa que sabemos, si queremos y podemos, luego la hacemos. Mas la cosa que no sabemos, aunque la queramos y podamos hacer, si la hacemos, o no la hacemos rectamente, o si rectamente la hacemos, esto no procede de virtud, mas acaece por caso o fortuna; y, por el consiguiente, se dirá cosa recta, mas no rectamente hecha, porque para saber qué cosas buenas se han de hacer rectamente por nos de aquellas que son en nos hacerlas según dicta la recta razón y la naturaleza, es necesario acto de prudencia, la cual es un hábito adquirido por muchedumbre de actos, por el cual las cosas buenas de la vida se inquieren y tienen, o es una virtud por la cual se co-

nocen y discernen los bienes y males que pertenecen a la vida humana.

La prudencia, «mater familias».

Y como compañera, caudilla o maestra de todas las otras virtudes, pues sin ella no pueden ser ejercitadas; por tanto, algunos la llamaron *madre familias*. Que así como la madre rige y ordena los hijos y la casa, así ella ordena los actos humanos y los medios por los cuales todas las otras virtudes son ejercitadas. Porque la razón recta, mediante la prudencia, determina los medios entre los extremos, que son exceso y defecto, según decimos en el capítulo XXIII. En los cuales medios consisten todas las virtudes, salvo la justicia, que no consiste en medio de lo que se pide, sino en la verdad de lo que se debe por vía de conmutación o distribución, como más largamente declaramos en la Política cuando de justicia conmutativa y distributiva tratábamos.

Así que no es de poco precio ni de pequeña estimación la prudencia en la virtud del esfuerzo, pues sin ella ninguno puede hacer cosa de esfuerzo.

CAPÍTULO XXVI

DEL MEDIO EN QUE CONSISTE EL ESFUERZO. CÓMO SE HA DE TOMAR

Pues por ninguno de los dos extremos, que son temor y osadía, en las cosas grandes, difíciles, terribles y peligrosas podemos venir al fin que deseamos sino por el medio de ellos, conveniente cosa es que declaremos qué medio es éste y cómo en él consiste el esfuerzo.

Para entender esto has de traer a la memoria algo de lo que

está dicho. En cualquier cosa grande, difícil, terrible y peligrosa en que los hombres pueden inclinar a una parte y a otra por razón de las afecciones o pasiones del alma, de necesario ha de haber más y menos, exceso y defecto, osadía y temor, que son dos extremos.

*En la mano derecha, el exceso, que es la osadía,
y en la izquierda, el defecto, que es el temor.*

Pongamos en la mano derecha, como más forzada, el exceso, que es la osadía, más recio extremo en nuestro propósito por algún respecto, como ya hemos dicho; porque la osadía es vicio muy violento, descompuesto y desordenado. En la izquierda, como menos forzada y más imbécil o fría, pongamos el defecto, que es el temor, que también es vicio casi de la misma natura de la mano, pues por su imbecilidad o remisión se abstiene del todo de las cosas en que el hombre esforzado se debe poner, que pertenecen al acto de las manos; o si se pone en ello, no lo hace como debe, o lo deja al mejor tiempo, o hace menos que la derecha.

Así, el temor hace al hombre temer más que debe y la osadía osar más que conviene. De lo primero es causa el miedo y cobardía. De lo segundo, la confianza y temeridad. La virtud del esfuerzo, acotando la natura de cada uno de estos extremos y contrarios, pone freno a la confianza y modérala, constriñendo su ímpetu. Al miedo pone espuelas y calienta su frialdad y confirma su imbecilidad.

Así que propiamente diremos que el esfuerzo está en el medio de osadía y temor y nunca de allí se aparta.

Osando el hombre y temiendo como debe, encuentra el medio, en que consiste el esfuerzo.

En el cual medio comienza y consiste el esfuerzo, el cual es un medio entre temor y osadía en las cosas grandes, difíciles, terribles y peligrosas donde se espera de presente peligro de muerte. Osando el hombre y temiendo como debe.

Dícese medio porque participa de los dichos dos extremos, que son osadía y temor, como hemos dicho. En cuanto osa como debe conviene con la osadía. En cuanto teme como debe conviene con el temor.

Así, que es medio entre estos extremos o contrarios. Al que de esta manera refrena la osadía y reprime el temor, llamámosle hombre esforzado, como otras veces hemos dicho. Empero es muy dificultoso acertar en este medio y muy fácil desviar de él; porque para venir al medio en que consiste el esfuerzo no hay más que un camino que va entre los dos extremos, del cual, por poco que el hombre se aparte, luego toca en alguno de ellos, y es vicio según más o menos.

Así, que para venir a los extremos hay dos vías, declinando al uno o al otro. Por tanto, ligeramente caen los hombres en los vicios antes que lleguen a la virtud, porque para la virtud no hay más de un camino, para los vicios muchos: como vemos con el que tira con la saeta al blanco: las más veces yerra y pocas acierta, porque para dar en el blanco no hay más de una vía; para desviar de él, por una parte y otra, hay muchas vías y líneas.

Esto que habemos dicho de tomar el medio se ha de entender cuando estos dos extremos concurren juntos, que por una parte el hombre tiene mucho miedo y por otra mucha osadía. En este caso hase de tomar el medio, como hemos dicho. Mas si no concurren ambos, sino el uno, como si un hombre muy osado que no sabe qué es miedo quiere acometer o esperar a diez, o a otro muy más fuerte y más industrioso y ejercitado en las armas, y según

la recta razón no lo debe hacer, mas huir, determina de huir; esta determinación es medio, en quien consiste el esfuerzo. No porque aquí concurren los dos extremos, mas porque por él se toma y sigue la razón, que le muestra que debe huir, pues por otra vía no puede excusar la muerte. Y esto mismo aconsejara o determinara la razón si ambos extremos concurrieran.

Así que se puede decir medio, aunque ambos los extremos no concurren. Esto mismo diremos del otro extremo, que es temor o miedo, cuando alguno tiene tanto miedo que no osa acometer ni esperar. La razón quiere que acometa o espere, pospuesto el miedo. Esta determinación es el medio, en quien consiste el esfuerzo, aunque no concorra salvo el miedo; y podría ser que no concurrendo miedo ni osadía, alguno se determinase a hacer lo que debía en cosa grave, difícil, terrible y peligrosa.

Éste se puede decir medio o acto virtuoso de esfuerzo, como si alguno es tan diestro y experimentado en las armas que por osadía ni miedo no se mueva a hacer lo que no deba, más siempre está en lo que según razón debe, y aquello obra. Éste se dirá hombre esforzado, porque está en el medio como debe; así como si concurriesen los dos extremos.

*Perseverar hasta el fin en
el propósito comenzado.*

Esto se entiende si está y persevera hasta el fin en el buen propósito que comenzó. Si esto no hace, no se dirá esforzado: como si un esgrimidor o un rufián, por la mucha costumbre que tienen de las armas, o un piloto, por el gran ejercicio que tiene en el mar, no tienen temor y luego se ponen en el peligro, por la experiencia que tienen piensan que vencerán los peligros; mas después que ven que los peligros crecen más de lo que ellos pensaban, luego temen y huyen y desechan las armas y los remos: lo cual no hacen los esforzados, no por experiencia solamente, mas por el fin bueno y honesto que entiende en conseguir de la bata-

lla. Por esto no huyen aunque crece el peligro, mas esperan, y cuanto más crece el peligro, tanto más ellos se esfuerzan y llevan su negocio al cabo, salvo si por alguna causa justa lo dejan, como si por mandato de su caudillo.

CAPÍTULO XXVII

DE LOS ACTOS DEL ESFUERZO. CUÁNTOS SON Y CUÁLES

Hemos dicho cómo el esfuerzo consiste en el medio de los dos extremos en las cosas graves, difíciles, terribles y peligrosas. Y porque para este medio son necesarios actos, conviene que sepamos cuántos y cuáles son los del esfuerzo.

Decimos que son ocho, los cuales brevemente referimos en los Capítulos VIII y IX, y prometimos de declararlos aquí más largamente.

Es necesario que así lo hagamos, porque así lo prometimos y también porque el hombre esforzado sepa cuál acto debe tomar y seguir para medio de los extremos.

Los interiores son dos: el uno determina; el otro manda.

Los primeros actos interiores que hace la voluntad son dos. El primero, cuando la voluntad determina el fin de la cosa, mas no lo manda formalmente. El segundo, cuando formalmente manda que se guarde y ejecute lo que ya determinó.

Los otros actos exteriores son para ejecución de la determinación y mandamiento de la voluntad, si fueren necesarios; que si necesarios no son, sólo los interiores, si de ellos consta, bastan para que un hombre se pueda y deba decir esforzado. Como si

un hombre estuviese determinado de ponerse a todo peligro de muerte en alguna cosa grave, difícil, terrible y peligrosa.

Después no fué menester, o porque falleció él o su adversario o la cosa sobre que contendían; o porque el rey u otra persona entendió entre ellos; o porque el adversario le hizo conveniente satisfacción; o porque no hubo oportunidad, o por otra causa semejante; constando de su determinación se podrá decir y llamar hombre esforzado, como si procediera a los actos exteriores necesarios, pues por él no quedó de hacerlos si fueran menester, como más largamente diremos en el Capítulo siguiente.

Los exteriores son seis: el primero es huir de los enemigos.

Los actos exteriores son seis. El *primero es huir de los enemigos* cuando hay justa causa, como si diez acometen a uno, o muchos a pocos, puede el uno o los pocos justamente huir; y si huyen como deben, podrán decirse esforzados y la fuga acto virtuoso de esfuerzo. Que muchas veces más conviene huir que esperar uno a diez, o pocos a muchos, salvo si el uno o los pocos fuesen tan excelentes y tan experimentados que les fuese mengua o deshonra huir, como tenemos ejemplo de muchos, de los cuales ya decimos en el Capítulo XIV.

Así, que no sólo ha de considerar lo que justa y honestamente se puede hacer, mas también se han de medir las fuerzas de cada uno, porque no seamos vencidos torpemente tomando más carga que la que se puede sufrir.

De esta manera muchos fueron vencidos, no conociéndose a sí mismos, ni la cualidad de los suyos, ni la fuerza y arte del adversario, teniéndole en poco. Por esto Eudemónidas, en la guerra que había tenido contra los persas, exhortaba a un caballero a la batalla, diciendo: «Paréceme que no sabes ser cosa igual vencer a mil bestias y pelear con cincuenta lobos.» Dando a entender que no es tanto vencer a los muchos imbéciles o no sabios ni experi-

mentados en la guerra como pelear con los pocos fuertes y crueles.

Leónidas, hijo de Anaxandro, hermano de Cleómenes, preguntándole uno de los suyos por qué con pocos quería pelear contra muchos, respondió: «Porque no confiaba en la muchedumbre, mas en la virtud de aquellos que allí estaban y bastaban para osar morir con él.» Y mandó a los suyos que así comiesen como si hubiesen de ir a cenar a los infiernos.

Por esto decimos que si estando en una batalla muchos bien determinados para hacer lo que deben contra otros tantos, y después alguna buena parte de ellos justa o injustamente huyó, los pocos que quedaron, conocida la sobrada ventaja de los adversarios, no son obligados a esperar, mas pueden honestamente huir; y por esto no dejarán de ser dichosos y llamados esforzados. Especialmente si éstos eran hombres notables, famosos y muy necesarios a la república, a la cual conviene la salud de ellos.

De aquí vemos que cuando alguna batalla peligrosa se espera suelen poner al rey en lugar seguro y fuerte, porque si el rey se perdiese, el reino recibiría mucho daño. Así, que la ausencia y huída de los peligros algunas veces es permitida a los hombres esforzados. Éste es el acto más bajo y menos difícil o dificultoso del esfuerzo. Y porque esta palabra huir suena en vicio y vituperio cerca de los plebeyos o populares, algunos varones claros determinaron de morir honradamente esperando, y no vivir menguadamente huyendo.

*El hombre esforzado no huye
por miedo, mas por arte.*

Así, que el hombre esforzado no huye por miedo, mas por arte, o para no recibir daño locamente, o para sacar al enemigo a otro lugar donde se pueda aprovechar de él metiéndole en celada o para vencerle públicamente.

De esta manera fingió Rómulo que huía de la batalla, por meter a sus enemigos en una celada, como los metió y venció. Cada

día se hace esto. Viriato, lusitano, fingiendo que huía, trajo al ejército romano a un lugar fragoso, para aprovecharse de él. Aníbal muchas veces usó de esta cautela. Muchos y casi infinitos ejemplos de éstos se podrían traer a la memoria. Estos bastan para mostrar cómo el huir es acto de esfuerzo. Y algunas veces, en la huída es menester más prudencia y tiento que en los otros actos.

Así, que algunas veces el huir es lícito y provechoso.

CAPÍTULO XXVIII

DE LOS OTROS ACTOS DEL ESFUERZO EXTERIORES

*El segundo es la tardanza
o dilación en la batalla.*

El *segundo* acto del esfuerzo exterior es la *tardanza o dilación* que el hombre esforzado, por alguna justa causa, pone, por algún tiempo, por no pelear con el adversario, como si no tiene copia de gente, o le faltan algunos ministros y los espera; o no tiene buen lugar, y con la dilación le espera haber, o con ella el ejército del adversario se menguara por falta de mantenimientos, o por otras semejantes causas.

Como lo hacía Quinto Fabio con Aníbal en la de Cannas, que hacía muestras de querer pelear con él y no tenía tal intención. Mas antes se ponía en tales lugares que aunque Aníbal quisiese no le pudiese traer a la batalla. Lo cual, aunque al principio le fué atribuído a temor, por lo que después sucedió con Marco Varrón, le fué reputado a virtud de fortaleza o esfuerzo. Por esto decía Aníbal que más temía a Fabio, que no peleaba, que a Marcelo, que peleaba.

De Escipión Africano, el menor, leemos que cuando veía a

los enemigos desesperados dilataba la batalla, y decía que con la dilación del tiempo compraba la seguridad de su hueste.

Las tres virtudes del buen capitán.

El buen capitán ha de tener tres cosas: *Osadía* contra los enemigos; *Benevolencia* con los súbditos; *Razón* cerca de la oportunidad de los tiempos y del lugar. Así lo decía Agesilao, rey de Lacedemonia. Este acto de dilación es más excelente que el primero de la huída, pues por la huída se quita del todo el peligro de la batalla; por la dilación no; mas espérase oportunidad para pelear.

El tercero es esperar la batalla aparejado.

El *tercer* acto del esfuerzo es *esperar la batalla aparejado* para recibir el adversario con buen tiento y corazón. Éste es más excelente acto que el segundo y más dificultoso y peligroso, pues por el segundo se dilata la batalla y los peligros de ella; por éste no.

El cuarto, arremeter al enemigo.

El *cuarto* acto es *acometer o arremeter al enemigo*. El cual es más peligroso y dificultoso que el tercero, porque a más peligro se expone el que acomete que el que espera, pues acometiendo, se muda, desordena o descompone. El que está quedo esperando, está compuesto y ordenado, mirando el desorden del adversario para aprovecharse de él; por tanto, cuando los pocos quieren vencer a los muchos, conviene que no acometan, mas que esperen a ser acometidos, porque tendrán más defensa que acometiendo.

Por esto los grandes caudillos, cuando se hallaron con poca gente contra mucha, si no pudieron por acechanzas acometer a

los muchos, siempre esperaron que los muchos los acometiesen. Así lo hizo el gran Pompeyo cuando tuvo la batalla con el Julio César en Farsalia. Mandó a los suyos que no se moviesen, mas esperasen el ímpetu de los enemigos. De lo cual le redarguye el Julio César en sus *Comentarios*, diciendo que está un natural ardor en los corazones de los hombres, que con clamor y movimiento son más excitados, conmovidos o despertados para hacer lo que deben. Así, que tiene por mejor el acometer que esperar. Mas por eso no deja de ser más peligroso.

Por tanto, quisieron las leyes que el que desafía a otro es obligado de acometerle cuando son puestos en el campo. Y si él no acometiera, puede el desafiado acometerle, si quisiere; mas no es obligado no queriendo, pues satisface defendiéndose si fuere acometido.

De aquí dijeron algunos grandes filósofos, Aristóteles y los que le siguieron, que la virtud de la fortaleza o esfuerzo más consiste en defender que en acometer. Porque el corazón del que acomete, movido por ira, por el apetito irascible, desordénase y pierde el conocimiento de los peligros.

El quinto, herir en los contrarios.

El quinto acto del esfuerzo es *el herir en los enemigos*. Éste es más excelente, dificultoso y peligroso que el cuarto, que es acometer o arremeter a ellos. Porque en acto del acometimiento, antes que hieran en los contrarios, aunque tengan algún miedo de las heridas y golpes que en la batalla se esperan, no se sienten como después que hieren en ellos, que ya está el temor más vivo y más cercano, y esperan que los contrarios también herirán en ellos.

El sexto, sostener y sufrir sus heridas, golpes y males.

El *sexto* acto del esfuerzo es *sostener y sufrir los golpes, heridas y males* que los enemigos les dan y hacen. Éste es más dificultoso y peligroso que el quinto, que es herir, porque más es sufrir los males que hacerlos, y más cerca está de la virtud el que los sufre que el que los hace. Que así como es más bienaventuranza hacer bien que recibirlo, así es más bien sufrir males que hacerlos, aunque lo uno y lo otro se haga justamente.

Así, que más hace el que constantemente los sufre que el que osadamente los hace, pues con mayor dificultad se sufren que se hacen. Porque sufrir los males, especialmente de los enemigos, es cosa triste y muy molesta; hacer mal a los enemigos es cosa agradable y muy alegre, y, por el consiguiente, menos dificultosa y peligrosa.

Esto mismo parece porque el herir en los enemigos, de por sí no tiene peligro ni dificultad, o muy poca, salvo por el temor por ser heridos por ellos; y pues la causa de su dificultad o peligro es aquel temor, luego más difícil es el sufrir las heridas y males que darlas ni hacerlas. Mayormente que haciéndolas se aumenta su osadía para hacer más. Recibiéndolas actualmente y sufriendolas, acreciéntase el miedo, para huir; y más es sosegar el miedo que refrenar la osadía, como hemos dicho.

Por consiguiente, más es sufrir las heridas y males que darlos ni hacerlos; pues el hombre esforzado, obligado es a sufrir los golpes, heridas y otros daños que el enemigo le hace con mucha constancia, firmeza y contención, hasta ver el fin que la voluntad determinó y mandó.

Y como quiera que en todo oficio virtuoso es menester contención o perseverancia del ánimo hasta el fin, mucho más en la virtud o actos del esfuerzo. En los cuales, el caballero, cuanto

más heridas, golpes y daños recibe y sufre, tanto más se debe esforzar en sufrirlos y en vencer al enemigo.

Así, que la fortaleza o esfuerzo bélico no sólo consiste en el vencimiento, mas principalmente en sufrir los peligros y justos miedos, prefiriendo la muerte a la servidumbre y vituperio que de la cobardía se espera. De lo cual se sigue gran gloria, honesta y muy honrada.

CAPÍTULO XXIX

CÓMO ESTOS ACTOS DEL ESFUERZO SE DICEN VIRTUOSOS

Nada más necesario al varón fuerte que la mezcla de templanza y fortaleza.

Estos actos del esfuerzo se dicen virtuosos porque se hacen mediante alguna virtud o virtudes, que son fortaleza o esfuerzo, justicia, prudencia y templanza.

Con la *fortaleza* es necesario que intervenga *justicia*, sin la cual el acto no se puede decir justo ni el que lo hace fuerte o esforzado.

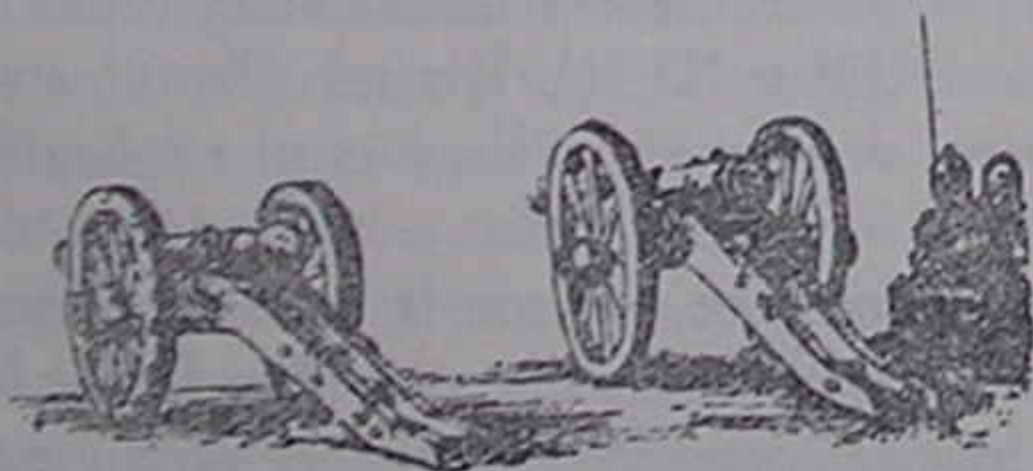
Asimismo es necesaria la *prudencia*, sin la cual ningún acto de esfuerzo puede ser bien hecho ni como debe, como hemos dicho en los Capítulos XIX y XXIII. Por esto Platón, en el libro que hizo de fortaleza, decía que fortaleza es una tolerancia prudente del ánimo.

Especialmente conviene que con la fortaleza concorra la *templanza*; porque, según dice Platón en el libro III de la *República*, ninguna cosa es más necesaria en cualquier varón, mayormente si es gobernador de república, que la mezcla de fortaleza y templanza; por la una, las cosas altas y peligrosas son acometidas; por la otra, las cosas bajas no son menospreciadas. Por la una se evitan las injurias públicas y privadas; por la otra se abstienen los

hombres de hacer injuria a otros. Por la una, el hombre es llamado y provocado a las cosas honestas; por la otra es apartado de las torpes. Así que, estando ambas juntas, nunca el hombre osará ni temerá demasiado, ni hará cosa que no deba.

De estas dos virtudes como de hermanas hablan juntamente los filósofos, especialmente Platón en el *Fedro* y en el *Simposio*, donde está nuestra vida comparada a un camino que caminamos; no señala guiador. Nuestras pasiones son como dos caballos, uno blanco y otro negro. Esto presupuesto, dice que la Divina Providencia estatuyó que nos apartásemos de las cosas torpes y nos allegásemos a las honestas. Por tanto, nos dió vergüenza y magnanimidad, porque nuestro carretero o guiador con la vergüenza enfrene nuestras pasiones, como caballos, y las aparte de las cosas torpes, aunque suaves; y con las espuelas de la magnanimidad las estimule para venir a las cosas honestas aunque sean arduas.

De lo cual todo se concluye que ningún acto del esfuerzo se puede hacer sino mediante alguna virtud o virtudes; por esto los actos del esfuerzo se llaman virtuosos. Que pues en todos los actos del esfuerzo concurren dos extremos, que son temor y osadía, como hemos dicho, necesario es que, para tomar el medio entre ellos en que consiste el esfuerzo, haya de intervenir alguna virtud por la cual los actos del esfuerzo se hagan como deben.





CAPÍTULO XXX

DE LOS HOMBRES QUE POR BIEN DE LA REPÚBLICA SE PONEN
EN PELIGRO DE MUERTE

Horacio y Publio Decio.

ESTO mismo decimos de los que en favor de la república se ponen en peligro de muerte, aunque no se maten, que serán dichos virtuosos y los actos de esfuerzo que hicieren; porque quieren más sufrir la muerte por ganar honra y gloria que vivir torpe y deshonorada vida no haciéndolo. Ejemplo tenemos y muy señalado en lo que hizo Horacio cuando vió la República romana puesta en toda calamidad: porque los caballeros romanos estaban puestos en huída, él solo defendió la puente, peleando con los enemigos, hiriendo reciamente en ellos, no como desesperado, mas con toda prudencia y cordura, defendiendo su persona, en la cual vió estar puesta la salud del pueblo romano. Así resistió el paso a los contrarios, que pudieron los suyos, por su mandato, detrás de él romper la puente porque no pasasen los enemigos. Y cuando la vió rota, saltó en el río armado, y nadando se pasó a los suyos y los

libró. De cuya virtud y esfuerzo todos se maravillaron y no se lo notaron por vituperio.

Publio Decio, tribuno de los romanos, en la guerra de los samnitas, traído incautamente por Aulo Cornelio, cónsul romano, a un valle peligroso donde el cónsul y todos estaban muy temerosos por la mala disposición del lugar, pensando que allí serían vencidos, salió muy prestamente del valle con los que pudo y púsose en una altura; y como los samnitas lo vieron, maravilláronse y enderezaron contra él; entre tanto, el cónsul sacó del valle la hueste y púsola en lugar igual de los samnitas. Así animó Publio Decio a los suyos, y entró en el real de los enemigos como triunfante de ellos, que los venció. Por ello, como hombre esforzado y vencedor, el cónsul le dió corona de oro y cien bueyes con los cuernos dorados, y uno blanco muy grande, el cual ofreció al dios Marte; los otros dió a sus caballeros, compañeros de la virtud y del peligro. Decio, cónsul, en la batalla que tuvo con los lacedemonios, rompida y desbaratada gran parte de su hueste, peleó fuertemente con los enemigos atemorizados, e hizo tan gran estrago en ellos, que huyeron. Donde, herido de muchas heridas, murió por la salud de la república y fué contado entre los hombres fuertes y esforzados.

Éstos y otros muchos que podríamos rememorar, movidos por virtud en favor de la república, hicieron actos virtuosos, por los cuales se pudieron llamar fuertes y esforzados y merecieron lugar muy honrado en la torre de la fortaleza, que es la primera virtud que fué conocida y llamada por nombre de virtud. Porque luego, al principio y casi siempre hubo hombres esforzados; y tales fueron nombrados que por trabajos y dolores no fueron ligeramente vencidos.

Después, por larga experiencia, fueron halladas las otras virtudes. En aquellos tiempos antiguos, la fortaleza o esfuerzo fué tenido y reputado en tanto precio que aquellos en quien más se hallaba llamábanlos héroes o señores, y a ella virtud heroica. Y como dioses les honraban y reverenciaban.

De aquí procedió que Hércules, como hombre fuerte y esfor-

zado, mereció el cielo, según la opinión de los antiguos, y fué honrado como dios: hiciéronle sacrificios y juraban por su nombre y dábanle diezmos. Todas las cosas grandes y maravillosas que en el mundo se hicieron, a Hércules las referían. Después los romanos, escudriñadores de las virtudes, tuvieron por más excelente la fortaleza, por la cual los hombres eran excelentes, que otra virtud alguna.

CAPÍTULO XXXI

CÓMO EL HOMBRE SE PUEDE DECIR ESFORZADO, Y EL ACTO, AUNQUE DERECHAMENTE NO SE HAGA POR LA REPÚBLICA, HABIENDO ADVERSARIO O CONTRAPUGNADOR

De lo que hemos dicho se concluye que la virtud del esfuerzo mueve al hombre esforzado a ponerse en peligro de muerte más por la común utilidad que por la suya; y entonces se dice propiamente esfuerzo; cuando por sólo su provecho o codicia principalmente se pone al peligro, no esfuerzo, mas temeridad será llamada; como decimos de la sabiduría, que cuando tiene consigo la justicia retiene su propio nombre; apartada la justicia, llámase *calliditas*. Y el rey, cuando bien rige y gobierna el reino, llámámosle rey; si esto no hace, pierde aquel nombre y llámanle tirano.

Primero: si se hace por la república.

Así que propiamente se llamará esfuerzo lo que se hace por la república. Por esto decía Séneca que el fuerte corazón y compuesto está siempre constante en un ser y no hace mudanza con el mal ni con el bien; prefiere las cosas vulgares o públicas a las suyas propias. De aquí dicen algunos que esfuerzo es una claridad

de ánimo firme y constante, que ni se abaja con las adversidades ni se levanta con las prosperidades que le vengan, especialmente entendiendo en las cosas de la república.

También dijeron que no bastaba todo peligro de muerte, salvo aquel que parece de presente en batalla general o particular en favor de la república, haciendo o defendiendo. Así que es menester que tenga adversario o contrapugnador que le resista de presente, con las cualidades que hemos dicho y adelante diremos. Por esto dicen que los que andan por mar y sufren peligro de muerte, o están enfermos de grandes enfermedades y con paciencia se disponen a sufrir la muerte, o tienen miembros con llagas y sufren que se las corten, de que se puede seguir muerte, éstos y otros semejantes no se dirán fuertes o esforzados, pues no se ponen en aquel peligro por favor o servicio de la república.

Otro tanto dicen cuando el peligro se toma en favor de la república, mas no es de presente; por esto dicen que si el juez, que en favor de la república ha de hacer justicia, no lo dejó de hacer por amenazas que le fueron hechas o temores que le fueron puestos, aunque fuesen de muerte, no se podrá decir varón fuerte o esforzado. O si la virgen no se dejó corromper por semejantes amenazas o miedos, no se dirá mujer fuerte o esforzada, porque no estaba el temor de la muerte de presente, que si de presente estuviese y algún hombre de quien verdaderamente se cree que hará lo que dice y pondrá sus amenazas en ejecución como otras veces lo ha hecho, teniendo sacado el cuchillo mandase al juez que no hiciese justicia, o a la virgen que se dejase corromper, y ellos determinasen de morir antes que hacerlo, bien se podrán decir virtuosos, fuertes o esforzados; aunque la virgen defendiendo su virginidad no lo hiciese en favor de la república, por la gran semejanza que tiene con la virtud de fortaleza o esfuerzo.

Segundo: si se tiene contrapugnador.

Esto mismo diremos de los que defendiendo sus personas, bienes y honras, o por sus parientes o amigos u otras personas por quien son obligados en cosas graves, difíciles, terribles o peligrosas, podranse decir virtuosos, fuertes o esforzados, por la gran semejanza que estos casos tienen con la virtud de fortaleza o esfuerzo, si el peligro es de presente y tiene contrapugnador, aunque no se haga derechamente en favor de la república, pues en alguna manera se puede decir favor de la república que ninguno injustamente haga mal a otro.

Así, que se podrá decir acto de fortaleza o esfuerzo similitudinaria o largamente entendido; que como por el bien de la república debe el hombre ponerse en peligro de muerte, si de otra manera la república no puede ser remediada, así por defensa de su persona, fama, honra y bienes, y por sus parientes y amigos y por las otras personas por quien es obligado a hacer, o por cumplir lo que prometió.

Como Marco Régulo, caballero romano: estando preso en Cartago fuéle mandado que fuese a Roma a procurar la permutación de los presos, con fe, que dió, de volver. Propuesta en el Senado su embajada, mandáronle que dijese su parecer. Dijo que no se debía hacer, porque los cartagineses que estaban presos en Roma eran mancebos robustos y muy hábiles para la guerra; él y los otros romanos que estaban presos en Cartago eran viejos e inútiles. Con esta determinación se volvió a Cartago y se puso al peligro de la muerte, que esperaba, por haber estorbado cosa que tanto deseaban los cartagineses. Esto hizo principalmente por cumplir lo que había prometido. Y algunos se lo reputaron a virtud de fortaleza o esfuerzo; que aunque por su consejo no se hiciese la permutación de los cautivos y esto tocase a la república, la vuelta a Cartago fué por cumplir su promesa y fe, que había dado.

CAPÍTULO XXXII

CUÁLES ACTOS DEL ESFUERZO SON NECESARIOS PARA QUE EL HOMBRE QUE LOS HICIERE SE DIGA ESFORZADO

Los interiores bastan, y alguno de los exteriores si fuere necesario.

De todos los actos del esfuerzo que hemos dicho, los dos interiores que hace la voluntad son necesarios; sin los cuales ningún hombre se puede decir esforzado, porque son el fundamento del esfuerzo.

El primero es la determinación de la voluntad, que determina el fin que se ha de tomar y seguir en la cosa grave, difícil, terrible y peligrosa para medio de los dos extremos, que son temor y osadía. El segundo es el mandamiento formal y expreso de la voluntad, en que manda que se cumpla y ejecute lo que determinó, según claramente hemos dicho.

Estos dos actos son, en efecto, la determinación que el hombre toma y determina de hacer, y el propósito que tiene de ponerlo en obra. Constando de esta determinación y propósito, no siendo menester otro acto exterior para ejecución de esta voluntad y propósito, esto sólo basta para que el hombre se pueda y deba decir y llamar esforzado. Empero, si algún acto de los exteriores fuere necesario, también se ha de hacer; si no se hace no se dirá esforzado, pues no cumple ni ejecuta lo que ya determinó y propuso, salvo si lo dejó de hacer por justo impedimento o justa causa.

Como acaeció a Marco Catón, siendo mozo, cuando Sila mandó cortar las cabezas a los que seguían las partes de Mario, y como su ayo Sarpedón llevase a Catón a verlas y le dijese la crueldad de Sila, Catón preguntó a su ayo por qué no mataban a Sila,

pues era cruel tirano. El ayo respondió: «Porque ninguno osa, que le guardan muchos.» Entonces dijo Catón: «Pues denme a mí algunas armas, que yo le mataré ligeramente.» El ayo conoció el ánimo de Catón, procuró de estorbarlo cuanto pudo, y nunca le osó llevar donde Sila estaba, sin que primero catase si llevaba algunas armas. De lo cual se maravilla Valerio, que un mozo de tan poca edad no temiese a quien todos temían, y el mismo Mario, si allí se hallara, no tuviera tanta osadía. Éste se podrá decir esforzado, pues se determinó bien y no quedó por él de ejecutarlo y llevarlo a cabo.

No entiendas que los seis actos exteriores que por orden hemos contado, comenzando desde el menor hasta el mayor, han de intervenir en cada cosa grave, difícil, terrible y peligrosa, ni por aquel orden que los referimos: porque alguna vez convendrá tomar el primero, que es huir, y con aquél acaba el hombre esforzado, pues tras él no hay otro acto que hacer; que si otro u otros actos quedaren para llegar a lo determinado y propuesto, conviene que se hagan hasta llegar al fin, si no hubiere cosa que lo estorbe, que en tal caso, no viniendo el estorbo por culpa del hombre, ni habiendo que imputárselo, porque en todo hizo lo que debía, podrá decirse esforzado.

Ejemplos en duelos y desafíos.

De esto que hemos dicho se infiere determinación de muchas cuestiones que cada día acaecen. Si dos entraron en el campo o pelea singular y, andando peleando, el rey o señor del campo, o juez o jueces, los mandó apartar y que más no peleasen, cada uno de ellos se podrá decir esforzado, como ya hemos dicho, y no serán obligados a tornar a pelear otro día en otro campo; mas habráse consideración al estado en que estaban cuando los apartaron, para saber cuál salió más honrado, salvo si entre ellos estaba convenido que peleasen hasta que el uno de ellos fuese muerto o vencido.

Si ocurriese otro impedimento, como de agua o lluvia por la cual no pudieron pelear, obligados serían a tornar al campo otro día que cesase aquel impedimento. Entretanto, cada uno de ellos se podría decir esforzado, hasta que la batalla sea fenecida.

Esto mismo sería si continuaron la batalla y nunca el uno pudo vencer al otro: ambos saldrán del campo con igual honra, salvo si el provocador se obligó de matar o vencer o echar del campo al otro, que en este caso el provocado será libre del reto y saldrá con honra; el provocador quedará menguado.

Otro tanto diríamos del tiempo. Si el que lo había de nombrar no lo nombró como debía, como si nombró que de aquí a treinta años vendrían con su adversario a la batalla. Si el adversario no lo aceptó, no será notado de cobarde. O si fué señalado más breve término de lo que era menester, según la distancia del camino y cualidad de las personas, podría en este caso haber recurso al superior que moderase aquel tiempo, o moderarlo él. Con esto habrá cumplido sin ninguna reprehensión, pues hizo todo lo que debía y pudo hacer. Comúnmente, el tiempo suele ser de seis meses, y si aquel a cuyo cargo de nombrar el tiempo es no lo nombró, el otro, dentro de otros seis meses, lo nombrará según el estilo de las armas. Esto mismo decimos del que era obligado venir al tiempo y lugar de la batalla, y por justo impedimento no vino: por estar enfermo, o por la gran tempestad del tiempo, o porque el señor o la justicia del pueblo le detuvo sin procurarlo él.

En todos estos casos y otros semejantes, excusado es, pues no pudo hacer más. Mucho más si antes del tiempo murió. En este caso no quedará dañada su memoria, aunque el adversario diga que murió del miedo de la batalla y por juicio de Dios, porque no tenía justicia. Salvo si esta muerte repentina le viniese el mismo día de la batalla u otro antes, que entonces se juzgaría morir de miedo de la muerte que esperaba.

Alguna vez podrá acaecer que en la cosa grave, difícil, terrible y peligrosa concurren algunos actos del esfuerzo contrarios unos a otros, y será menester tomar algún otro acto para medio de aquellos contrarios, que se podrán decir extremos, como si in-

terviene el acto de huir contra el juicio de la razón. Éste es extremo en el desfallecer.

Otro acto contrario es tomar el peligro contra el juicio de la razón. Éste es extremo en superabundancia. Entre estos dos actos contrarios conviene tomar el medio, que es entrar o no entrar en los peligros según el juicio de la razón. Este acto es el medio, al cual inclina la virtud del esfuerzo. Algunas veces el peligro viene tan arrebatadamente en el principio o en el medio de la batalla, que no hay tiempo para deliberar sobre el medio que se debe tomar y acto que se debe hacer, y convendría tomar por medio algún acto de esfuerzo, que no se tomara si hubiera tiempo para tomar y hacer otro que se debiera hacer, porque el tiempo no lo sufre ni la razón lo consiente.

Así que todavía es muy provechoso y necesario el consejo para tomar y obrar este acto o medio; que la virtud del esfuerzo sería destruída, si no es esforzada, para escoger y obrar este medio que hemos dicho. Y cuanto mayor es el esfuerzo del hombre, si no es moderado con la razón, más pronto cae en los inconvenientes. Por esto, el más esforzado ha menester mayor consejo para conocer y refrenar los extremos y tomar el medio, para lo cual ha de usar de cuatro virtudes, una en pos de otra: que con *justicia* busque el medio entre los dos extremos, con *prudencia* lo halle, con *fortaleza* o esfuerzo lo obre y con *templanza* lo modere.

Así que haya justicia en el deseo, prudencia en el entendimiento, fortaleza o esfuerzo en el efecto, templanza en el uso.

De manera que el hombre esforzado ha de ser justo, prudente, fuerte y templado, según dice San Bernardo en el libro que escribió al Papa Eugenio.

CAPÍTULO XXXIII

DEL ACTO O ACTOS DEL ESFUERZO TOMADOS POR MEDIO: CÓMO SE HAN DE PROSEGUIR Y POR CUÁL DE ELLOS SERÁ EL HOMBRE MÁS LOADO

Determinado ya el acto del esfuerzo, que se ha de tomar por medio de los dos extremos, fin y conclusión de la cosa grave, difícil, terrible y peligrosa, hase de comenzar, mediar y acabar sin desviar del camino de la razón. Y si en la batalla de dos o de muchos es convenido entre las partes que para cierto día y cierta hora vengan a la batalla y el uno de ellos se anticipó, hirió o mató al otro, o le hizo daño en sus bienes, puesto que en la causa principal tuviese razón y justicia, no se dirá esforzado lo que hizo y será obligado a todos los daños que al otro hizo, porque no lo hizo en tiempo ni como lo debía hacer.

Y no basta hacer al hombre lo que debe en cualquier acto de esfuerzo, si no lo hace como debe. Ni basta comenzarlo bien, si no lo continúa hasta el fin. Así que el hombre esforzado ha de tener siempre ante sus ojos como señal, a quien todo tiempo ha de mirar, el acto que escogió para medio de los dos extremos, haciendo lo que debe para conseguir aquel fin, reprimiendo el miedo, moderando la osadía, temiendo y osando como debe, perseverando con gran firmeza y constancia desde el principio hasta el fin, sufriendo los golpes, heridas, dolores y males de la batalla, no aflojando de sus fuerzas y propósito, mas siempre continuando por salir sano y victorioso, como ya hemos dicho.

Del hábito del esfuerzo.

El que así lo hiciere, dignamente se puede y debe llamar esforzado, si por muchedumbre de actos ganó el hábito del esfuerzo. A éste se debe dar lugar muy honrado en la torre de la fortaleza o esfuerzo, como en todos tiempos se hizo, dando mucha honra y gloria al hombre esforzado, reputándole casi divino o como dios, sacrificándole, dándole diezmos y jurando por su nombre, como ya hemos dicho. Y tanto fueron aficionados a los hombres fuertes y esforzados, que aun a los animales y aves que aventajaban a los otros estimaban y apreciaban más que a los otros. Y a quien mal les hacía no dejaban sin castigo, como hizo Octavio César Augusto, pues habiendo sabido que Herodes, que tenía cargo de las cosas de Egipto, había comprado una codorniz que peleó con otras y las venció, y la comió asada, mandóle llamar y traer a juicio. Él lo confesó, y por ello le mandó atar al mástil de la nao.

En caso que en algún acto intermedio haya alguna flaqueza por alguna causa u ocasión, si después volvió e hizo lo que debía hasta el fin y lo consiguió, se ha de juzgar como esforzado; porque el fin de la cosa es el juez de ella. Empero, no se le daría tanta honra ni tan honrado lugar como al primero, que siempre hizo lo que debía, tanto sea acometedor o acometido, vencedor o vencido; que pues hizo lo que debía y no quedó por él, si la fortuna le fué contraria, no por esto dejará de ser esforzado. Dada igualdad en los actos, en la manera de obrarlos puede haber diferencia, que acrecentará o menguará la honra del que los obrare. Como si dos huyen, en caso que deben huir. El uno huye como hombre tímido, sin volver el rostro a los enemigos, huyendo de prisa; el otro, despacio, volviendo el rostro una y más veces, aunque ambos se digan esforzados, más honra merece el segundo que el primero.

Otro tanto diremos de todos los otros actos del esfuerzo. Haciendo el hombre lo que debe, por estos actos de esfuerzo ha de

decirse esforzado, aunque en la batalla fuese muerto o vencido sin causa o culpa suya.

Los lacedemonios, al pelear, vencían o morían.

Entre los lacedemonios había esta ley: que sufriesen los trabajos y peleando venciesen o muriesen. Este es el propósito o intención que ha de tener el hombre fuerte o esforzado, cuando determina de entrar en la batalla: vencer al enemigo o morir honradamente, haciendo lo que debe.

De lo cual resulta el fin o premio de la virtud de fortaleza o esfuerzo, que es la fama y gloria que suelen ser los compañeros en las cosas recta y honestamente hechas. Algunos más sabios investigadores se contentaron con haber hecho lo que debían, sin tener consideración a la fama ni gloria que de sus hechos podía resultar; y si oyen alabar sus cosas, no por ello se ensoberbecieron, pensando que eran obligados a hacer lo que hicieron. En lo cual pagaron su deuda y merecieron gloria y alabanza, aunque ellos no lo hayan hecho por ella.

Así que no está el esfuerzo en el vencimiento, mas en tomar los peligros y seguirlos como deben hasta la muerte.

CAPÍTULO XXXIV

¿CUÁL HACE MÁS: EL QUE ACOMETE, O EL QUE ES ACOMETIDO
Y ESPERA?

Algunos dudan cuál hace más: el que acomete, en acometer, o el que es acometido, en esperar, siendo iguales en las personas y en las fuerzas y experiencia y en todas las otras cosas que en los actos del esfuerzo se deben considerar, como son: lugar, tiempo

y otras cualidades, por las cuales algunas veces los actos son más o menos dificultosos o peligrosos.

El acometer, más que el esperar.

Dada igualdad en todo, más hace el acometedor que el acometido. Porque el acto del acometer es más dificultoso y peligroso que el acto de esperar, pues el que acomete, de necesario se ha de mover, y en el movimiento se desordena o descompone, por donde le puede venir el peligro. El que es acometido está quieto y tranquilo, y puede mejor guardar lo que a su defensa conviene. Tiene más aparejos para vencer a su enemigo.

Por tanto, los buenos y famosos caudillos que se hallaron con poca gente, pocas veces acometieron y muchas esperaron de ser acometidos, como ya hemos dicho en el Capítulo XXVIII. Esto hacían porque pensaban que en esperar y no acometer tomaban la mejor y más segura parte. Se ha de entender dada toda igualdad entre el acometedor y el acometido, así en las cualidades y cosas ya dichas, como la deliberación del uno en acometer y del otro en esperar; que cada uno de ellos tuvo tiempo conveniente para deliberar lo que le convenía hacer: como si dos se desafiaron sobre alguna intención que entre ellos había y, puestos en el campo, el uno acometió o arremetió primero porque así lo tenía determinado, el otro esperó porque así lo tenía deliberado. Más hizo el que acometió, porque mostró más ganas de la batalla y porque se comenzó a poner en más peligro que el otro en esperar.

Cuando es más el esperar que el acometer.

Empero, si esta igualdad no hubiese en la deliberación, y alguno, que antes había deliberado de acometer, acometió a otro arrebatadamente, como salteándole, no habiendo precedido cosa por que estuviese o debiese estar sobre aviso, o, si precedió, estaba

descuidado; más hizo éste en esperar que el otro en acometer, porque el que acometió tuvo tiempo para deliberar si debía acometer o no. Y cuando deliberó de acometer pensó que tenía ventaja y tomó esto por parte más segura, pues estaba apercebido y sintió el mal venidero en sólo el ánimo. El acometido, puesto ya en el peligro arrebatadamente, no teniendo tiempo para deliberar, fuéle necesario defenderse como pudo, tomando la parte más imbécil o flaca, a lo menos muy dudoso, porque declina más al peligro, sintiendo el mal y daño en la cosa, y asimismo por la agresión del adversario ya comenzada contra él.

En las cosas que arrebatadamente vienen sin ser sentidas ni proveídas se muestra mucho el esfuerzo de los hombres si con buen tiento y corazón las sufren. Porque en las tales cosas no hay tiempo para deliberar ni tomar consejo, ni para escoger ni para recoger las fuerzas, ni para confortar y confirmar el corazón. Así que luego se ha de poner en resistir los males que el agresor le comienza a hacer, y cuanto más esto es dificultoso y peligroso que el acometer, tanto es más honroso; pues, como hemos dicho, con más dificultad se sosiega el miedo que se modera la osadía.

De donde se concluye que el acometido arrebatadamente, no estando apercebido ni habiendo precedido causa por que lo debiese estar, especialmente si no conocía al acometedor o no le podía conocer por ser de noche haciendo oscuro, no sabiendo qué armas traía, más hace y más honra merece que el acometedor. De esta manera y con estas cualidades fuiste tú acometido en el caso pasado.

De lo que hemos dicho infieren algunos que cuanto mayor es la osadía, tanto mayor es el esfuerzo; y, por el consiguiente, pues el que no tiene experiencia en las cosas del esfuerzo, conocido el peligro se pone en él, dicen que es más esforzado que el que tiene experiencia y hábito de esfuerzo y hace lo mismo. Esto es falso, según lo que muchas veces hemos dicho y determina Platón en el primer libro que hizo de fortaleza; porque la fortaleza o esfuerzo es cosa muy hermosa y provechosa; la osadía es una imprudencia, cosa torpe y dañosa, y concluye que el hombre es bueno

en aquellas cosas que sabe, y malo para las que no sabe. Así que el que no sabe qué es esfuerzo ni tiene experiencia ni hábito de él, aunque haga acto de esfuerzo no se puede ni debe llamar esforzado. Que así como todos los errores que hacen las manos en tomar y los pies en andar proceden de la falta de la vista, así todos los errores de los hombres en escoger o en obrar proceden del defecto de entendimiento: que cuando el que adiestra a otro es ciego o cierra los ojos por no ver, el uno y el otro caerá.

CAPÍTULO XXXV

CÓMO EN EL ACTO DEL ESFUERZO SE REQUIERE INTENCIÓN DE HACER VIRTUD PARA QUE SE DIGA VIRTUOSO

Fama y gloria, fin y premio de la fortaleza.

Para que el acto del esfuerzo se diga virtuoso y que proceda de la virtud del esfuerzo, conviene que se haga con intención de hacer virtud, a la cual todos los hombres son obligados. La intención que ha de tener el hombre esforzado cuando entra en el peligro es vencer al enemigo o morir honradamente, haciendo lo que debe. De lo cual resulta el fin y premio de la virtud de fortaleza o esfuerzo, que es Fama y Gloria, que suelen ser compañeras en las cosas recta y honestamente hechas.

Verdad es que algunos varones justos y esforzados solamente se contentaron con haber hecho lo que debían, sin tener respeto a la fama y gloria que de sus hechos pueden resultar. Y si por ellos son loados no se ensoberbecen, pensando que en hacer lo que debían pagaron su deuda y no merecieron gloria ni ganaron fama. Más todavía conviene que hayan tenido propósito o intención de obrar virtud, como en el Capítulo precedente hemos dicho. Esto es, porque los actos humanos se juzgan por la intención.

Por tanto, la intención del ánimo no se puede juzgar, salvo de las palabras, que son mensajeros del corazón, o de las obras, que pueden ser indiferentes, porque se pueden referir a bien y mal; y cuando las obras son buenas y se pueden referir al bien, se han de interpretar ser hechas con buena intención, y las malas, con mala. Mas en las cosas donde no se requiere intención, sino obra, interviniendo la obra basta, aunque falte la intención; porque pagado aquello que se debe, luego es libre el deudor.

El caballero obligado al rey y el caballero salariado.

De esto se infiere que si un caballero era obligado a servir al rey nuestro señor y llamado por Su Alteza vino, no tanto con intención de servirle como con ánimo de robar a los contrarios, pagó su deuda y satisfizo a lo que era obligado, y su intención no lo impidió. Empero, cuanto mayor codicia tuvo de robar a los enemigos, tanto mayor ánimo pondría para pelear contra ellos. No es inconveniente que una obra o acto tenga dos fines y satisfaga a ellos, como decimos del siervo, que con un solo servicio satisface a la honra del señor y a su provecho, al cual también, como al servicio del señor, tiene intención.

Así que si el caballero salariado y llamado por el rey hizo lo que debía en la batalla, se puede llamar esforzado; porque aunque por necesidad del salario y llamamiento viniese a la batalla, ya venido, de su voluntad peleó e hizo acto de esfuerzo, aunque lo hiciese por satisfacer a lo que era obligado al señor por el salario que le daba, y no por ganar honra ni alabanza. Esta necesidad no fué tan forzosa que del todo compeliere al caballero a hacer lo que hizo. Mas en el mismo acto tuvo alguna voluntad, aunque forzada.

Esto mismo se podrá decir del caballero que en la batalla peleó e hizo lo que debía por miedo de la infamia en que incurriría no haciéndolo, o de la pena que estaba puesta contra los que así

no lo hiciesen, no por las amenazas o amonestaciones del capitán o por otra necesidad que le fué puesta; porque aunque al principio no tuviese aquella intención, que hombre esforzado debe tener, en la misma pelea la pudo cobrar, y así se debe presumir, pues la obra es de hombre forzado. La cual más que la intención se debe nombrar y mirar. Mejor sería que en todo tiempo tuviese en la intención aquello mismo que obra. Porque en los hombres esforzados ninguna cosa ha de haber simulada.

La voluntad y la obra, fieles compañeras del esfuerzo.

La voluntad y la obra han de ser conformes, y aun cuando no lo sean, no por esto dejará de ser esforzado el que comenzó a obrar bien y lo llevó adelante hasta el fin, como debía, con gran constancia y contención, que son dos compañeras del esfuerzo muy fieles, sin las cuales ningún acto virtuoso puede llegar al fin deseado. Verdad es que para juzgar y determinar rectamente el esfuerzo de alguno, en cuanto es hábito ganado por multiplicación de actos, mucho obra la intención que tiene y la inclinación que le mueve a tomar el peligro en las cosas grandes, difíciles y peligrosas; porque si lo hacen con intención de alcanzar fin de vicio o deleite y sólo aquello entienden, éstos no se pueden decir virtuosos, ni esforzados, aunque hiciesen acto de esfuerzo.

Por tanto fueron reprendidos Sardanápalo, Cayo César, Nerón y otros muchos que todo lo que hicieron, hacían por este mal fin. Otro tanto diremos de aquellos que por codicia de dineros o por crueldad hicieron actos de esfuerzo. Por esto fueron increpados Domiciano, Cornelio Sila y el rey de los partos, el cual venció y prendió a Craso, cónsul, y le hizo echar por la garganta oro derretido, diciendo: «Pues tanta sed tuviste de oro, bébelo.»

Esto mismo diremos de los que por sola vanagloria del mundo se ponen en peligro de muerte, como quiera que éstos están muy cercanos de la virtud del esfuerzo, y los populares cuéntanlos en

el número de los esforzados. Como fueron el rey Filipo de Macedonia y Alejandro, su hijo; Ciro, rey de Persia, y otros muchos. Éstos podemos llamar medianamente esforzados.

Aquellos que por sola virtud y por hacer lo que debían se pusieron en los peligros en las cosas grandes, difíciles y peligrosas, se dirán propiamente fuertes o esforzados. Como fué el emperador Constantino y Teodosio, y otros semejantes, que nunca, en todos sus actos y batallas, tuvieron otra intención, salvo hacer y obrar virtud.

*De los caudillos y de los
que van so su bandera.*

En cuanto a esto, gran diferencia se debe hacer del capitán de la gente a los caballeros que van con él. Que así como son dos órdenes de los que pelean: unos son los caudillos o rectores, y otros los que van so su bandera, así son dos maneras de esfuerzo o fortaleza.

Una por respeto del fin por que pelean, al cual se refiere toda la batalla; ésta es la verdadera fortaleza, que se hace por autoridad y consejo; ésta, principalmente, pertenece a los caudillos o capitanes, en los cuales no se debe mirar si pelean o no; con tanto, que sean esforzados y extremos en autoridad y consejo y sepan mandar; por esta causa no es reputado a esfuerzo, mas a osadía temeraria y reprehensible, lo que hizo Alejandro cuando conquistaba la India. Cercó una ciudad y combatióla; él fué el primero que subió por la escala y solo se fué a meter entre los enemigos, que le mataran si no fuera socorrido de los suyos, como ya hemos dicho en el Capítulo XIV, cuando hablábamos de la osadía. Baste al rey o al capitán hacer bien su oficio en regir y gobernar su gente y dar galardón a los buenos y esforzados, desechar a los cobardes, aunque por su persona no pelee. Léese de Escipión *Africano*, el mayor, que, como ciertos caballeros se gloriasen de lo que habían hecho, menospreciaban a Escipión, diciendo que más mandaba que

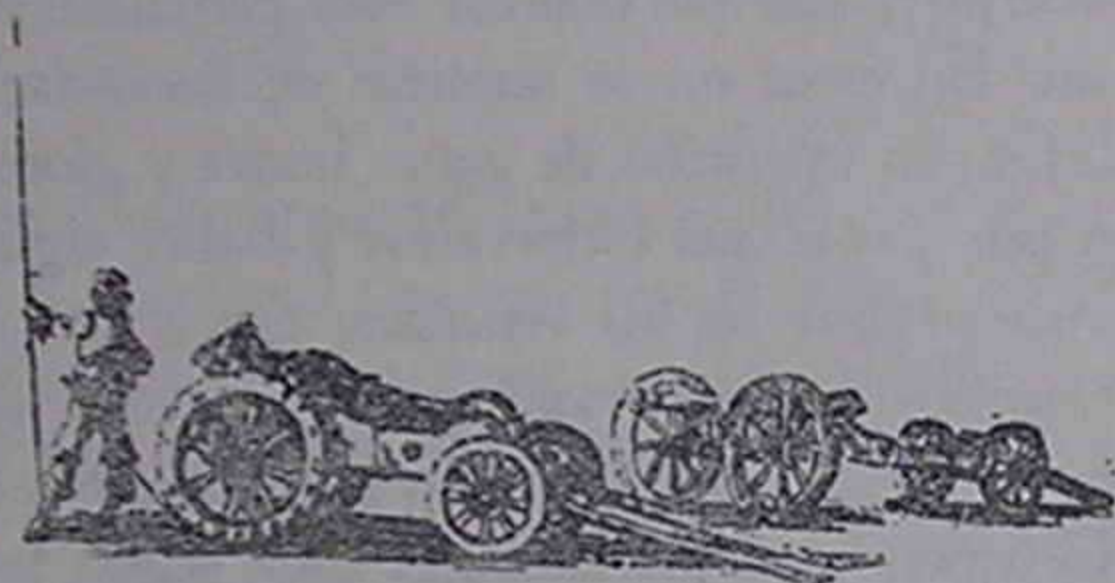
hacia, respondió: «No os maravilléis, que capitán para mandar y no caballero para pelear me parió mi madre.»

Y estos capitanes, más provechosos son no peleando, proveyendo en lo que es menester, que los otros que pelean con el cuerpo y con las manos, porque siempre tienen propósito y intención al fin de la batalla, a que lo enderezan todo. Sin los cuales capitanes el ejército, aunque sea muy bueno, es inútil. Por tanto, Epaminondas, viendo un ejército muy hermoso sin capitán, decía: «Veo una hermosa bestia sin cabeza.»

Otra manera de fortaleza o esfuerzo es por respecto de aquellos que ayudan para ir al fin; la cual consiste en la pelea, que se hace con el cuerpo y con las manos: ésta pertenece a los caballeros que pelean. En éstos no se requiere de necesidad que peleen por sola virtud y con intención de ganar honra y gloria; mas basta que lo hagan por ganar sus estipendios y haber algún despojo u otro provecho semejante de los vencidos; que a las veces los más fuertes son aquellos que por poca ganancia están aparejados de poner su vida en peligro peleando con gran corazón, esperando el provecho del estipendio y del despojo. Que según las leyes antiguas de los romanos, todo se consumía en el gasto de la guerra y en retribución de los caballeros vencedores, y ninguna cosa de ellas se daba a personas particulares, ni al caudillo o capitán.

Por tanto, dicen las historias antiguas que cuando Escipión, el mayor, fué a Africa, tomó dos ciudades principales muy ricas, que fueron Cartago y Numancia (*sic*), ninguna cosa tomó para sí, salvo el nombre de *Africano* y la gloria de su memoria. De Alejandro leemos que, tomada Tiro, que era del rey Darío, y traídos ante él grandes tesoros del rey, entre los cuales venía la *Iliada*, de Homero, que es el libro que él compuso de la historia de Troya, aquél sólo tomó; todo lo otro repartió entre sus caballeros. Éstos tales caballeros, aunque no sean propiamente esforzados, se podrán decir caballeros esforzados, por la gran semejanza que tienen con aquéllos, que propiamente lo son, que osan acometer, recabar y sostener las cosas terribles y peligrosas por la sola virtud y honestidad por ganar y retener honra y gloria; porque estos tales

conviene que pospongan su vida y menosprecien la muerte por la virtud y honestidad. Y pospuesto lo muy deleitable, que es la vida, y menospreciando lo muy triste, que es la muerte, todos los otros males fácilmente se sufren; de los bienes deleitables, sin mucha tristeza se abstienen.





CAPÍTULO XXXVI

EL HOMBRE ESFORZADO QUE VENCIO, CÓMO SE HA DE HABER
CON SU ENEMIGO, DESPUÉS QUE LE VENCIO

RESTA ahora, en el fin de esta obrecilla, que digamos cómo se ha de haber el hombre esforzado con su enemigo, después que le venció. Dejadas muchas cosas que cerca de esto se podrían decir, la verdad es que el hombre esforzado ha de ser templado, no sólo en el principio, medio y fin del peligro, mas también después que venció. Que si esta templanza no tuviese, ya se diría cruel.

Que el hombre esforzado, como ya otras veces hemos dicho, ha de ser justo, prudente, fuerte y templado. De esta templanza ha de usar, no sólo cuando se pone en el peligro, mas también peleando hasta el fin de la batalla, en lo cual usa de la virtud de fortaleza o esfuerzo.

*Tómase la victoria con gozo,
holganza y seguridad.*

Esto mismo debe hacer alcanzada la victoria, la cual, aunque se sigue de la virtud de fortaleza o esfuerzo, no es fortaleza ni esfuerzo. Cuyo oficio solamente consiste en tomar, seguir y proseguir el medio entre temor y osadía hasta el fin. Lo cual se ejerce con movimiento y trabajo, con duda y temor de vencer o ser vencido.

Mas la victoria o vencimiento tómate con gozo, holganza y seguridad. Porque es como el fruto del trabajo, que con mucho placer se coge. Por la cual debe dar muchas gracias a Dios y perder toda la ira y codicia, templando los ímpetus del corazón, sosegándolo, no haciendo acto de soberbia ni de arrogancia por haberle sucedido como él quería. Mas ha de considerar la flaqueza de las cosas humanas y la inconstancia de la fortuna, y que es hombre también, como el vencido, y que pudiera ser al contrario de lo que fué, y que el vencido hizo lo que debía, como hombre esforzado.

Piense cómo quisiera entonces ser tratado, y de aquella manera trate a su adversario. Como hizo Alejandro al rey Poro, rey de los indios, de quien luego diremos. Porque si en otro caso la fortuna con aquél o con otro le fuere adversa y fuese vencido puesto en manos de sus enemigos, sea tratado como él trató al suyo, por la misma ley y clemencia de que él usó, y de aquélla usará Dios con él.

De esto tenemos asaz ejemplos notables de los excelentes varones ya pasados. El rey Filipo de Macedonia, padre de Alejandro, después que venció a los de Atenas en la gran batalla que con ellos tuvo cerca de la Queronea, comenzó a ensalzarse de la gran felicidad que de aquel vencimiento había conseguido; no traspasando los términos de la razón y justicia, mandó que ninguna injuria ni ofensa se hiciese a los vencidos ni a sus súbditos. Así se guardó.

Muchas veces las prosperidades, buenas fortunas y vencimientos ensoberbecen a los victoriosos.

Y porque muchas veces los ingenios y condiciones de los hombres, con las prosperidades, buenas fortunas y vencimientos se ensoberbecen y mudan del buen propósito que antes tienen, así con los suyos como con los extraños y enemigos, porque esto a él no acaeciese o de él no se pensase ni creyese, escribió una carta a Arquídamo, hijo de Agesilao, diciendo que por caso venía nacer crestas a los hombres. «Si tu sombra midieres, no la hallarás ahora mayor que antes del vencimiento.» Dando a entender que la victoria no ha de causar mudanza en el vencedor. Después de esto mandó a uno de sus criados que cada día, cuando el sol saliese, entrase donde él estuviese y le dijese tres veces: «Filipo, acuérdate que eres hombre.» Dando a entender por estas palabras que, aunque fuese rey muy poderoso, era hombre y, como tal, debía tratar bien a los suyos y a los extraños, especialmente a los enemigos vencidos, pues como a hombre le podrían ocurrir otras cosas adversas, en las cuales él querría ser bien tratado, como acaeció al rey Poro, de quien luego diremos. Este su mandamiento fué muy bien guardado después del vencimiento, así estando sosegado en su casa como caminando, y en las guerras o dondequiera que estuviese. Cada día, antes que en otra cosa entendiese, se consideraba ser tierra y casi nada. Semejante amonestación hace la Iglesia a los cristianos el primer día de Cuaresma poniéndoles ceniza en la frente, diciendo: «Acuérdate, hombre, que eres ceniza y en ceniza has de ser convertido.»

Clemencia de César y crueldad de Sila.

Del César también se lee que muchas veces perdonó a los enemigos vencidos. Y cuando supo la muerte de Catón, aunque era

su enemigo, perdonó a sus hijos y dióles la hacienda de su padre. Y cuando le trajeron la cabeza de Pompeyo, su enemigo, lloró sobre ella, doliéndose de la mala fortuna de tan excelente príncipe. Fué tanta la clemencia del César cerca de esto, que mereció que de él se dijese, como se decía: «¿Quién pudo ser más piadoso contra los enemigos vencidos que el César, ni más cruel que Sila, que les cortó las cabezas y las puso en una sala, donde cada día las iba a ver, y se deleitaba en su vista, usando de nueva manera de crueldad y venganza?» Por lo cual después murió de muy mala y cruda muerte.

No lo hizo el otro Sila llamado Félix, el cual estimaba gran parte de su felicidad tener por amigo a Apio Metelo y no haber desolado la gran ciudad de Atenas cuando la tomó, y haberla perdonado. El César Augusto, cuando tomó la ciudad de Alejandría, luego la perdonó por su grandeza y hermosura, y por Alejandro, que la edificó.

Del gran Pompeyo leemos que venció al rey de Armenia, enemigo del pueblo romano, el cual, quitada su corona, se puso de rodillas ante él, rogándole que le perdonase. No le consintió estar así; púsole su corona en la cabeza y restituyóle en su estado, diciendo que por igual reputaba vencer los reyes y hacerlos. Del mismo Pompeyo se escribe que cuando venció a Sertorio, en España, tuvo las letras de muchos caballeros y capitanes, en que se confederaban con Sertorio. Todas las quemó sin leerlas: no quiso saber quiénes eran, ni tomar de ellos venganza, porque los que las habían escrito se arrepintiesen y enmendasen.

De Paulo también se lee que cuando supo que ante él traían un rey cautivo, salió a recibirle. Y cuando el rey se quiso humillar ante él no le dejó, mas levantóle con su mano derecha y le perdonó, púsole a su lado y le hizo sentar en su Consejo y mesa, diciendo: «Si cosa grande y famosa es vencer al enemigo, no menos es de alabar saber tener piedad y misericordia del malaventurado que es vencido.»

CAPÍTULO XXXVII

DE MARCO ANTONINO PÍO Y OTROS QUE USARON DE MUCHA CLEMENCIA CON SUS ENEMIGOS VENCIDOS

La clemencia hizo al César ser tenido por Dios.

De Marco Antonino también se escribe que muchas veces perdonó a sus enemigos vencidos, por lo cual mereció ser llamado Pío. Especialmente cuando fué a Oriente contra Avidio Casio, que había hecho cosas nuevas contra el pueblo romano. Donde Avidio Casio fué vencido y muerto. Faustina, mujer de Antonino, le escribió que matase a todos los que habían sido en aquel caso. A lo cual Antonino respondió estas palabras: «Yo no haré lo que me escribes, mas perdonaré a sus hijos y a su yerno y a su mujer, y escribiré al Senado que el encartamiento no sea más grave, ni la pena más cruel. Porque en verdad ninguna cosa puede hacer más amado de las gentes al emperador romano que la clemencia. Ésta hizo al César ser habido por Dios. Ésta conservó al Augusto. Ésta señaladamente ornó a tu padre.»

Al Senado escribió de esta manera: «Los desterrados vuelvan. Los encartados cobren sus bienes. ¡Pluguiera a los dioses que yo pudiera sacar de los infiernos a muchos que murieron! Por tanto, a los hijos, yerno y mujer de Avidio Casio perdonadlos. ¿Qué digo perdón, pues ninguna cosa hicieron? Vivan seguros en el imperio de Marco Antonino, en el patrimonio de sus padres. Sean ricos. Sean seguros; vayan libres por donde quisiesen, y lleven a todas las gentes el ejemplo de la vuestra piedad y mía.»

Fué ordenado por los romanos que nunca matasen al enemigo, salvo con gran necesidad inevitable. Esto mismo amonestaba Catón a su hijo en una epístola que le escribió. Esto pudo ser

causa que muchos se rindieron a los romanos, sabiendo que no los habían de matar. Lo cual no hicieran si supieran que habían de ser muertos. Los sabios antiguos tuvieron por cosa más humana que el hombre no tomase venganza de su enemigo, después de vencido, aunque pudiese; mayormente si aceptó su ruego cuando le vió puesto en miseria. Quien tal benevolencia no abraza y tal benignidad no alaba, tiene corazón de imán o labrado con hierro. Usando el virtuoso de esta virtud y nobleza, a sí mismo honra. De Julio César leemos que, después que venció a Pompeyo, los que seguían al César derribaron las estatuas de Pompeyo. Luego que el César lo supo, mandólas levantar. Entonces dijo Marco Tulio al César: «Las estatuas de Pompeyo volviste a su lugar y las tuyas perpetuaste.» Y cuando le trajeron la cabeza de Pompeyo dolióse mucho de su muerte y lloró sobre ella, habiendo piedad de la miseria de tan excelente príncipe, como ya hemos dicho.

Al enemigo no le debemos de alabar malignamente, ni tampoco le debemos privar de su merecida alabanza. De la cual resulta mayor loor al que le alaba. Bastar debe al hombre esforzado haber vencido a su enemigo; no debe perseverar hasta matarle estando ya rendido.

*Debe el vencedor excusar la
soberbia y huir la adulación.*

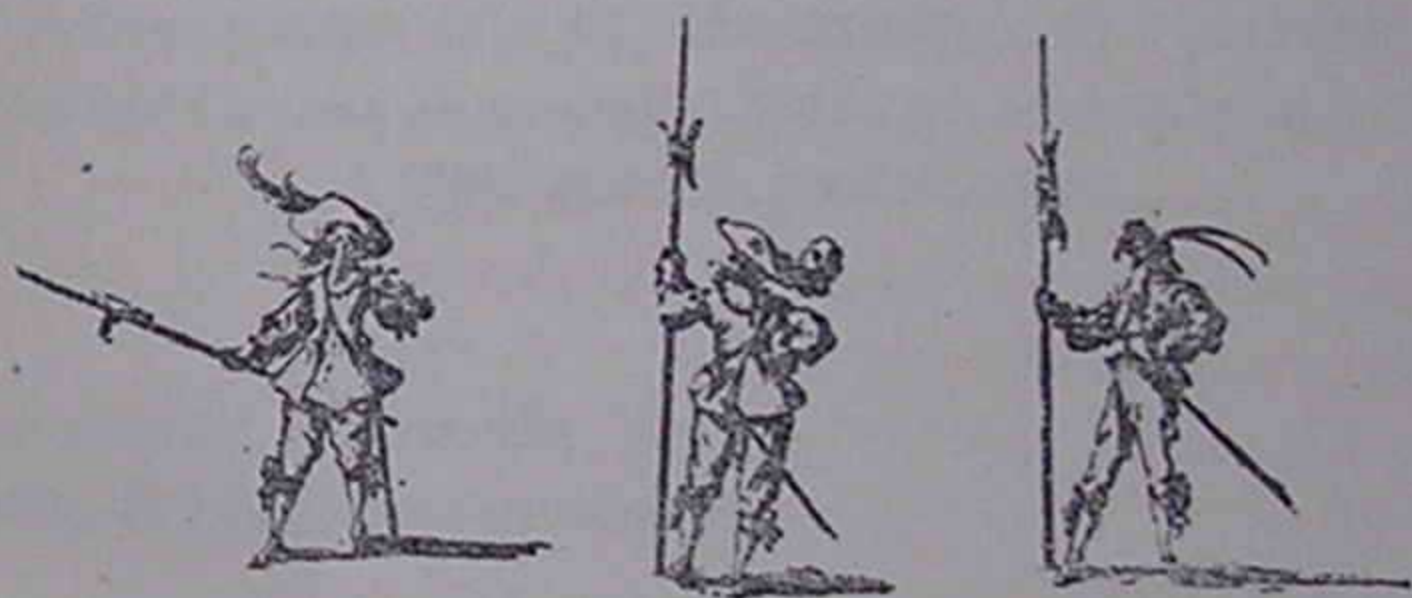
Mucho ha de excusar el hombre esforzado después que venció al enemigo; que con la gloria del vencimiento no se ensoberbezca gloriándose más que conviene, por lo cual muevan a más ira los ánimos de los vencidos y de aquellos que los siguen y favorecen, y los inciten para tomar venganza, de lo cual se siguen muchos inconvenientes y daños.

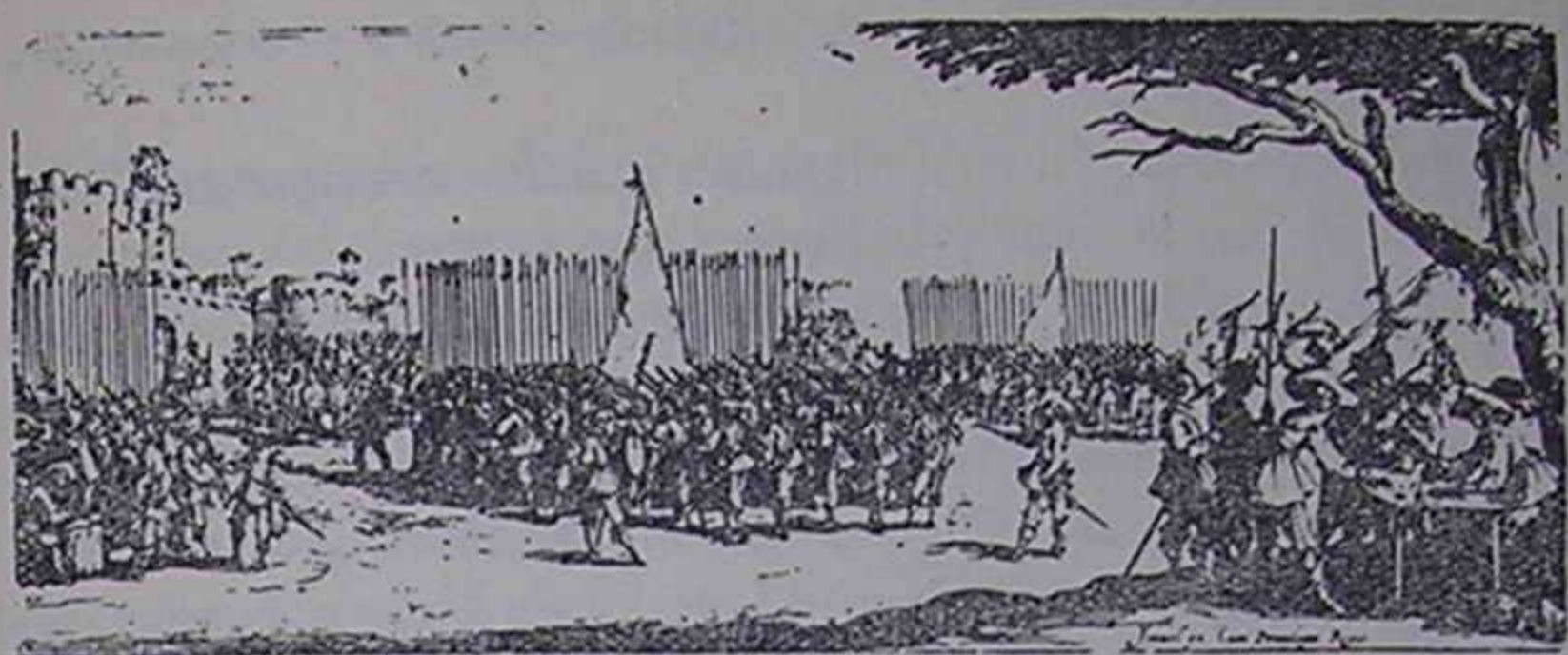
También debe el vencedor huir la adulación de aquellos que en su vencimiento hablaren en su presencia, y no darles oídos a ello; porque esto no es de hombre esforzado, amollentarse con

lisonjas de su vencimiento, mas de hombre negligente o perezoso.

Otros muchos usaron de clemencia con sus enemigos, que por no alargar aquí no escribo. Baste, para conclusión de nuestro propósito, la autoridad de Licurgo, que dió las leyes a los de Lacedemonia, entre las cuales ordenó que cuando los enemigos huyesen no los siguiesen, mas que cuando fuese confirmada la victoria, y que luego se volviesen y no los matasen, porque matándolos nunca otros se sojuzgarían, pues no ganaban la vida.

También ordenó que los cuerpos de los enemigos vencidos y muertos no fuesen despojados, así porque en aquello no se ocupasen como porque no se hiciesen más ricos que los otros.





CAPÍTULO XXXVIII

CÓMO EL HOMBRE ESFORZADO QUE VENCIO A SU ENEMIGO NO SE DEBE ENSOBERBECER CON EL VENCIMIENTO, NI PROCEDER HASTA LA MUERTE CONTRA EL ENEMIGO VENCIDO, MAS DEBE DAR GRACIAS A DIOS POR EL VENCIMIENTO

Ensoberbecido el vencedor de la victoria, de ella misma es vencido.

GRAN templanza debe tener el hombre esforzado con su enemigo, después que lo venció, y ser contento con el vencimiento. Que no es bueno, después de vencido el enemigo, seguirle hasta la muerte; porque muchas veces acaece que el vencedor ensoberbecido de la victoria y no contento con ella, de ella misma es vencido, cuando el vencedor no usa moderadamente de la victoria, como debe, y quiere exceder los términos de la templanza y con mucha soberbia sobresale; que la misma victoria deseada, templanza y moderación requiere.

Que así como es cosa excelente la victoria, así es envidiosa y muy peligrosa seguirla y querer sobrevencer y del todo destruir

al enemigo vencido. El cual algunas veces con desesperación vuelve contra el que le sigue y le hiere, vence o mata.

Por tanto, Abner, capitán del rey Saúl, perseguido de Joab, yendo huyendo, envió a decir a Joab, capitán de David: «¿Por ventura hasta la muerte tu cuchillo ha de usar de crueldad? ¿No sabes que es cosa muy peligrosa la desesperación? ¿Hasta cuándo no has de dejar de perseguir a tu hermano?» Esto se escribe en el segundo de los Reyes, en el Capítulo II, para darnos doctrina y ejemplo, que no persigamos a los enemigos vencidos hasta la muerte; porque con la desesperación de su salud desprecian la muerte y pelean crudamente.

Hay que dar lugar a que huyan, vencidos, los enemigos.

Por esto algunos varones belicosos, fuertes, esforzados y experimentados en las armas, cuando vieron a sus enemigos vencidos y desesperados de la vida, nunca con ellos pelearon, mas difirieron la batalla, y algunas veces dieron lugar que huyesen para que perdiesen aquel furor, y después tornaban sobre ellos y fácilmente los sojuzgaban. Como hizo Camilo: cuando vió vencidos los galos y puestos en huída, por autoridad del Senado les dió lugar que se fuesen. El camino por donde se fueron se llama hoy vía Gálica, o camino de Galos. Quinto Marcio, caballero romano, a quien, muertos los dos Escipiones, fué encomendado el ejército, cercó y puso en mucho estrecho a los africanos por vengar la muerte de los Escipiones. Los africanos, como desesperados de la vida, agriamente peleaban. Conocido esto por Quinto Marcio, dióles lugar para que huyesen; después volvió sobre ellos, y sin peligro de los suyos los mató. Julio César, cuando tuvo a los germanos incluidos o cercados y vió que más fuerte peleaban, desesperados de la vida, mandó darles lugar para que se fuesen; y puestos en huída los acometió.

Otro tanto hizo Aníbal cerca de Trasimeno: cuando vió a los germanos (*sic*) cercados y puestos en mucho estrecho, que cruelmente peleaban, apartó su gente del cerco. Dióles lugar para que se fuesen; después, sin sangre de los suyos, fácilmente los sojuzgó.

Temístocles, después de vencido el rey Jerjes, no consintió que los suyos rompieran la puente para que los enemigos no se pudiesen ir. Mandó darles lugar, diciendo que mejor les era dejarlos ir de Europa que compelerlos a que con desesperación peleasen en ella. Y envió a un hombre cautelosamente que dijese al rey Jerjes en cuánto peligro estaba si luego no se fuese. De aquí tuvo principio el proverbio antiguo: que al enemigo que huye, la puente de plata.

Pirro, rey de los epirotas, cuando tomó la ciudad cerró las puertas y a ninguno dejaba entrar ni salir. Puso a los ciudadanos en tanta necesidad, que como desesperados de la vida peleaban reciamente. Como esto vió Pirro, mandóles dar lugar para que se fuesen, y entre otros preceptos que dió a los suyos fué uno que no siguiesen con pertinacia al enemigo vencido que huía, porque con desesperación no se pusiese en defensa y resistencia, y porque más ligeramente se diesen, sabiendo que los vencedores no les matarían.

Antígono, rey de Macedonia, tenía cercados los Ectolos y puestos en tanto estrecho que se morían de hambre. Ellos determinaron de salir y dar en los enemigos fuertemente como hombres desesperados de la vida y librarse o morir. Como esto supo Antígono, dióles lugar para que se fuesen. Pasado aquel ímpetu, dió tras ellos y matólos.

Así que el hombre esforzado, a quien Dios hizo tanta merced en darle victoria de su enemigo, o le trajo a sus manos para que de él pudiese tomar venganza, debe ser contento con el vencimiento y no debe seguirle hasta la muerte, ni hacerle otro mal, ni tomarle sus bienes. Que ninguna cosa es tan contraria a la virtud de fortaleza o esfuerzo como la codicia de intereses. Muchas veces acontece que, vencidos los enemigos y puestos en huída, los vencedores, por codicia del despojo, los persiguen, y caen en sus manos y son de ellos vencidos y muertos.

Por donde el esfuerzo debe huir y aborrecer el interés y la codicia inmoderada de los bienes temporales como a pestilencia.

CAPÍTULO XXXIX

DECLARACIÓN DE LO SUSODICHO. CUÁNDO Y CÓMO EL VENCEDOR PUEDE Y DEBE SEGUIR AL VENCIDO Y MATARLE

Esto que hemos dicho, que el vencedor, contento con la victoria, no debe seguir al vencido, se entiende cuando en el vencimiento del enemigo se acaba el negocio sobre que es la contienda o batalla. Que si no se acabase, conviene al vencedor pasar adelante, y algunas veces, matar al enemigo vencido, pues aquello también, como la batalla, es necesario para defensión de la persona o conclusión de la causa. Por esto Cayo Mario, vencidos en batalla los teutónicos, cercó los que de ellos quedaron, y con pocos de los suyos los atemorizó e hizo pasar la noche sin sueño, porque al día siguiente ligeramente los pudiese tomar y apoderarse de ellos, como lo hizo. Claudio Nero, vencidos los africanos que de España Asdrúbal trajo, cortó la cabeza a Asdrúbal y echóla en el real de Aníbal. La cual por él vista y reconocida, cubrióse de luto y su ejército perdió la esperanza de socorro que esperaba; así se desbarató el real.

Lucio Sila, después de vencidos los prenestinos y cercada la ciudad de Preneste, tomó las cabezas de los muertos en la batalla y las puso en astas de lanzas y las mostró a los que estaban dentro cercados. Así quebrantó la dureza y porfía de sus corazones, y luego se dieron.

David, siendo mancebo, como ninguno de los judíos osase pelear con Goliat, filisteo, hombre de gran estatura y fuerza, solo, sin armas, entró con él osadamente en el campo, y con una honda

le hirió y después cortó la cabeza. La cual y su espada trajo al templo de Jerusalén, refiriendo a Dios la victoria. Fué necesario matarle, porque de otra manera no cesaba el peligro del pueblo judaico. Así mismo no pudo haber paz en la casa de David, ya hecho rey, hasta que Absalón, su hijo, que se había levantado contra él, fué muerto en la batalla.

En estos casos y otros tales, lícito es pasar contra el enemigo vencido y matarle, si de otra manera el negocio no tiene buena conclusión. Que muchas veces acaece que el vencedor deja a su enemigo vencido, por no hacerle mal, y después él mismo mata al vencedor.

*El que a su enemigo halaga,
a sus manos muere.*

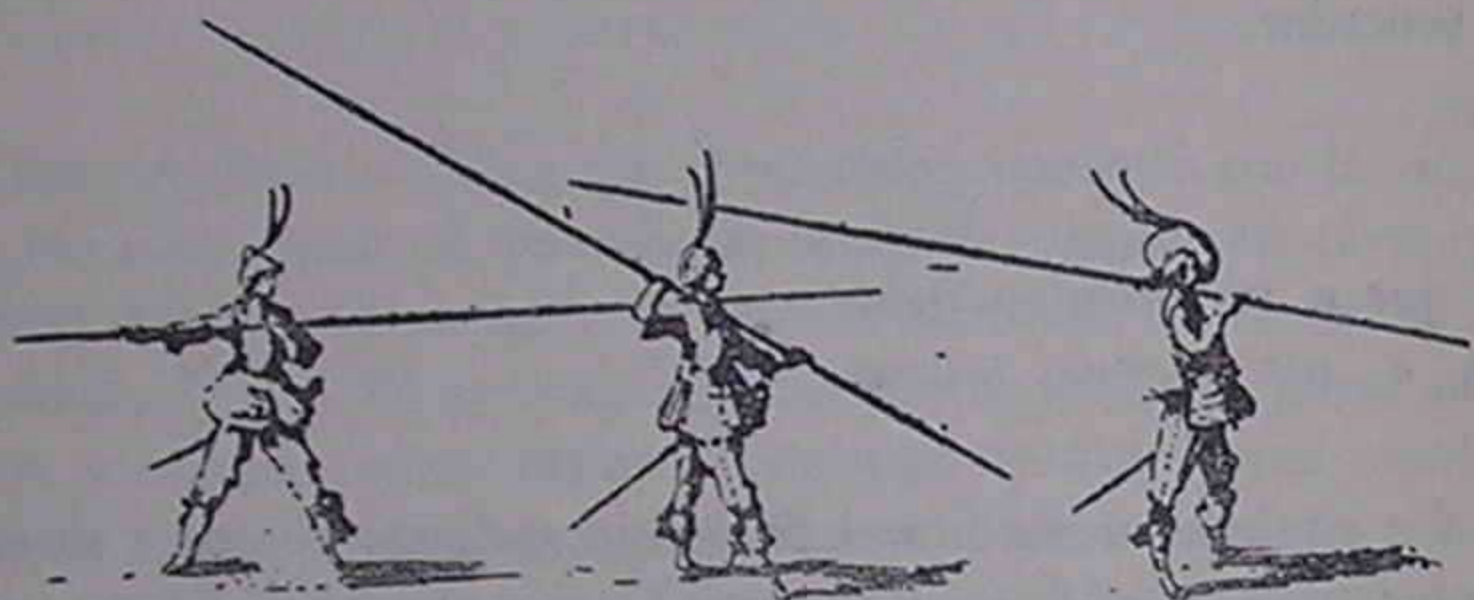
En este caso se verifica el proverbio antiguo: «quien a su enemigo popa, a sus manos muere». Como sucedió a Sacaro, que dejó de matar a su enemigo, el conde de Dinamarca, y después el conde le mató a él.

Según esto se ha de entender lo que la Sagrada Escritura dice: Mandaba Dios que cuando el pueblo de los judíos pelease con los cananeos, que eran sus enemigos, que destruyesen sus ciudades y los matasen todos, hasta los niños varones y hembras que mamasen, según se escribe en el *Deuteronomio*.

Esto mismo mandó Moisés al pueblo de Israel cuando estaba en el desierto y venían a tierra de promisión, diciendo: «Si queréis gozar de la tierra que os es prometida y que quede en vuestro poder, cuando hubiereis vencido a vuestros enemigos ninguno de ellos dejaréis; a todos matadlos, porque viviendo con ellos y conversando con ellos no os apartéis de la conversación de vuestros padres.» Así lo escribe Josef en el cuarto *Libro de las Antigüedades*.

Esto pienso bastará para principiarte en esta materia y para

mediana declaración de ella; pues a más no dan lugar mis largas enfermedades y sufrimientos. Plega a Dios, pues tan grande y tan largo fué el precio de mi redención, sean todas para en descuento de mis culpas y pecados. Amén.



INDICE

	PÁGS.
INTRODUCCIÓN, por José Tudela.....	VII
PRÓLOGO	I
CAPÍTULO PRIMERO.—De la unión del cuerpo y del ánima.....	11
CAPÍTULO II.—Cómo el ánima es incorpórea, invisible, incorruptible e in- mortal, y de sus potencias.....	12
CAPÍTULO III.—Cómo después que el ánima siente las cosas se inclina a seguir lo que conviene y huir lo que daña.....	12
CAPÍTULO IV.—De la otra potencia del ánima, que llaman intelectual.....	13
CAPÍTULO V.—De la voluntad y libre albedrío.....	14
CAPÍTULO VI.—En que se resume todo lo susodicho.....	15
CAPÍTULO VII.—Esta palabra, esfuerzo, de dónde hubo origen, y de la for- taleza natural y cuántas maneras hay de ella.....	17
CAPÍTULO VIII.—De la fortaleza moral virtuosa y cuántas maneras son de ella y cuál es la que llamamos esfuerzo, y de los actos del esfuerzo in- teriores	20
CAPÍTULO IX.—Del esfuerzo actual exterior y de los seis actos exteriores.	22
CAPÍTULO X.—Cómo de los actos del esfuerzo multiplicados, resulta y se produce la fortaleza o esfuerzo habitual.....	25
CAPÍTULO XI.—Cuáles han de ser las cosas y trabajos en que el hombre esforzado ha de mostrar su esfuerzo.....	28
CAPÍTULO XII.—En que prosigue la materia de los trabajos y el ejercicio de ellos	30
CAPÍTULO XIII.—Cuál ha de ser el peligro que se teme o espera en las cosas grandes, difíciles y peligrosas, y de cuatro géneros de cosas te- rribles y temerosas	35
CAPÍTULO XIV.—De la osadía y de los males que de ella nacen.....	39
CAPÍTULO XV.—Del temor y de los males que de él nacen.....	43
CAPÍTULO XVI.—Cuál es menor mal, la osadía o el temor, y por qué la fortuna ayuda a los osados y desecha a los temerosos.....	46
CAPÍTULO XVII.—¿Quién debe ser más mirado y estimado: el osado, o el	

	PÁGS.
<i>temeroso? y ¿quién hace más: el que refrena el miedo, o el que sosiega la osadía?.....</i>	49
CAPÍTULO XVIII.— <i>En qué males interviene el esfuerzo para que el hombre se pueda decir esforzado.....</i>	51
CAPÍTULO XIX.— <i>Que en las cosas injustas o injustamente proseguidas no se puede decir el hombre esforzado ni el acto virtuoso.....</i>	55
CAPÍTULO XX.— <i>Cómo los medios han de ser justos y justamente proseguidos para que el acto se diga de esfuerzo, y el que lo hizo, esforzado...</i>	59
CAPÍTULO XXI.— <i>Cuando, en la batalla de dos, el uno echa del campo al otro, es habido por vencedor, aunque después el vencido torne al campo y le venza o le mate, o si metió más armas de las que debía.....</i>	61
CAPÍTULO XXII.— <i>El que por amores de alguna mujer se pone en peligro o con desesperación se mata no se dirá fuerte ni esforzado.....</i>	65
CAPÍTULO XXIII.— <i>El hombre que no es sabio y prudente no se puede decir esforzado, pues sin esto no puede refrenar los apetitos y los males que de ellos nacen.....</i>	68
CAPÍTULO XXIV.— <i>Cómo el esfuerzo comienza en la afición y se determina en la voluntad.....</i>	71
CAPÍTULO XXV.— <i>Cómo el esfuerzo se engendra y cría en el alma, a lo que llamamos hábito.....</i>	74
CAPÍTULO XXVI.— <i>Del medio en que consiste el esfuerzo. Cómo se ha de tomar.....</i>	76
CAPÍTULO XXVII.— <i>De los actos del esfuerzo. Cuántos son y cuáles.....</i>	80
CAPÍTULO XXVIII.— <i>De los otros actos del esfuerzo exteriores.....</i>	83
CAPÍTULO XXIX.— <i>Cómo estos actos del esfuerzo se dicen virtuosos.....</i>	87
CAPÍTULO XXX.— <i>De los hombres que por bien de la república se ponen en peligro de muerte.....</i>	89
CAPÍTULO XXXI.— <i>Cómo el hombre se puede decir esforzado, y el acto, aunque derechamente no se haga por la república, habiendo adversario o contrapugnador.....</i>	91
CAPÍTULO XXXII.— <i>Cuáles actos del esfuerzo son necesarios para que el hombre que los hiciere se diga esforzado.....</i>	94
CAPÍTULO XXXIII.— <i>Del acto o actos del esfuerzo tomados por medio: cómo se han de proseguir y por cuál de ellos será el hombre más loado.</i>	98
CAPÍTULO XXXIV.— <i>¿Cuál hace más: el que acomete, o el que es acometido y espera?.....</i>	100
CAPÍTULO XXXV.— <i>Cómo en el acto del esfuerzo se requiere intención de hacer virtud para que se diga virtuoso.....</i>	103
CAPÍTULO XXXVI.— <i>El hombre esforzado que venció cómo se ha de haber con su enemigo, después que le venció.....</i>	109
CAPÍTULO XXXVII.— <i>De Marco Antonio Pío y otros que usaron de mucha clemencia con sus enemigos vencidos.....</i>	113

CAPÍTULO XXXVIII.— <i>Cómo el hombre esforzado que venció a su enemigo no se debe ensoberbecer con el vencimiento, ni proceder hasta la muerte contra el enemigo vencido; mas debe dar gracias a Dios por el vencimiento</i>	117
CAPÍTULO XXXIX.— <i>Declaración de lo susodicho. Cuándo y cómo el vencedor puede y debe seguir al vencido y matarle</i>	120